Ch863
P348L Larraín, Ana María.
Marcela Paz, una imaginación sin cadenas / Ana María Larraín. — 1ª ed. -- Santiago, Chile: Universitaria, 2009.
205 p.: 86 il. (algs. col.), retrs. ; 15,5 x 23 cm.
(Testimonios)
Incluye cronología.
Bibliografía: p.[203]-204.
ISBN: 978-956-11-2093-8

1. Paz, Marcela, 1902-1985 – Biografías.
2. Paz, Marcela, 1902-1985 – Crítica e Interpretación. I. t.

© 2009, EDICIONES MARCELA PAZ
Para el libro de Ana María Larraín
Marcela Paz, una imaginación sin cadenas
Inscripción Nº 184.802, Santiago de Chile.

Derechos de edición reservados para todos los países por
© Editorial Universitaria, S.A.
Avda. Bernardo O'Higgins 1050. Santiago de Chile.

editor@universitaria.cl

Ninguna parte de este libro, incluido el diseño de la portada, puede ser reproducida, transmitida o almacenada, sea por procedimientos mecánicos, ópticos, químicos o electrónicos, incluidas las fotocopias, sin permiso escrito del editor.

Texto compuesto en tipografía Caslon 540 11/14

Se terminó de imprimir esta edición
en los talleres de Salesianos Impresores S.A.,
General Gana 1486, Santiago de Chile,
en noviembre de 2009.

DISEÑO DE PORTADA Y DIAGRAMACIÓN
Yenny Isla Rodríguez
Norma Díaz San Martín

www.universitaria.cl

IMPRESO EN CHILE / PRINTED IN CHILE

Ana María Larraín

MARCELA PAZ
UNA IMAGINACIÓN SIN CADENAS

EDITORIAL UNIVERSITARIA

Índice

Prólogo 15

- De miradas, borbotones y otros encuentros 15
- Visiones de barrio 16
- ¿Te vas a hacer la permanente conmigo? 17

I. Este libro: una mujer 21

II. El recorrido y los límites 27
- Ajustando el foco 27
- El círculo se cierra 28
- Los días y las horas 29
- El simbolismo de las fechas: dos hitos 30

III. El país de Ester Huneeus 33
- Emergencia del capitalismo 33
- Inmigración extranjera e inhibición del Estado 36
- La mesa de tres patas y la cuestión social 37
- El centenario y la explosión de ilusiones 38
- *Belle Époque,* caridad cristiana y *laissez faire* estatal 40

IV. La gran crisis 43
- Un récord que no se borra 43
- El diablo con cola 44
- El limón agrio 45
- Una historia conocida 50
- De la mano de un niño 52

V. De raíces y ramajes 57
• La savia que nutre al tronco 57
• Ramas y flores de la niñez 66

VI. Sombras del entorno 73
• Conservadurismo, sociedad, Iglesia e inquietud social 73
• Evento biográfico clave y estructuración de la personalidad 76

VII. El árbol y sus frutos 81
• Del día que no existe a la noche inolvidable 81
• Enfermedades en mi casa 85

VIII. La adolescencia y el mundo de las estrellas 89
• La loca de casa 89
• De cartas y otras ficciones 92

IX. Baile de estreno y el tarrito que suena 95
• Se cuenta... 95
• Cuando los padres se divorcian 99
• Los seudónimos 103

X. Nacimiento de Marcela Paz. El amor y una libreta 109
• Un repaso crítico 109
• ¿Quién es, un zorzal? 111
• Espíritu romántico, cuerpo realista 116

XI. Un corazón que traiciona 121
• De maternidades, pesadillas y algunas nostalgias 121
• La vuelta de Sebastián y otros regresos 131
• "El mar fiel duerme aquí, sobre mis tumbas" 137

XII. De retoños y ramales 143
• Querida mamá, no se ponga nerviosa, es pura fatalidad 143
• El aceite de la burra, los jeringazos y una Pandilla 147
• Pérdidas y misiones, estropajos y dix-lesias 149
• Los eslabones de una cadena 160
• Entre el silencio y la escritura: la vida 162
• Hágalo usted mismo 164

XIII. Papelucho 167
• Reflexiones sobre el género 167
• Un premio, un personaje 172
• Papelucho en su ámbito... y las traducciones 174
• ¿Y en la literatura universal? 177
• Mano maestra 178
• Una visión de los padres 179
• Un testimonio lector 181

XIV. Homenaje y un epílogo 185
• A modo de... 185
• Epílogo 188

XV. Cronología y otros 189
• Cronología de Ester Huneeus (Marcela Paz) 189
• Homenajes 195
• Obras Publicadas 196
• Antologías 197
• Bibliografía seleccionada 197
• Principales galardones 197

Otras publicaciones de la obra de Marcela Paz 199

Bibliografía 203

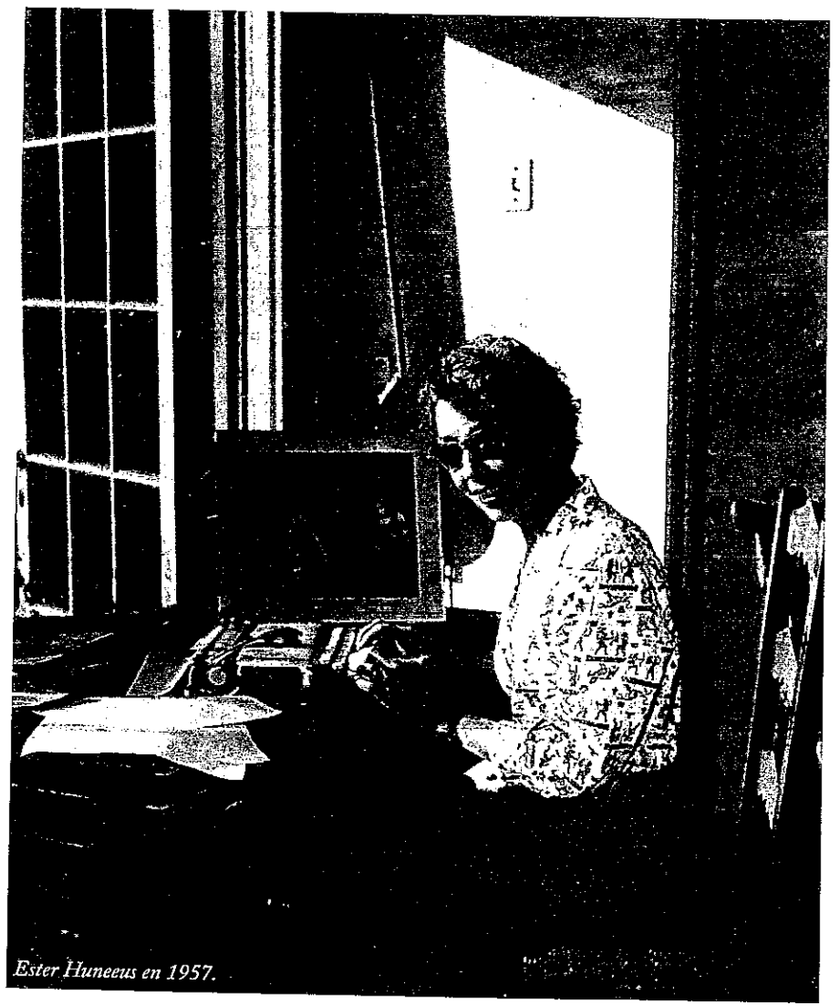
Agradecimientos 205

A mi madre, Celia Navarro Zañartu.
Por su incondicionalidad única, silenciosa y total en cada una de mis huerfanías.

A Felipe, mi hermano. Por las carencias.

Si su vida cotidiana le parece pobre, no la culpe, cúlpese usted; dígase que no es bastante poeta para suscitar sus riquezas. Para los creadores no hay pobreza ni lugar pobre, indiferente. Y aún cuando usted estuviese en una prisión cuyas paredes no dejasen llegar hasta sus sentidos ninguno de los rumores del mundo, ¿no le quedaría siempre su infancia, esa riqueza preciosa, imperial, esa arca de los recuerdos?

Rainer María Rilke,
Cartas a un joven poeta



Ester Huneeus en 1957.

PRÓLOGO

De miradas, borbotones y otros encuentros

Una silenciosa tarde del mes de diciembre, mientras descansaba en el sur dándole vueltas a la idea de escribir este libro, se me presentó una imagen que resultaría crucial para el despegue de la hoja en blanco. Unas manos transparentes se extendían, generosas, allá en el fondo de las aguas, abriéndose hacia el cielo como las ramas de un árbol. La derecha dibujaba con tinta china algunas letras, que danzaban en lenta cadencia al son de las teclas invisibles de un piano; la izquierda entretejía sin apuros las hebras plateadas de una cabellera de mujer. Sobre su cabeza inmóvil se sentaba un niño extrañamente quieto, que me miraba fijo entre las algas, queriéndome decir algo cuyo sentido yo no lograba desentrañar. Hasta que, dando un salto, me zambullí y me senté a su lado, recogí en ondulante hilera las letras negras enhebradas de blanco y, sin darme cuenta, acepté su invitación.

La acogida fue fulgurante y, ya en la noche, me encontraba lápiz en mano, aunque sin saber aún cómo abordarla a ella, a la Anciana Sabia. A la escritora Marcela Paz en Ester Huneeus, a quien había tenido antes la oportunidad de conocer personalmente. Poco a poco empecé a sustraerme de la realidad circundante y, disolviendo presencias en esas aguas calmas que ahora desaparecían ante mis ojos, entré no en el lago sino en un torrente de verde espesor que me succionaba entera hacia un espacio sin tiempo. El espacio sin tiempo que constituye la infancia. Y entonces, en rapidísimo despliegue, las imágenes sensoriales que me convocaban sin tregua se fueron plasmando una a una en el papel alrededor de una sola experiencia vital que fulguraba intacta transgrediendo el tiempo: la lectura voraz de mi montoncito de Papeluchos, cercana ya a los diez años y estando yo tendida bajo un sauce, a la orilla de un estero. Sola. Ajena. Distante. Triste hasta el hueco del pecho. Libre para la pena y el llanto.

Y entonces lo vi y pude conectarme. Y fue así.

Mi padre se moría en Santiago y, aunque nadie me lo había advertido, yo lo supe con mi intuición de niña cuando me arrancaron abruptamente de su lado para enviarme, obligada, al fundo de una amiga ¡para que por favor te distraigas!

Mi padre estaba desde hacía dos años en cama, desahuciado de esta existencia por su corazón de 45. Y yo, como hija mayor de otros nueve y en mi calidad de preferida, no quería moverme de su pieza, de ese nido de enfermo donde era, sí, tan feliz.

Y fue justamente mi padre, y eso no lo olvido, quien con su verde mirada ahora llena de nubes, había decidido mi partida hacia un mundo al que yo, en esos precisos momentos, no hubiera deseado jamás arribar. Un mundo de juegos, empujones y cuchicheos de niños, sin preocupaciones ni pasados ni futuros, pero donde la alegría era, y yo lo sabía, imposible. Más aún cuando, al primer asomo de nostalgia que, por descuido, velara mi rostro –yo era una niñita bien educada–, sentía surgir en los demás, en todos esos Otros, esa odiada pero afanosa urgencia de devolverle como fuera la risa a mi alma.

No me la devolvieron esos niños, ni tampoco la preocupación vigilante de su madre. Me la devolvió Marcela Paz con ese otro niño que era Papelucho, cuyos dichos, salidas geniales y locas aventuras me sacaron por un buen tiempo del sarcófago en que me ahogaba noche y día, sin noción de luz ni menos de esperanza.

Mi padre se murió al poco tiempo en Santiago. Y aunque yo me sentí, como su corazón, traicionera –y a él, por dejarme sola, un gran traidor–, todavía resuenan en mis huesos de huérfana las carcajadas con lágrimas que me regalara, durante el mes de septiembre de 1960 en Tapihue, ese otro niño de papel que se hizo para siempre tan cercano: solitario, divertido y justiciero.

Quizás también porque, como yo, él empezó a llevar un diario de vida hecho "para nadie" ante el terror de la muerte. Para decir, dice, "aquellas cosas que no se pueden contar porque no salen por la boca". Pero sobre todo porque, también como yo, él sabía que "cuando esté escrito, me habré librado de seguir pensando".

Visiones de barrio

Un par de años más tarde, ensayando una obra de teatro a beneficencia con un grupo de amigas del CACH (Club de Amigas Chifladas, del cual yo era "la presidenta"), escuchamos de pronto un par de aplausos que, seguidos de

unos tímidos ¡bravo!, provenían del extenso muro blanco, colindante con el jardín de una de las actrices en cuya casa nos reuníamos ese sábado. "Hola", saludó la voz, desparramando sus largas piernas allá en lo alto, mientras nosotras nos quedamos tiesas como estacas y con la cara más roja que las dalias. Tal como sucedía entonces cuando un *chiquillo* mayor se fijaba en tus (anhelantes) 11 años. "Hola, Andrés", respondió la dueña de casa con pasmosa desenvoltura. Y a nosotras: "Es el hijo de Marcela Paz, la mamá de Papelucho. Son nuestros nuevos vecinos".

Para qué decirlo, el encuentro nos cambió la tarde. Y no porque Andrés Claro Huneeus fuera un buenmozo en sus 20 –que lo era–, sino porque al fin veíamos, oíamos, conocíamos a Papelucho. Cosa decidida y no hay más que hablar: él era Papelucho, ¡qué bueno que hubiera crecido! (Pero no, si Papelucho es más chico, oye, y además no crece, ¡no!, no puede hacernos esto pero sí, mírenlo, está ahí arriba, no lo miren... ¿acaso no ven que es el mismo sólo que se hizo más grande?). Lo mejor, sin embargo, era que su madre, apenas adivinados sus contornos difusos tras la figura del muro, venía a demostrar lo indemostrable, es decir, que los escritores podían ser de carne y hueso. Lo cierto es que, tratándose de una escritora-mujer, esto nos parecía bastante raro. Pero mucho más raro, todavía, era que esa escritora fuese "de verdad" la mamá de una aparición como esta. Tan real, tan... ¡bueno! Y para colmo, ¿vecinos?

Porque si hasta entonces la literatura había sido nuestra pasión más declarada y la que con tanto ahínco compartíamos, esa tarde se nos abrieron de par en par las hojas de una ventana construida sólo para nosotras siete en el castillo del rey. Lo juro: esa tarde nos imaginamos para la eternidad en la concreción de un sueño imposible: supimos que iríamos a ser reinas y llegaríamos al mar. ¡Seríamos escritoras!

¿Te vas a hacer la "permanente" conmigo?

Américo Vespucio esquina Candelaria Goyenechea. La hermosa casa blanca de ladrillos, el jardín. Una figura espigada y envuelta en un abrigo de pelo de camello avanza, ágil, por la cuadra. Es Ester Huneeus, nuestra vecina de ensayos. Bajo sus pasos cruje el mullido colchón de hojas amarilladas por este otoño, que cae decolorándose sobre los plátanos orientales de la bellísima calle. Marcela Paz, dicen. Dicen que ahí va ella, camino a misa de 12, como todos los días. A la Parroquia de la Inmaculada Concepción, de Vitacura.

La veo de lejos, por la misma vereda aunque en dirección contraria a la mía. El corazón me salta a brincos y a ratos se detiene, ¿qué irá a pasar, qué será? Me impresiona su concentración, su dignidad solitaria de mujer evidentemente sola, escondido su pudor tras unos enormes anteojos color verde musgo que, a mis desconocedores 12 años, se les ocurren la escafandra de un buzo. Entonces atino, y en este otro encuentro fugaz, mi ser entero se derrite en una tímida sonrisa. Ella me la devuelve, primero, con su boca plena y luego, en un segundo, lanza al aire esas cuatro palabras roncas que constituyeron leyenda: *¿Cómo te llamas, oye?*

Años, muchos años después, casi veinte, voy con mi hija de ocho a entrevistarla para una revista. Su casa, más pequeña, está ahora ubicada en Nueva Costanera, a pocos metros del río Mapocho. La pelea antes de salir de la mía ha sido grande. Todos mis hijos nacidos –y también los que van a nacer– quieren acompañarme esta tarde en mis afanes, cosa rara. Y es que todos mis hijos y los hijos del mundo quieren conocer a Marcela Paz, tocarla sin atreverse, mirarla, examinarla bien, oírla hablar, empinarse para recibir un beso suyo. Y sobre todo: saber cómo se hace un Papelucho.

Así, después de una larga conversación que se ha ido hilvanando en un rosario de palabras, de esas con sabor a pan tostado y olor a cigarrillo, Ester Huneeus nos conduce a su dormitorio de viuda, bonito aunque bastante monacal, donde acaba de hacer *una siesta removida,* dice. Y como me ve rastreando la mirada por el velador con el claro afán de detectar sus lecturas nocturnas –es Santa Teresa, leo, sus "Moradas"–, ella va y coge una foto de encima, la mira en silencio y la devuelve suavemente a su sitio. *Ven* –me llama despacito–, *quiero mostrarte a mi marido. ¿Has visto qué hombre más buenmozo?*

No hace mucho rato, o tal vez sí, porque está casi oscuro y ella me ha dicho: *Ya pues, oye, ándate luego, ¿o te vas a hacer la permanente conmigo?* Ester Huneeus ha invitado a mi hija a hacer "gimnasia sueca" con ella en el living. Un espacio hasta hace poco iluminado por el débil sol de la tarde, donde conviven algunas esculturas propias con restauraciones surgidas de sus manos, más un par de obras de arte ajenas. De su madre, su hermano y otras. Todo muy bien dispuesto, pero sin ningún aspaviento... y sin ese desorden que muestran en la pared los trajinados libros, cuyas páginas adquieren vida, una a una, al toque enérgico de su bastón. Un arquetipo de La Anciana Sabia, ya lo dije y entonces érase una vez... Cual hada mágica su varita de virtud, ella baja rápidamente el báculo para depositarlo sobre el sofá y ¡zas!, eludiendo cualquier

consideración hacia sus años (algo más de 80), Ester se agacha de improviso en ángulo recto hasta el suelo, muy tiesa, un–dos–tres, qué te crees tú. Y un–dos–tres, bocanada de aire, dos brazos largos se estiran hacia lo alto y como aspas de molino intentan a cada giro dibujar por primera vez el firmamento. *¡A ver si tú puedes, chiquilla! Porque esto lo aprendí yo con una institutriz. Y si no lo hago todos los días, se me ablandan los músculos y me pongo vieja.*

Hoy no es otoño, recuerdo, mas la tarde se difumina sobre el verde oscuro de una gran higuera que no da higos ni brevas, pero guarda escondidos los rituales chilenos para la Noche de San Juan. No tengo, en verdad, ganas de irme, pero... "la permanente", etcétera. Mi hija tiene los pies clavados en las raíces de la tierra y sus pupilas permanecen cautivas en esa cabeza blanca que ilumina el atardecer. Momentos antes me había levantado de la silla, allá adentro, pero su voz ronca me espeta, algo brusca: *Ah, no, quédate conmigo a tomar té, hay un queque rico; no, no lo hice yo, si soy un desastre como dueña de casa. No, yo no como dulces, ¡por Dios!, ¿no ves que tengo diabetes juvenil?*

Y con el dibujo de la risa suya impresa aún en mis labios, ahora, mientras escribo esto, siento un par de ojos inquisitivos que me escrutan hasta muy adentro, allá afuera, en la despedida, como si en el fondo del mar nadaran dos bolitas de cristal buscando algas o algunas otras rarezas. Lástima que apenas, apenas le escucho la voz: cómo aprisionarla, su voz. La voz se le ha ido apagando de a poco a medida que nos acercamos al portón, a la reja: *¿Sola? Yo... ¡bueno, pero qué preguntona!... Yo era como tú ¿sabías? Una mujer llena de borbotones por dentro.*

I. Este libro: una mujer

A través del relato anterior, jalonado de remembranzas y cercanías a mi juicio iluminadoras, aunque de difícil apropiación objetiva –de ahí el tono–, he intentado relampaguear, con flechazos y silencios, esos misteriosos azares que marcan, en algún sentido, la existencia de los seres humanos cuando sus vidas se cruzan sin noción de futuras concomitancias.

Quisiera, por eso, y con el fin de evitar interpretaciones apresuradas sobre la línea aquí seguida, compartir mi propósito, que no es sino ir tejiendo, en un abordaje múltiple y de la manera más despojada posible, la figura humana de Ester Huneeus. Al mismo tiempo, intentaré rescatar a la escritora, a Marcela Paz, de ciertas ñoñerías mitificadoras que no le acomodan, le son impropias y, por si fuera poco, encasillan su quehacer y limitan sus resonancias. Sucede, de hecho, en un acercamiento meramente externo, que muchos de sus lectores no saben si retomar o no su obra en etapas más adultas, desconociendo los alcances reales de la más conocida de ellas –"Papelucho"– y por cierto, ignorando otras búsquedas literarias que conforman su personal universo.

La idea es, pues, entregar una visión de cerca, enriquecida por un enfoque psicológico y sociocultural lo más certero posible, gracias al cual puedan desplegarse las distintas facetas de una mujer que no por nada escribió siempre bajo seudónimo. Y que, junto a su vocación de escritora, desarrolló desde muy joven la vocación social, la misma que, emblemáticamente, la llevara a fundar en Santiago el primer Hogar de Ciegos de Latinoamérica, cuando aún no cumplía los 20 años de edad.

No hay lugar, empero, para el asombro. Porque la tremenda vitalidad, la clara agudeza de su inteligencia y una sensibilidad bastante extraordinaria, afincada con anclas de acero en el mundo real, hicieron de Ester Huneeus, junto a su espiritualidad, fantasía, humor e imaginación creadora, un motor imparable de inusual potencia. Un motor que la proyectaría, desde luego, en las contingencias de lo privado, pero muy especialmente en el ámbito social

y literario. Ninguna de estas improntas por sí solas, sin embargo, hubieran servido como caldo de cultivo para perfilar, con contornos tan nítidos, una personalidad en cuyo destino influyó el hecho de haber tomado, con el tiempo, prudente distancia frente a la pacatería ambiental y familiar. Por otra parte, Ester asumió desde un principio los genes artísticos que provenían, según dicen, principalmente *por línea* materna y que la impelieron, en forma no exclusiva pero sí contundente, hacia la creatividad literaria.

La indagación en las raíces familiares, así como la necesaria contextualización histórica, le otorga, pues, un marco a este enfoque, que busca también develar las motivaciones profundas de actitudes, arranques, sometimientos, rebeldías, fragilidades y fortalezas internas. Por separado o en conjunto, éstas van revelando su razón de ser en un entramado infinitamente más complejo que el que despunta en el diario de Papelucho o en alguna de sus otras obras. Y por más que se insista en la flaubertiana declaración de principios que ella misma alguna vez realizara ("Papelucho soy yo"), lo cierto es que ni Ester Huneeus en cuanto mujer, ni Marcela Paz en cuanto escritora, resultan encasillables en los límites de su deliciosa y logradísima creación.

De este modo, revisando esa suerte de lealtades recíprocas que no es raro observar entre autor y personaje, se advierte como ella desborda a este niño chileno de ocho años, este ser imaginario que nos parece tan cercano y tan verdadero. Lo mismo sucede con Papelucho, el cual, aunque la refleja e incluso habla por ella, termina diciendo y haciendo cosas que su creadora no hubiera podido decir ni hacer.

He aquí el misterio y la maravilla de la creación literaria. Pero, más allá de corroborar un aserto, nos vemos enfrentados a una situación muy tangible. Y es que, si en la libertad y en el desparpajo –sobre todo lingüístico– del personaje reside la raíz de su credibilidad, es en los silencios de Ester Huneeus donde se asientan los cimientos de Marcela Paz, la autora de esos otros libros que aquí se examinan y que no fueron "Papelucho". Parte de este trabajo, entonces, es demostrar que el espíritu inquieto y fundacional de Ester Huneeus rebalsa el impulso creativo de Marcela Paz. La primera se inserta sin travestismos ni caretas en la vida real, mientras la otra centra su permanencia en esa verdad travestida que suele ser, y no pocas veces, la literatura.

En relación a mi propia mirada y siguiendo los consejos de Rilke, he preferido expandir el abrazo acogedor, amoroso y comprehensivo hacia aquellas instancias más íntimas de la vida de esta mujer, buscando cercanías

en lo personal, pero objetividad en la aproximación crítica a la obra literaria. En cuanto biografía, este libro no puede sino ser abordado desde un punto que comienza y termina en el respeto a la persona humana, lo cual descarta cualquier tipo de acomodamientos que pudieran ir en dirección a apoyar simplemente una tesis.

Sin desmedro de esto, mi indagación se ha obligado a no coartar intuiciones personales ni eventuales sagacidades; menos aún, la verificación directa por la vía de testimonios, entrevistas, cuadernos personales y notas. Dicho material resulta indispensable en el ahondamiento de esa intimidad pudorosa, cuando no inconscientemente enmascarada, que late en el núcleo esencial de Ester Huneeus... y, de seguro, de tantas otras mujeres. Detenerse en esta línea implica pararse con los dos pies frente a un aspecto que no puede ser minimizado en un abordaje como este. Es aquí donde sobresale, con indesmentible nitidez, el genuino anhelo suyo de configurarse a sí misma según los parámetros morales del catolicismo del siglo anterior, modulados en este caso por esa permanente situación de alerta en que ella se mantiene frente a su espiritualidad. Una espiritualidad que no trepida en proyectarse con firmeza en el mundo circundante, permitiéndole desarrollar una vida intensa y plena.

Impulsada por un modelo externo que ella decide asumir como opción de vida, Ester Huneeus termina por sobrepasar los limitados cánones de época al abrir los ojos frente a una realidad que, de uno u otro modo, la demanda a ella entera hacia compromisos muy concretos. Tanto en la fundación del Hogar de Ciegos siendo casi una niña, como en su quehacer literario, esta mujer de bajo perfil logra trascender, en última instancia, sus propias fronteras, sin dejar de escuchar jamás sus voces internas y acatando, con rara desenvoltura, unos rasgos personales contorneados por la solidez de sus convicciones.

Ajena, en efecto, a los vanos campaneos que acarrea cualquier tipo de exposición, su personalidad se va consolidando, desde muy adentro y desde muy niña, de acuerdo a ciertas condiciones y características que conforman una existencia muy auténtica. Sin maquillaje alguno y, lo que es más insólito, dejando intacta su innata modestia, que pudiera relacionarse, sí, con su timidez, pero también con esa agudeza mental que no le hace asco a simplicidades y limitaciones de otro orden. No se hace difícil entender de qué manera estos rasgos estructurales, confrontados a los destellos del origen social y sus devaneos históricos, van conformando en Huneeus esa austeridad de base, reclamada por connotados historiadores

y sociólogos en cuanto uno de los sustratos posibles de nuestra identidad nacional.

El brío de su temperamento, potenciado por los peculiares matices de un intelecto que no desdeña el espíritu crítico, asume tanto en su cotidianeidad como en su trabajo literario la mirada irónica, descarnada, directa, veraz e incluso sarcástica que se evidencia en su hablar coloquial y en toda su obra. Claro ejemplo de esto es la franqueza inocente pero punzante, ese don único de llamar las cosas por su nombre que implica la visión de Papelucho. Un niño que es él mismo pero que representa, además, a todos los niños. Un personaje que, por la vía de la palabra, asume tan marcadamente el sentido de independencia de su creadora, que llega a conmover al lector en su coherencia ética. Sus principios forman parte integral de su ser. Y movido por ese estado de urgencia con que viven siempre los niños su dimensión temporal, Papelucho traslada sus convencimientos más íntimos a la acción inmediata, revelando de paso esa suerte de rebeldía de su creadora frente a un medio, si no hostil, al menos indiferente en términos de justicia, solidaridad y equidad. Valores todos avalados por Ester Huneeus desde el momento mismo en que se lanza a la escritura, inicialmente, con miras a la mera expresión pero, a niveles quizás inconscientes, también a la denuncia doble del conformismo social y de las dificultades de manifestarse con la verdad desde su condición de mujer.

Así, el solo acto de escribir implica en ella ambos elementos, detentados bajo cuerda en los rasgos propios de esta escritura, originada y situada en el ocultamiento (Marcela Paz, el seudónimo), por más que su autora insista en el afán lúdico del acto literario... o en afirmar que "entretenerme" es el objetivo final de sus libros. En este preciso lugar se produce, entonces, el interesante punto de inflexión entre rebeldía y acatamiento, tan decisivo en el boceto de un carácter que, a la postre, no la exime ni de luchas internas ni de inconfesadas dudas.

En vista de lo anterior y entre todos los caminos posibles, he escogido el de examinar los aspectos más sobresalientes de su trayectoria vital, según los datos que aportan su estructura psíquica y la conformación de la personalidad en relación al entorno. El análisis se centra luego en los diversos espectros donde ella desarrolla su acción y que la nutren, en la adultez, con triple énfasis: el amor y la maternidad, la literatura y la preocupación social. Asimismo, se revisa aquí la particular manera con que Huneeus va asumiendo sus roles. Con respecto a éstos, cabe destacar que, si bien derivan de su opción vocacional, ellos van de la mano –salvo en lo estrictamente

literario y en otros planos del arte (esculturas, manualidades, restauraciones)– con un arraigado sentido religioso. Y con ese don de sí que alienta en su devenir espiritual, plasmado en la intensidad sin cálculos con que ella vive uno a uno sus días.

II. El recorrido y los límites

Ajustando el foco

Esta rápida pasada por nuestra historia se centra fundamentalmente en los años de formación de Ester Huneeus, que resultan decisivos tanto para situarla en su entorno como para comprender el origen de su preocupación social y su posterior –cuando no paralela– vocación de escritora. De allí el énfasis en el período parlamentarista (1891-1920), que la vio nacer y desarrollarse. No se pueden eludir, tampoco, los antecedentes que aporta la revisión del período inmediatamente anterior (1850-1891), imprescindibles para entender el Chile finisecular y la escala de valores en los que ella fue educada.

Por eso mismo, el foco se ajusta con mayor esmero en los años que preceden y siguen a la fundación del Hogar de Ciegos Santa Lucía en 1924 (1920-1950), años que, por lo demás, constituyen su época de madurez como mujer y escritora. En esta etapa coinciden sus primeras publicaciones –las más tempranas bajo otras firmas– con la escritura de sus dos versiones de "Papelucho". La primera no ha sido editada hasta ahora, si bien fue escrita en 1934, y la segunda, de amplio y público dominio, lo fue inicialmente en 1947 gracias al Concurso Rapa-Nui. Es decir, doce años después de su matrimonio con José Luis Claro (1935), el gran amor de su vida y con quien formó una familia de cinco hijos.

En 1949 la enfermedad del esposo trunca, empero, esa paz ansiosamente buscada que la ha llevado, por lo demás, a escoger su seudónimo literario definitivo. Muy luego, sin embargo, y tras los vanos intentos por detener la mano sigilosa de la muerte, el hogar de los Claro Huneeus se viste de luto y el fallecimiento de José Luis, acaecido en 1954, clausura este ciclo.

De ahí en adelante, la vida sigue un curso más difícil para ella y sus hijos, en tanto el acontecer histórico nacional calma aparentemente sus aguas, las que serán removidas de nuevo con la llegada de los años 70. Esta década

determina la precipitación de la crisis política y social más dolorosa que ha vivido el país y que a todos los arrastra, de uno u otro modo, en "un río de sangre sin consuelo" (Neruda).

La pluma de Marcela Paz trabaja aún activamente; Ester Huneeus no ha dejado de lado sus afanes –más privados ya– de solidaridad y de justicia, ayudando a los que puede en su propia medida. Nacen los nietos y se acumulan premios, honores y traducciones junto a las actividades gremiales del IBBY y, en lo escritural, viene la coautoría de "Perico trepa por Chile". Se abre ahora para ella un ciclo nuevo en que dolores y alegrías parecen amainar la fuerza de sus vientos, mientras la historia le cede paso a los minutos finales de su existencia.

El círculo se cierra

A pesar de la escasa influencia que ejercen, a estas alturas, las circunstancias externas sobre la autora, ella no permanece indiferente a los sucesos que densifican la atmósfera de Chile, acicateado su interés –que claramente no es político a pesar de su firme postura democrática– por esa curiosidad innata que la pincha con su aguijón y le impide permanecer ajena.

Es el momento en que sostiene largas conversaciones con su sobrino en segundo grado, el sacerdote diocesano Mariano Puga, hombre de convicciones profundas y muy comprometido con los derechos humanos, así como con la protección de los más pobres durante el régimen de Pinochet. Con testimoniado cariño y sin inmiscuirse en algunas disidencias que lo llevan reiteradamente a la cárcel, ella inquiere detalles sobre las formas de subsistencia en las poblaciones "callampa" y regala sus "Papelucho" a Mariano para que los distribuya entre los niños en abierto desvalimiento. Quizás porque, sensibilizada desde hacía años por la extraordinaria labor social que realizaba en Chile el padre Alberto Hurtado, Marcela Paz había ido acogiendo en su corazón esas sugerencias suyas en cuanto a reflejar en algún futuro libro la tremenda miseria que consumía a los pobladores. Fruto de esto había sido, precisamente, "Papelucho detective" (1956), donde su personaje Papelucho se mueve en un escenario claramente distinto a los anteriores. Y ahora, sentada frente a su sobrino treinta años después, ella siente que esa realidad la demanda con mayor urgencia, llevándola a contactarse a su modo –libros y acción social– con el vapuleado mundo de la marginalidad chilena.

El círculo que clausurará definitivamente su productividad literaria se irá cerrando, no obstante, poco a poco. Sus dos últimos libros fueron concebidos bastante tiempo antes de verse publicados (1981) y obedecen más bien al amoroso afán de dos mujeres muy cercanas a ella en el afecto y la literatura: su nuera María Luisa Pérez y la ilustradora Marta Carrasco.

La sucesión de los meses se sigue y sobre ella van recayendo los honores y, cómo no, las buenas noticias asociadas a éstos. Hasta que una mañana cualquiera del mes de agosto, cuando los aromos cubren en Chile la tierra de amarillo, suena el teléfono en alegres campanilleos: Marcela Paz ha sido reconocida con el Premio Nacional de Literatura sólo tres años antes de que la muerte la arrebate, sin dramas, de su casa vitacureña. Su familia ha respetado los deseos suyos de no prolongarle la vida con inútiles intervenciones.

Los días y las horas

Reconstituyendo brevemente la atmósfera que Ester Huneeus respiró en este último tiempo, se vislumbra, en destellos pálidos, la silueta marrón de esta mujer alta y delgada, enhiesta como un roble a pesar de los años, que, hacia el final, careció de esas energías hasta no hace mucho imparables y desplegadas en silencio allá donde más se necesitara. Su entorno íntimo se ha ido extendiendo con la proliferación de nietos y bisnietos que ahora pululan, cual abejorros alrededor suyo, entregándole homenajes de abeja reina. En su interioridad más profunda, sin embargo ella no se siente menos sola que antes en su panal. Más bien, y en algún sentido quizás algo distinto Ester se fue recogiendo lentamente sobre sí misma, tal como lo hace el alma cuando del mundo se perciben menos ruidos o cuando se extiende la tarde llegado el punto de oscurecer. Y es que a pesar del amor que le profesan los suyos y de esas pequeñas alegrías que hoy constituyen un regalo más en relación al regalo de los días, como que a ella se le fue expandiendo hacia afuera, pero en total silencio, la hasta ahora esquiva paz del espíritu. Así, a veces, cuando su imaginación era demandada por las pequeñas obras de teatro, algún precioso concierto o los juegos de sombras chinas que los niños se esmeraban en representarle, ella gozaba plenamente con el juego "Porque sí" y, desde luego, porque le gustaban los divertimentos y las cosas bien hechas. En eso seguía siendo exigente, Ester, aunque el perfeccionismo inútil se le evaporó de a poco junto a tantas preguntas sin respuestas que en algún momento le remecían el alma. Ester estaba más plena y, de

1982. Ester con sus nietos.

seguro, más tranquila, confiando en su fe y en el amor de Dios. El río se acercaba a la mar –cómo no saberlo– y cada hora arribaba sin traumas a esa orilla vacía, de sereno acatamiento, que proviene de la aceptación de sí o de la entrega generosa de los propios dones. Sin duda colaboró en el proceso esa atmósfera familiar, donde había de todo un poco, pero donde lo que abundaba era la creatividad y también el humor. En sutiles toques, esto la fue conduciendo hacia una vejez sin retorno que se abría camino en el cuerpo hasta entonces no doblegado, ni siquiera ante los ecos genéticos de la temida diabetes "juvenil".

La diabetes. Una enfermedad que, en su fuero interno, tal vez ni ella misma advirtiera como (psicológicamente) compensatoria y que le dio siempre pie a Ester para muchas bromas. En el fondo, sin embargo la diabetes no hizo sino equipararla ¡al fin! a su hermana Anita, cuya vida había quedado trunca a causa de este mal, cercana ya la adolescencia y cuando aún no se había descubierto la insulina. Dos años mayor que ella, su muerte prematura se prestaría en el seno familiar para todo tipo de mitificaciones.

El simbolismo de las fechas: dos hitos

Algo muy lindo les legó Marcela Paz a los niños casi desde los inicios mismos de su existencia adulta; algo muy lindo les legó Marcela Paz a los mayores, al señalarles con humor ese lugar de pertenencia que constituyen para siempre las moradas de la niñez. A unos y otros les entregó una vida por la vía de la imaginación, les regaló un tiempo y, con sus propios ojos, les abrió los suyos. Los hizo reír y conocer la luz, en esa inalienable alegría de ser, de mirarse a sí mismos y mirar a los demás con la inocencia chispeante de la edad primigenia.

Eso fueron sus libros. Ese fue Papelucho. Y esos, también, fueron los niños sin edad que le devolvieron finalmente la mano en una declaración que, a ella, la preserva y enaltece: "La Marcela Paz es una vieja chora".

Y de eso fui testigo.

Como lo fue, en 1882, la pequeña ciudad de Santiago cuando pudo ver, con no escaso asombro, cómo se iban alumbrando milagrosamente los rincones más oscuros de sus esquinas, de sus calles y veredas. Todo ello, gracias al esfuerzo mancomunado de la Compañía de Gas y la Compañía General de Electricidad Industrial, creada en 1905 por dos hombres visionarios y videntes: el que había de ser el suegro de Ester, don Raúl Claro Del Solar, y su padre, don Francisco Huneeus Gana. ¿Coincidencias del destino? Sea como fuere, queda establecida una vez más la función del azar en la historia de las personas, como también el contenido poético de ciertas fechas cuyo fin es aquí, enmarcar una vida humana en un contexto más amplio, siempre con miras a la mejor comprensión.

Cien años: 1882-1982. Una centuria escogida con cuidado para avanzar simbólicamente desde los primeros balbuceos de la iluminación de Santiago (1882) hasta el otorgamiento del Premio Nacional de Literatura (1982) a Marcela Paz. Entre ambos hitos destaca el intervalo sobre el cual se cimbra el país que vio nacer, desarrollarse y morir a Ester Huneeus, aunque en el colectivo perdurará inalterable, su seudónimo asociado a la potencia de una imaginación que rompe a menudo sus propias cadenas.

III. El país de Ester Huneeus

Emergencia del capitalismo

Durante los años que siguieron a la Independencia y consolidación de la República, la sociedad chilena se había ido acercando a un ciclo de modernización urbana que se inició a partir de 1850. Durante ésta la población se triplica, se expande el territorio y comienza el predominio de la burguesía liberal, abatido ya el gobierno de Balmaceda por la Guerra Civil del 91: ni siquiera el suicidio presidencial logró atajar la debacle política.

Suprimidos ya totalmente los mayorazgos, la tenencia de la tierra ha experimentado cambios fundamentales, modificándose, en definitiva, los grupos de poder. Las villas y villorrios de ayer han adquirido título de ciudad y se han activado los diversos núcleos poblacionales, insinuándose un proceso de desarrollo en el que será decisiva la anexión de tres áreas claves para la economía nacional. En efecto, el triunfo en la Guerra del Pacífico (1879) sobre Perú y Bolivia trajo consigo la riqueza minera del norte, Tarapacá y Antofagasta. La mal llamada Pacificación de la Araucanía (1861-1883), aunque sometió abusivamente al pueblo mapuche, incorporó una apetecida zona agrícola y, después, minera (el carbón de Lota). Y por último, más al sur, la Colonización de Llanquihue y Magallanes, iniciada entre 1852 y 1853 con inmigración extranjera, permitió un importante incremento en el rubro agropecuario. Entretanto, las inversiones estatales en comunicación y transporte fueron logrando satisfacer las necesidades de integración y desarrollo en un país donde, debido a su "loca geografía" (Benjamín Subercaseaux), la figura más emblemática del período fue, por cierto, el tren. De su honda significación para el imaginario colectivo se hará cargo en el siglo xx la poesía "fronteriza", particularmente en las voces de Pablo Neruda, Juvencio Valle y Jorge Teillier.

También la fisonomía de Santiago ha ido cambiando y hacia fines del siglo la capital experimenta "un verdadero furor de construcciones". La

exportación de materias primas (plata, cobre, carbón, salitre) inaugura un período de inusitada riqueza y es el momento en que se forman las grandes fortunas mineras. Muy pronto, sin embargo, sobrevendrán las crisis propias de la dependencia internacional que, potenciadas por eventos internos y de política exterior, se reflejarán en una vertiginosa alternancia entre auge y retroceso. La ganadería y la agricultura siguen esta misma suerte, debido a la escasez de mano de obra rural; ésta opta por mejores salarios en las minas o en las obras públicas. Como paliativo, se implementa el uso de la maquinaria agrícola, pero nada evitará la cesantía con sus variadas formas de miseria.

No son otros los rasgos que asume la emergencia del capitalismo en Chile, país que, dentro de una concepción liberal de la economía, ha comenzado a organizar el crédito y la banca. Las fortunas privadas se incrementan; viene el derroche urbano y los famosos viajes familiares en barco a Europa, con la vaca incluida para la leche de los niños. La sociedad se estratifica de otro modo; ahora en la cúspide figura la plutocracia minera, banquera o empresarial, en su mayoría de origen extranjero. Por la vía del matrimonio o los lazos comerciales, este grupo se fusiona con los miembros de la aristocracia terrateniente que vive en Santiago y juntos fundan el Club de la Unión y el Club Hípico, cuyas magníficas sedes compiten con los nuevos palacios. Por las calles transitan carruajes de lujo y en los hogares se visten los muros con ornamentos y menaje importado. Los analistas comienzan a hablar de una ruptura en la unidad moral de la antigua aristocracia.

En el extremo más pobre y populoso de la pirámide social, la necesidad de los artesanos de agruparse en gremios se convierte en una realidad. Los obreros empiezan a concentrarse en las ciudades, adonde también han migrado los campesinos; las esperanzas no se cumplen y las sucesivas crisis se manifiestan cada vez más en desempleo, analfabetismo, hambre, hacinamiento, alcoholismo, prostitución y pestes. Algunos se van en busca del oro a California, pero el grueso sigue aquí en condiciones lamentables, que contrastan con el derroche y la ostentación de los más pudientes. La clase media es aún invisible y estos hijos de empleados, funcionarios y comerciantes no alcanzan a equilibrar la tensión producida por los extremos, vale decir, la oligarquía y el proletariado.

¿Y qué pasa con los políticos? Según ironiza Guillermo Feliú Cruz: "la política es el deporte de la oligarquía". Como el Ejecutivo es el gran elector, los partidos de oposición, recién constituidos, quieren libertad electoral,

reformas constitucionales y limitaciones para el Presidente. Reuniones van, reuniones vienen; se arman y se deshacen asociaciones; el ambiente se mueve, pero muy pocos sienten que de verdad se avanza.

Clausurada por "sediciosa" al año de su fundación (1850), la Sociedad de la Igualdad, que aúna a aristócratas jóvenes y grupos de artesanos en torno a los principios de Arcos y Bilbao, cosechará sus frutos en el Club de la Reforma, centro de las ideas liberales de país. Se empieza a vivir, por esos días, una notable efervescencia, de la que se hacen cargo varios periódicos nuevos, aunque sólo El Ferrocarril permanece cuarenta años en la cúspide; al momento de su desaparición quedan, sin embargo, diez diarios importantes circulando por el país. El área educacional también se ve beneficiada por estos avances –de los que no es ajeno el movimiento intelectual del 42– y así crece la enseñanza secundaria, hasta entonces bajo el alero de la Universidad de Chile. Nace el Instituto Pedagógico, con una orientación clara hacia el sistema de enseñanza alemán y se fundan los liceos de niñas, cuya educación estaba entregada a los colegios particulares, en su mayoría regidos por monjas; esta labor se ve complementada por institutrices europeas que vienen a instruir a los hijos de hogares pudientes.

El marcado tinte secular que empezó a adquirir la enseñanza en Chile no fue visto con buenos ojos por el conservadurismo católico. El avance de posturas laicizantes produjo tan gran temor en los grupos ligados a él, que el proyecto de Ley de Instrucción Primaria, gratuita y obligatoria, tardaría casi veinte años en ser promulgado. Pero la educación femenina ya era un hecho desde que el decreto de 1877 autorizara el ingreso de las jóvenes a la universidad, obligando a ampliar su instrucción más allá de las labores domésticas. En el ámbito popular, esto se tradujo en una mayor calificación para el trabajo artesanal de las obreras, que hacia 1907 conforman un tercio de la población económicamente activa. La educación técnica se abre, asimismo, paso a través de la formación de escuelas agrícolas, industriales o de minas, junto a las instituciones Don Bosco, cuyo papel en el área llega a ser muy destacado.

En otros campos de la cultura, se observa un denotado interés por la historiografía, la prensa doctrinaria y la oratoria, mientras la arquitectura abre puertas con su primer centro de estudios a cargo del francés Francois Brunet. Llegado a Chile en 1849, éste fomenta la construcción de ladrillo en vez del tradicional adobe y entre las familias más connotadas se empieza a producir entonces una verdadera competencia por construir la mejor mansión, el palacete más impactante o el más exótico. Predomina el estilo

neoclásico parisién, de acuerdo a cuyos parámetros se levantan, en 1863, edificios públicos como el de la Universidad de Chile (fundada en 1842), en tanto las más importantes iglesias coloniales se recubren de ladrillo bajo la férula de Fermín Vivaceta, aventajado discípulo de Brunet. El mayor impulso urbanístico proviene, no obstante, del alcalde de Santiago, Benjamín Vicuña Mackenna, quien en 1870 encarga la pavimentación, agua potable y transformación del Cerro Santa Lucía. En cuanto al arte desarrollado de las plásticas, resulta determinante el arribo de maestros extranjeros como Rugendas, Monvoisin o Somerscales (1869), a quienes releva "una brillante generación de pintores nacionales" que antecederán a Pedro Lira, Valenzuela Puelma, Valenzuela Llanos, Onofre Jarpa y Juan Francisco González. Estos artistas completan invariablemente sus estudios en Francia o Italia.

Inmigración extranjera e inhibición del Estado

De este rapidísimo registro he dejado aparte la enunciación de dos rasgos de la estructura social de Chile que atañen directamente, aunque por distinto cauce, la futura existencia de Ester Huneeus. Me refiero al incremento de la inmigración extranjera –particularmente la de origen sajón, de donde proviene su familia paterna– y a la inhibición del Estado en la economía nacional. Del primer tema interesa la impronta nórdica en la educación de la escritora, que pudiera haber potenciado ciertos aspectos relevantes de su personalidad, como ese espíritu emprendedor que moverá desde muy joven a Ester en irreductible empuje. En la línea de los Huneeus y siguiendo además el ejemplo de su padre, ella se sabrá capaz de sacar adelante aquella idea o aquellas ideas que la obsesionan, siempre que, a su juicio, sean necesarias para la comunidad. Del segundo tema, relacionado con el bien público, se deriva la necesidad de que los particulares asuman, a través de iniciativas propias, la tarea de llenar ese vacío dejado por la indiferencia estatal en áreas tan básicas como la vivienda, la salud o la educación. Un vacío que afecta con mayor fuerza, naturalmente, a los sectores más pobres y que, de uno u otro modo, se encargará de paliar Ester en la medida de sus fuerzas.

Los rasgos anteriores, sumados al catolicismo del ambiente y a una fuerte sensibilidad social, coadyuvan a que el latigazo de la pobreza y la minusvalidez remezcan a esta joven mujer, que no dormirá tranquila hasta concretar su sueño. Se trata, para ella, de un sueño que no puede esperar, pues obedece a un imperativo ético que se concretará muy luego en la fundación del Hogar de Ciegos Santa Lucía. Si bien éste adquiere

personalidad jurídica recién en 1924, la idea le ha surgido a Ester varios años antes, a raíz de su primer contacto con una realidad atroz y hasta entonces ignorada por ella: la que viven en Chile todas esas personas no videntes que sobrellevan su ceguera sin recurso alguno para sobrevivir con dignidad. Este hecho cambia enteramente la vida de Ester Huneeus a una edad (18 años) en que comúnmente la juventud anda preocupada de otras cosas, y desencadena en ella una acción con la que se comprometerá durante gran parte de su vida.

La mesa de tres patas y la cuestión social

Con miras a entender el porqué de esta situación de desmedro que se produjo en Chile después de la bonanza, es pertinente recoger la idea de que, a ese "festín", fueron invitados sólo tres grupos para gozar de él. Es lo que el ensayista Claudio Véliz denomina "la mesa de tres patas" constituida por: los exportadores mineros del norte, los exportadores agropecuarios del sur y las grandes firmas importadoras de Santiago y Valparaíso. "Entre los tres dominaban totalmente la vida nacional, desde los afanes municipales hasta las representaciones diplomáticas, la legislación económica y las carreras de caballos". La extrema polarización de la riqueza trajo consigo, inevitablemente, una espesa sensación de impotencia en las antípodas del poder oligárquico, en un fenómeno que fue tildado vagamente como "la cuestión social". El ojo avizor de Vicuña Mackenna ya lo había advertido, al contrastar esa cruda realidad de "las pocilgas inmundas" y los "conventillos" con el baile de millones que había acarreado el salitre. Una danza más macabra que magnífica, pues el negro hedor de la miseria –prostitución, alcoholismo, enfermedades venéreas– se colaba en el resplandor fugaz, pero no por eso menos potente, del llamado "oro blanco" (salitre).

Lo cierto es que entre los años 1880 y 1920 la tensión social fue creciendo hasta límites insostenibles, en una ola que se convertiría en un largo reguero de pólvora y que explotó con las protestas obreras. El desafío pudo haberse asumido positivamente con la creación de leyes sociales que regularan el sistema laboral, pero no hubo por donde abordar el tema. Y ante los hechos, las elites "se dividen y paralizan". No obstante, algunos miembros del Partido Conservador y, por ende, de la elite aristocrático–católica (más un sector reducido de la clase media en ciernes), fueron asumiendo por su cuenta los ecos de la encíclica Rerum Novarum, emitida por el papa León XIII en 1891 con carácter de extrema urgencia. Lamentablemente, trans-

curridos diez años de fatal tardanza, la disconformidad, la desesperación y el desencanto habían cobrado su cuota entre los más pobres.

A modo de ejemplo, valga este importante dato: en un país donde, si las tasas de natalidad eran muy elevadas (38 por 1.000 en 1913), las de mortalidad infantil resultaban simplemente aterrantes: 304 por 1.000, el índice más alto de Latinoamérica. "Todo Chile es un matadero infantil", escribirá después Tancredo Pinochet Le Brun, enfatizando no la ignorancia de una realidad que los políticos conocían, sino el hecho de que nadie hacía nada concreto para remediarla; la magnitud del problema era evidente hasta para el más ciego y se veía diariamente reflejada en las editoriales y artículos de prensa. Pocos previeron, no obstante, el nivel de las consecuencias, hasta que la huelga del salitre de 1907 desató, en la escuela Santa María de Iquique, el más negro y el más trágico de todos los episodios de violencia laboral ocurridos en Chile. El saldo se contabilizó en 200 muertos y 300 heridos, en un acto de brutalidad calificado por los estudiosos internacionales como de "difícil parangón en la historia de las luchas sindicales".

El centenario y la explosión de ilusiones

A la luz del panorama anterior, la pujanza económica y el optimismo con que Chile enfrentó el nuevo siglo no semeja ser sino el sueño de una elite. "Me parece que no somos felices", detectaba en 1900 Enrique Mac Iver, dos años antes del nacimiento de Ester Huneeus, manifestando así la sensación de descontento que cundía como el cólera en la sociedad chilena. "El oro vino pero no como lluvia benéfica que fecundiza la tierra, sino como torrente devastador que (...) arrasó con las virtudes públicas que nos engrandecieron".

Nada de esto impedirá, claro, que el Centenario de la Independencia se celebre con grandes festejos. Nada opacará, tampoco, el contagioso espíritu festivo que llega hasta el pueblo; ni siquiera la sombra extraña del doble duelo presidencial que vive en esos días el país. En Alemania ha muerto el mandatario Pedro Montt y, antes del mes, su vicepresidente Fernández Albano, quien había asumido la presidencia en su reemplazo. Engalanada sin complejos la ciudad para recibir a sus encopetados visitantes, éstos irán descendiendo uno a uno de los trenes en la Estación Central de Santiago, para subirse, mano en alto y saludo, a los lujosos carruajes de sus respectivas embajadas. Las familias distinguidas se pelean, en una capital donde no hay todavía hoteles dignos de tal nombre, el honor de alojar a los ilustres extranjeros y

sus miembros han acudido a la estación a mostrar sus ornatos ante los asombrados ojos de la población, que nunca ha visto tal despliegue de elegancia.

Ni aun en las fastuosas noches de gala frente a las puertas del Teatro Municipal, a uno de cuyos palcos acudirá la abuela de Ester, doña Anita, con unos dorados pollitos "para el picnic" escondidos bajo su magnífica capa de piel. Los vítores surgen espontáneamente de aquellas bocas que poco tienen y, menos que nada, algún espectáculo para disfrutar. Los vítores siguen por la calle a esa elite sociopolítica que, satisfecha de un desarrollo republicano al que no son ajenos sus antepasados, se siente en su salsa y merecedora, por cierto, del aplauso del pueblo. Los vítores se elevan en consonancia blanquinegra con la nube compacta de alucinados fotógrafos, cuyos disparos de cámara iluminan por un instante tantas vidas sin luz que van y vienen al garete.

Hubo por esos días insólitas primeras piedras de monumentos conmemorativos que nunca se construyeron, e inauguraciones de verdad que sepultaron esos intentos en un vergonzoso pero no infrecuente olvido. El Museo de Bellas Artes abrirá por primera vez sus afrancesadas puertas con dos mil obras de diferente procedencia, mientras el reflejo vítreo de la flamante tienda Gath y Chávez acapara la fascinación de esos mil pares de ojos que jamás podrán lucir los atuendos allí exhibidos: "Gath y Chávez y el Centenario se confundieron en una explosión de ilusiones. Todos sentíamos que algo mejor vendría", escribirá después en su crónica el inefable Joaquín Edwards Bello.

En Santiago, candilejas y faroles alumbran como pueden las calles, ventanas y veredas. Pero Chile vive, en verdad, no sólo el agotamiento de un sistema político, sino el de un estilo de vida inadecuado para los desafíos de los nuevos tiempos. Un estilo que no habla sino de esa clara crisis moral a la que alude Mac Iver y cuya evidencia se advierte en la ostentación de que hace gala la clase dirigente. Ostentar y ostentar, que el mundo se va acabar... El mal se ha extendido, cual venenosa serpiente, a la sociedad entera y así lo plantea el historiador Francisco Antonio Encina: "El rico derrocha casi todas sus rentas, y el pobre hace esfuerzos supremos por seguir un tren de vida que no guarda armonía con su fortuna". ¿Y la clase media? La clase media vive, entretanto, "en cierto estado como de disgusto constante con los que están más arriba, y muy separada, casi alejada del pueblo, por el cual es menos querida y respetada que la clase alta". Atinado el diagnóstico de Juan Enrique Concha, voz, cara y pluma del partido Conservador.

Y puesto que la literatura es depósito fiel de los afanes, decires y sentires de una época, no extraña la acogida que tuvo en Chile el surgimiento

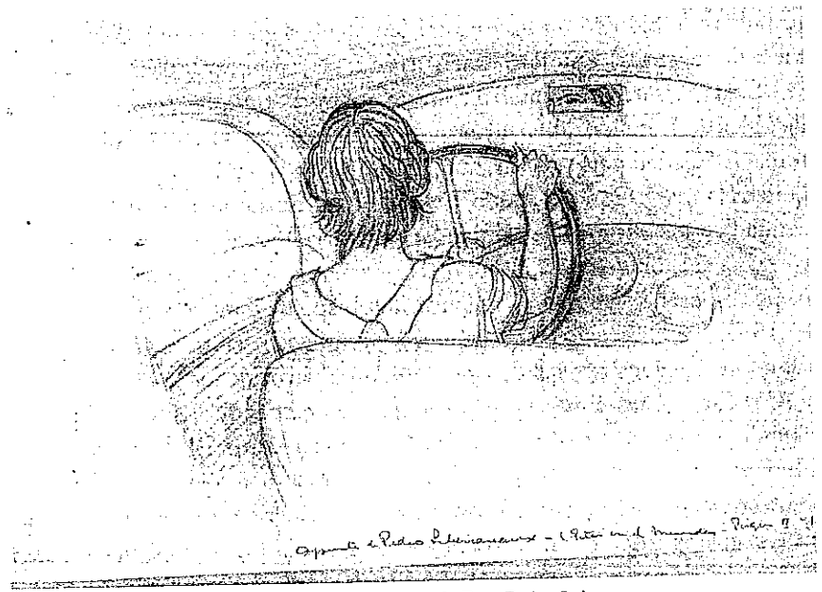
de la novela naturalista. Encargada de denunciar con intensidad y eficacia el injusto entramado de la sociedad chilena, contribuyó a difundir "la imagen de una elite a la deriva de sus pasiones atávicas e intereses particulares, a la cual rondaba el fantasma de la decadencia moral" (Sofía Correa). En este ámbito destaca muy fuertemente el mundo configurado en "Casa grande", la exitosa obra de Luis Orrego Luco publicada en 1908.

Belle Époque, caridad cristiana y laissez faire *estatal*

Con la mirada puesta en Europa y, en muchos casos, el bolsillo también, las familias oligarcas no tardaron en recrear acá en Santiago una espumosa bruma de escapista frivolidad, esa especie de alegre oasis que significó la llamada *Belle Époque*. Los catorce primeros años del siglo xx se extendieron en Chile por un período un poco más extenso que en el Viejo Continente. Los vientos de pujanza económica acarreaban consigo el bienestar propio de una seguridad recién adquirida y a la omnipotencia de la juventud dorada se unía una deliciosa sensación de vitalidad, cuya expresión más tangible era "el bendito ocio". Sensualidad, hedonismo e inconsciente *carpe diem* lanzaban al aire sus más hermosos trinos, sin que los ojos osaran traspasar el invisible pero compacto muro tras el cual comenzaban a levantarse en el mundo las futuras trincheras.

En términos visuales, esto se tradujo en la suave explosión de colores en ropas y adornos; a nivel táctil, en las delicadas texturas del vestuario, que se mecía en armónicas ondas con los (estudiados) movimientos del cuerpo. Un cuerpo que quería gozar de su libertad al aire libre; un espíritu que quería reírse, gozar y volar lejos de cualquier atadura. Para eso estaban los picnic o almuerzos campestres, los nuevos bailes, la equitación, el tenis, el remo y después la natación, en unos afanes deportivos que, en Chile, fueron cultivados primero por los habitantes de origen anglosajón.

Las costumbres habían cambiado rápidamente y el ideal masculino, de acuerdo a las dos culturas más admiradas y sucesivamente imitadas, era una mezcla del *bonvivant* francés con el *gentleman* inglés. "Se admiraba lo intelectual, lo artístico, el título universitario o la profesión liberal, pero se admiraba más un tren de vida dispendioso", dice la historiadora Mariana Aylwin. Y así, impulsados por ideas de progreso, maquinismo, deporte y sensación de independencia, por las calles citadinas comenzaban a aventurarse, ante los ojos atónitos de la ciudadanía, los primeros automóviles, conducidos por jóvenes caballeros vestidos de *sport* y con



Ester en su Ford Sedan. Retrato de Fray Pedro Subercaseaux.

sombreros *hallulla*. Algo más tarde aparecieron damiselas de ojos negros en busca de modernidad al volante, boquilla en mano, largos collares de perlas negras, blancas o rosadas y con las piernas a la vista, enfundadas en las suaves delicias de unas medias de seda.

Ester Huneeus fue la segunda mujer que obtuvo en Chile su carnet de chofer, en 1922, aunque se decidió recién a conducir algún tiempo después, cuando un precioso Ford Sedan, "recién salido de fábrica", vino a colmar de espumante champagne el día de su cumpleaños. El regalo era de su abuela Anita, que quiso darle femeniles ínfulas a la nieta predilecta. Nada cuesta, en verdad, imaginarla de joven a toda velocidad por el camino a Pirque, incubando sueños no imposibles entre el polvo de los cerros y el humo de ese cigarrillo que no la abandonará ya más. "A la Ester le fascinaba manejar (...) y yo me sentía dueña del mundo con ella al volante": el recuerdo es de su amiga Teruca Langlois.

El optimismo de la *Belle Époque* relumbró en Chile durante casi una veintena y, como el anhelo primordial era mantener el "buen tono", el estilo de vida que se llevaba era liviano y sin preocupaciones de ningún tipo. La clase dirigente se aislaba, sin embargo, del resto de la sociedad chilena que, aunque hubiese tenido ganas de incorporarse a la fiesta, no hubiera podido

ni hubiera tenido como hacerlo. El banquete seguía celebrándose en una mesa de tres patas, donde el dinero, si se tenía, sólo servía para ser gastado.

En la estratósfera flotaban, sin aparente destino, las frases lapidarias de Valentín Letelier, quien advertía, con las palabras de un notable tribuno romano: "Ceded parte de vuestras riquezas si no queréis que un día os sean quitadas todas". Con ojo agudo, Letelier remarcaba que los beneficios de la caridad en los tiempos de cambio "apenas sirven ya más que como paliativo". Una alusión clara a la necesidad cristiana de acción caritativa, postulada por monseñor Mariano Casanova, arzobispo de Santiago, en su Pastoral de 1893: "Si Dios exige a los pobres la resignación en sus privaciones, en cambio exige a los ricos el desprendimiento a favor de los pobres".

La forma más concreta que asumió ese desprendimiento fue la creación de numerosas instituciones de beneficencia, como El Buen Pastor, las Hermanitas de la Providencia, las Sociedades de San Vicente de Paul, las Protectoras de la Infancia, las Gotas de Leche o la Cruz Roja, en algunas de las cuales participó por años Francisco Huneeus Gana, el padre de Ester. Buscando asegurar al menos la alimentación, el vestuario y los medicamentos para los pobres, las iniciativas privadas remediaban como podían la incapacidad de un Estado cuyo lema, olímpico, era el *laissez faire*.

Frente a esta total ineficiencia, otros sectores sociales intentaron también aminorar el problema de la miseria a través de la creación de mutuales, cooperativas y diversas formas de asociaciones obreras. Y, desde el área de la medicina, surgió la llamada "corriente higienista" por la que hicieron oír su voz connotados profesionales relacionados con el tema, hasta obtener acciones concretas como las Juntas de Beneficencia y, posteriormente, el Consejo Superior de Higiene Pública. A esto seguiría después la fundación de la Escuela de Enfermeras y de la Escuela de Servicio Social en 1925.

Nada podía disimular, sin embargo, los ribetes indecorosos de una realidad que se había hecho cada día más insostenible y frente a la cual la respuesta del Estado tardó tanto en llegar –y fue tan limitada– que apenas se notaron sus efectos. La Ley de Habitaciones Obreras, promulgada en 1906, intentó atacar el tema del hacinamiento y sus secuelas, promoviendo la construcción de cités, pero la dignidad que originalmente perseguían estas viviendas terminó, por lo general, perdiéndose en esos pasajes largos y angostos que pasaban a ser focos de enfermedad y delincuencia. En estos cités vivían, precisamente, muchos de los ciegos a los cuales beneficiaría el Hogar fundado por Ester Huneeus.

IV. LA GRAN CRISIS

Un récord que no se borra

El período que va de 1920 a 1950 se caracteriza en Chile por el ascenso político de la clase media, cuya consolidación social irá a ser cosa de tiempo. En el ámbito biográfico estricto, estas fechas históricamente delimitadas coinciden primero con la decisión de Ester de hacer algo por los ciegos, cuyo desvalimiento la acongoja (1920), y luego con el término de su gestión como Secretaria Ejecutiva en el Hogar Santa Lucía, en 1950. En el intertanto, el crecimiento de las funciones del Estado irá corriendo a la par con el desarrollo de la enseñanza y paulatinamente se irán viendo los frutos del proceso de industrialización. El automóvil se apodera de las calles y su tránsito "veloz" por caminos "de cemento" modifica el mapa de la comunicación terrestre. Simultáneamente, se inicia en Chile la construcción de aeropuertos, un paso importante para mitigar esa sensación de aislamiento que desde los orígenes ha ido marcando la identidad nacional.

Lo más decisivo de estos años, por cierto, fue la tremenda herida de la depresión internacional de los años 30, que acá arribó violentamente y en desgraciada coincidencia con la depreciación del salitre, cuyo resultado inmediato fue la cesantía de más de 40 mil obreros. En el año 1932 esa cifra alcanzó a los 160 mil cesantes; la actividad económica se hallaba casi del todo paralizada, suspendidas las obras públicas y el pago de la deuda externa. El informe de la Liga de Naciones confirma que Chile es "efectivamente el país más afectado por la crisis" en su comercio internacional. Le corresponderá al segundo gobierno de "El León de Tarapacá", Arturo Alessandri Palma (1932-1938), restaurar la economía e iniciar el proceso de crecimiento interno, en tanto el mandato de Aguirre Cerda se encargará después, con la creación de la CORFO (Corporación de Fomento de la Producción, 1939), de promover más enfáticamente el desarrollo económico.

En este nuevo esquema tienden a desaparecer aquellas asociaciones privadas que persiguen fines benéficos y que, en algún momento, habían llenado el vacío estatal con sus obras de bien público. Junto con esto y como un efecto de la Segunda Guerra Mundial, se organizará en Chile la industria pesada a través de la Compañía de Aceros del Pacífico, la Empresa Nacional de Petróleo, la Empresa Nacional de Electricidad y la Industria Azucarera Nacional. El crecimiento del sistema educacional ha conseguido, por su parte, aumentar la cantidad de bachilleres, profesionales y técnicos; esto, más la ampliación de los organismos y funcionarios del Estado, se traduce en una gravitación política y social cada vez más intensa de los sectores medios que, con fuerza avasalladora, habían llevado al poder a Arturo Alessandri en su primer mandato (1920). Como presidente, "El León" logró al fin promulgar la Constitución de 1925, restableciendo el régimen presidencial que anulaba el sistema parlamentarista de gobierno y negoció, finalmente, la separación amistosa entre Iglesia y Estado.

El diablo con cola

Tampoco hizo "El León" oídos sordos frente a otras demandas, entre ellas las de carácter genérico que hasta entonces no habían sido escuchadas ("las mujeres y los niños reclaman también protección eficaz y constante de los poderes públicos") y que él denuncia con su vehemente oratoria: "La condición legal de la mujer en Chile permanece aún aprisionada en moldes estrechos que la humillan, que la deprimen y que no cuadran con las exigencias de la civilización moderna. Carece ella de toda identidad, de toda libertad y vegeta reducida al capricho de la voluntad soberana del marido en forma injusta e inconveniente".

Entre una serie de iniciativas de distinta índole, Arturo Alessandri impulsará la creación del Ministerio del Trabajo y de la Previsión Social, aclarando en su famoso discurso del Programa Presidencial: "No quiero, no pido, no acepto persecuciones injustas contra la riqueza y la fortuna (...). No quiero trastornos ni violencias; los abomino y anatematizo, los condeno con toda la energía honrada de mi espíritu. Quiero y exijo el respeto de todos los derechos fundamentales garantizados por nuestras instituciones (...). Quiero ser una amenaza para los espíritus reaccionarios (...), para los que se alzan contra los principios de la justicia y el derecho". La resistencia que estas últimas palabras provocaron en los ambientes conservadores fue, simplemente, rayana en el pánico. Arturo Alessandri Palma pasó a ser la personificación del diablo con cachos, cola y olor a azufre: la fogosidad de

su palabra y su capacidad de convencimiento debía provenir, sin duda alguna, de las entrañas mismas del infierno. Y es que, si bien la Iglesia había ido modulando poco a poco sus excepcionales niveles de influencia en el acontecer nacional, sus dictámenes eran seguidos fervorosamente en ciertas esferas de poder. El partido Conservador todavía era el portavoz del clero, incluso cuando éste había dejado ya de actuar de manera tan ostensible en las decisiones políticas. Este mismo partido, sin embargo, fue el que presentó en 1917 el primer proyecto de sufragio femenino.

¿Cómo se entiende esta mixtura entre conservadurismo y progreso? Muy simple: más valía escuchar a aquellas mujeres de elevada posición social que, cercanas a la Iglesia, tenían ya elaborada una serie de planteamientos moderadamente "feministas" y de amplia base popular. Con esto, el Partido se aseguraba, además, el apoyo de esa vasta población con faldas que agradecía los frutos de la beneficencia privada y, por ende, de la educación católica. No obstante, y para hacerse una idea exacta de la ardua lucha del feminismo contra los prejuicios e intereses vigentes, importa señalar aquí que la Ley de Sufragio Femenino recién se aprueba en 1949, vale decir, treinta y dos años después de formulada la iniciativa.

El limón agrio

El eclipse político de la clase alta fue un hecho cada día más cierto y no menos progresivo. La clase media, que había accedido con Alessandri al poder, se mantuvo en él durante el primer gobierno de Ibáñez (1929–1931) con apoyo de los grupos militares, hasta que en 1938 obtiene la victoria el Frente de Acción Popular. Esta es una alianza de los sectores medios con la clase obrera y su triunfo se relaciona no sólo con la coyuntura de la Segunda Guerra Mundial sino, más exactamente, con la coyuntura que crea para muchos otros países la Guerra Civil Española en 1937.

Como un eco si se quiere mínimo de la historia europea, se levanta en Chile, aunque privadamente, la voz de una mujer que sufre en carne propia cada uno de estos avatares, según un registro que para los efectos de esta biografía constituye auténtico privilegio. Es la voz de Ester Huneeus quien, ya casada, le escribe un cuaderno a cada uno de sus hijos desde los primeros meses de embarazo y donde toma nota, además, de los distintos acontecimientos que a ella la van perturbando.

En uno de ellos figura con insistencia el tema de la guerra, a escasos pasos de la hecatombe mundial:

Mientras tú te abres paso desde la mente de Dios hacia el objetivo de nacer para tener derecho a la eternidad, aquí el mundo se arrebola como para una fiesta, preparando la trágica orgía de una guerra/ ¿Qué tienen los hombres en las venas, Señor, que cuando sangran los corazones de las víctimas de esa otra guerra horrible ya no pueden contenerse por asistir a una nueva carnicería de su barbarie?/ Ya no es como antes que se pulía el acero y se ensayaba la destreza del puño; ahora no, es una guerra de inverosímil crueldad la que se urde. No es defensa, es agresión, es crimen, es destrucción, es masacre. Guerra hecha desde el aire a los tranquilos hogares, a la civilización, al arte... Destruir, devastar todo, sepultar entre escombros las generaciones de hoy y de mañana y acuñarlas con la obra de siglos de cultura y belleza. Piedra amasada con huesos, arte del hombre creado con el esfuerzo de veinte siglos y ante Dios que le ha permitido ser libre en sus actos hasta para destruirse entre sí.

En el mismo párrafo, Ester le manifiesta a esa criatura que recién late en su vientre sus aprensiones con respecto a la realidad política chilena:

Y aquí en tu patria, se arma solapadamente otra lucha: es la lucha presidencial que aún cuando es pequeña y sin importancia (...) es sin embargo grave, porque si triunfa el Frente Popular, pueden venir para Chile días de horror, como los que vive España desde hace ya dos años y meses.

Profundamente pacifista y cauteladora de la armonía hogareña, ella piensa antes que nada, como suelen hacerlo las madres, en su propio país y en el entorno global en que crecerán sus hijos. Dadas sus convicciones, el temor se une en su ser más profundo a la desesperanza, la ansiedad y la desazón, configurando un violento contraste con la delicada ternura que la embarga ante su próxima maternidad:

Mi criaturita de misterio, que no sé todavía que has de ser, con qué pena te siento en mí crecer. ¿Qué habrá de tocarte? Afortunadamente ya estás formada y sólo te nutres (...). Así pues, puede que no te afecte este pesimismo y abatimiento del cual, al ser consciente no me puedo librar (...). Cuando seas mayor comprenderás cómo se apega (uno) a la paz cuando se tienen hijos y cómo se desea para ellos el bienestar (...). Sin niños atrae la lucha (...). Pero viendo la inconsciencia de estas criaturitas indefensas, ¿qué quieres?, se pone el alma cobarde...

Y en seguida, sobreponiéndose en un golpe de fe y probablemente de pragmatismo, apunta:

Cuando tú leas esto, ya perdido en la línea del tiempo, te parecerá absurda nuestra angustia. Y Dios quiere que así sea. Porque eso querrá decir que no han venido los horrores que tememos o que te has educado de un modo en que no hace falta lo que habremos perdido. (...). Perdóname. Por ti debiera dominarme y sobreponerme a lo que siento y me tiene tan desesperanzada y llena de amargor (...). Tengo miedo que en vez de un hijo vaya a dar a luz un limón agrio.

Esta nota de humor final, tan característica de Ester, realza el valor intrínseco de su testimonio, más valioso todavía si se piensa en el carácter íntimo del documento. Pero para entender lo que significó en los ambientes más tradicionales el arribo del Frente Popular al poder, es necesario reconstruir la atmósfera de tremenda tensión en que se desarrollaron esas elecciones. Para la derecha, el triunfo de Aguirre Cerda era, sin más, el triunfo de la dictadura comunista. Y en este contexto, precisamente, se produjeron los sucesos conocidos como la Matanza del Seguro Obrero (5 de septiembre de 1938), cuando un grupo de jóvenes nazis dio muerte a un carabinero, hecho que determinó la masacre de casi setenta estudiantes y funcionarios a manos de la fuerza pública. Estos hechos se corroboran con la visión que nos entrega Huneeus en el cuaderno de otro hijo, y donde se refiere por lo demás a Ibáñez en pésimos términos:

A pocas cuadras de casa, los nazis, en uno de sus arranques locos sin sentido, balean y matan a inocentes cumplidores del deber. Ayer a medio día invaden la Caja del Seguro Obrero, balean al personal y se parapetan en ella como en (una) fortaleza. Asaltan la Universidad y matan sin sentido a diestra y siniestra a pobres carabineros que velan por el orden del país. La ciudad está en estado de sitio. Las calles se llenan de tanques y ametralladoras. El ejército sale en resguardo de los derechos y las vidas de todos. Han caído más de ochenta víctimas. Se dice que el movimiento naci (sic) es organismo de Ibáñez. ¡Hasta cuándo (...), sin un dedo de imaginación o talento, sale a rompe y raja imponiendo su persona y haciendo del país una víctima! Ya Chile debía conocerlo. Ha sentido bien claramente en su carne las heridas de un dictador sin seso ni ideal. Ha sufrido las miserias y el desconcierto de verse gobernado por un hombre que sólo piensa en sí y en el momento.

Después de este desahogo, el informe de la realidad circundante a esta guagua próxima a nacer continúa, otro día, en un tono más tranquilo:

Siguen los problemas políticos. Hay una horrible inquietud y en el corazón de tu mamá muchos temores. Dios guarde a este pobre país en cuyas almas incultas han sembrado el veneno del odio. El Ministerio ha renunciado y nadie quiere asumir la responsabilidad de juzgar a los culpables.

Huneeus recoge con pasión las reticencias de su entorno ante el triunfo de Aguirre Cerda y el Frente Popular. El desorden callejero parece ir en aumento y va tomando aquí un cariz dramático:

Desde hace cuatro días gobierna en Chile el Frente Popular. Es una banda de desalmados a quienes guía sólo un ideal: venganza. Y han incendiado el espíritu con odio y la lucha de clases está latente en todos (...). Han quitado de sus puestos a todo servidor público que no sea mazón (sic) o socialista (...). Toman medidas sin estudio ni maduración (...). Le hacen "la pata" al pueblo que es inconsciente e ignorante y cree que de esto depende su bienestar. Hablan horrores de la Iglesia y trayendo a Indalecio Prieto el tirano español a Chile se han servido de su experiencia para tomar medidas más graves y más perversas.

Un poco más tarde, el 1 de enero de 1939, su mirada vuela, ansiosa, hacia la ventana que tiembla tras las cortinas apenas corridas. El corazón le palpita con fuerza, deja caer los visillos y tomando el cuaderno y el lápiz, se sienta veloz frente a la mesita para registrar sus impresiones de... ¿qué es lo que ve?

Hoy desfilan por la calle a cada rato milicias rojas armadas de martillo, mujeres con carabina y puño en alto, exigiendo cualquier cosa o pidiendo la cabeza de Alessandri. Es un ambiente no incierto, pero sí terriblemente trágico: no es pesimismo, es el contemplar sin remedio cómo hacen de tu patria una fogata de ruinas que arderá a nuestra vista sin poder evitarla...

Las cosas, a pesar de todo, no salen tan mal como muchos auguran. Y es que, ante la formación de frentes nacionales antifascistas, los temidos comunistas chilenos irán buscando un entendimiento con las fuerzas de centro, aceptando un reformismo moderado y reduciendo la demanda de sus objetivos revolucionarios. A partir de ahora, el Partido Radical se levantará como portavoz de esta clase media que ya está consolidada y con la

cual gobernarán desde Pedro Aguirre Cerda hasta Gabriel González Videla. Paulatinamente, no obstante, este conglomerado político irá adoptando una posición más pasiva –y más acomodaticia– frente a los grupos conservadores.

Pero el juicio inmediato de Ester no concuerda con esta retrovisión general de la historia. Y así ella, apasionada aunque siempre aguda en sus retratos, entrega del Presidente de la República un boceto implacable que no puede sino leerse en el contexto general del momento:

El pobre Aguirre (Cerda) es un (hombre) sin carácter, sin ideas, sin programa. Lo único que siente es halago y se goza de una popularidad comprada a fuerza de odio.

En cuanto a la Iglesia Católica, ésta ha ido asumiendo una línea cada vez más progresista de la que se hace cargo, a raíz de su contacto directo con la pobreza, el padre Alberto Hurtado, jesuita fundador del Hogar de Cristo y cuya imagen se venera en los todos los altares de Chile. Visionario además de santo y entregado a la causa de la justicia, el padre Hurtado increpa sin rodeos a esa grey suya que tanto le teme al odio de clases. Y que no sólo daña con su falta de amor a los otros sino, con su egoísmo inconsciente, se daña también a sí misma: "Los malos cristianos son los más violentos agitadores sociales".

Desde una trinchera diferente aunque bastantes años más tarde (1965), el diagnóstico del historiador Jaime Eyzaguirre hará hincapié en dos aspectos nuevos que él ve surgir durante el postparlamentarismo: el creciente papel del dinero en la política y "el desvanecimiento de la conciencia nacional en el seno de la antigua aristocracia". Ambos fueron socavando, a su juicio, la moral pública, llevando al país a una situación de crisis cuya única salida está, dice, en "el rico acervo de cultura adquirido en cien años de ordenada vida nacional". En su concepto, sólo el trabajo tranquilo y silencioso del chileno medio puede compensar, de aquí en adelante, la actitud frívola de los políticos.

Una situación que, a su modo y en su propio lenguaje, había detectado tiempo atrás Ester Huneeus, cuando estampaba sus angustias de madre –y los primeros chispazos de un diagnóstico social– en otro de los cuadernos:

No te puedo expresar cómo se sufre previendo una hecatombe cuando se tiene hijos. ¿Cuál será la vida de ustedes, tesoritos? ¿Qué suerte les espera?/ El mundo entero está poblado de ambiciones, de destrucción y

horror. Las clases altas se han preocupado del problema social, pero quizás debieron limitar entretanto sus derroches. Nuestra gente no ha recibido la educación que se debe. El pobre vive al día y son muy pocos los que saben vivir.

Una historia conocida

A partir de la década del 50, la historia se hace más familiar en cuanto más cercana, aunque ello no impide colocar la mirada en la perspectiva más amplia que pudiera caber. Desde allí se percibe claramente que el diagnóstico de los males endémicos de esta sociedad no arroja en ningún caso saldos positivos, a pesar de las enormes esperanzas depositadas en esos nuevos actores que modifican el escenario político. Surge entonces en el país el intento de realizar cambios estructurales muy profundos y se acude a la cirugía mayor para aplicar las distintas propuestas de salvataje. El afán de implementarlas todas juntas y a la velocidad de un rayo es, por cierto, irrefrenable: nadie quiere, ¿nadie puede?, esperar más tiempo.

Y es que en Chile no sólo ha crecido la población: crece el sindicalismo, se disparan los índices inflacionarios y subsiste el déficit laboral, educacional y habitacional. Los conventillos se han reemplazado por las "poblaciones callampa", que emergen espontáneamente y proliferan como hongos –de ahí su nombre– en los suburbios. Santiago no da abasto frente a la migración campesina, que continúa arribando a la capital atraída por el desarrollo de una industria en clara antítesis con la deprimida actividad del agro.

El desequilibrio económico y social, que determina otros desbalances, repercutirá con fuerza en la década del 60, cuando el Partido Demócrata Cristiano, derivado de la falange conservadora, asume el liderazgo político del centro. El espacio lo ha dejado disponible el Partido Radical, con su progresiva atomización y la escasa credibilidad de su juego político. Autodefinida como un partido no confesional, la Democracia Cristiana aparece en escena como "la expresión política de un catolicismo renovado". Con una amplia base de apoyo, su idea de sociedad difiere tanto del proyecto liberal como del socialista. Esto, más otras coyunturas políticas puntuales, determina que el año 1964 –después del gobierno de derecha del independiente Jorge Alessandri (1958-1964)– llegara a la presidencia Eduardo Frei Montalva con la más alta votación que registra hasta entonces la historia de Chile.

La implementación de su programa de gobierno sobre la base de una Revolución en Libertad (promoción popular, crecimiento del sindicalismo

1913. Ester Huneeus con sus padres y algunos de sus hermanos.

e impulso a la educación) no estuvo, sin embargo, exenta de ripios, particularmente en lo relativo a la reforma agraria. De tal manera que, a pesar de la chilenización del cobre (la "nacionalización" vino después con el presidente Allende), los problemas políticos y una gran efervescencia social marcaron el fin de esta "primera utopía". Originalmente la Democracia Cristiana se había proyectado para 30 años de gobierno, con la seguridad de ganar las futuras elecciones. La "segunda utopía" fue la de Salvador Allende y el gobierno de la Unidad Popular, iniciado en 1970 e interrumpido por el Golpe de Estado de 1973. Éste instaló a los militares en el poder durante los diecisiete años siguientes, de modo que la dictadura de Augusto Pinochet se prolongó hasta siete años después de acaecida la muerte de Ester Huneeus.

Una época turbulenta, ésta, que polarizó ideológicamente al país hasta límites extremos. Una época demasiado compleja y dolorosa, por lo demás, para ser tratada en pocas líneas. Sin cartas bajo la manga, el esbozo que sigue busca identificar algunos elementos nuevos que irán matizando, paulatinamente, la opción social de Ester Huneeus. Y lo primero que salta a la vista es esa suerte de maridaje que se va produciendo entre su catolicismo militante y sus simpatías por las ideas democratacristianas, compartidas por

algunos intelectuales amigos suyos. Pero la raíz de esta evolución se halla justamente en el desarrollo de la línea de avanzada que fue siguiendo la Iglesia chilena, sobre todo a partir de los principios signados en las conferencias del Consejo Episcopal Latinoamericano (CELAM), principios que determinaron su contundente compromiso con la justicia social.

La sintonía de Ester con este grupo político parece haber sido, en todo caso, de más larga data y emana, en términos generales, de la vocación intrínsicamente democrática que fue germinando dentro de sí. Es probable, por ejemplo, que Ester hubiera organizado al grupo de señoras que años antes había encendido la primera chispa para derrocar la dictadura de Ibáñez. Y no en otro plano pueden leerse tanto su alineamiento con quienes estaban en favor de la derogación de la Ley de Defensa de la Democracia (que marginó a los comunistas de la vida civil durante el gobierno de González Videla), como su oposición al gobierno de Pinochet (1973-1990).

Lo cierto es que, sin ser una persona hecha para la actividad política y a pesar de la pasión con que expresa sus opiniones, esta disidencia de Ester frente al conservadurismo familiar explicaría sin mayor cuestión ciertas diferencias no menores con su padre. Porque, considerando la estrecha relación que siempre los había unido, no debe haberle sido fácil a don Francisco Huneeus –anticomunista acérrimo y hombre no acostumbrado a que se discutiera su autoridad– aceptar los caminos que tomara, en lo que consideraba su campo, su hija Ester, la preferida. Hay que acordarse también de que el senador se había jugado por entero en dos reductos de la opinión conservadora. Uno fue el diario "Por Chile" que, fundado y dirigido por él, dedicó sus mejores páginas a denunciar las actividades comunistas (y donde apareció "Papelucho" a pocos días de su publicación en la editorial Rapa Nui) y el otro, "El Diario Ilustrado", en cuyas páginas colaboró puntualmente su hija. Pero esto, a la postre, es harina de otro costal.

De la mano de un niño

En la voluntad de ser fieles a nuestro tema, corresponde más bien seguir la evolución de la propia escritora a través de su personaje Papelucho, el niño inventado por Marcela Paz, que en sucesivos diarios va incorporando (a su medida) la realidad de su tiempo. Porque, aparte de representar su creación literaria más importante, los dichos, aventuras, acciones y reflexiones de Papelucho tienen mucho que ver con ella, con su sentir más íntimo y, por cierto, con la mirada sobre el entorno. Fijo en sus ocho años pero no inmóvil frente a la vida, Papelucho no sólo piensa, escribe y actúa en el Chile de su época, sino también lo critica, lo goza y se ríe de él. Su época, vale decir entre 1947, cuando aparece por primera vez ante sus lectores, y 1974, cuando declara, porque así lo declaran a él: "Soy dix-leso".

Propongo, entonces, ir de la mano de Papelucho para conocer el mundo y los mundos en que él actúa, ya que todos esos escenarios que van conformando su ámbito –para nosotros tan reconocibles– dan cuenta de una poderosa intuición por parte de su creadora. En ellos plasma Marcela Paz, con extrema aunque encubierta fidelidad, los vericuetos de un tiempo que la refleja, la interpela y de los cuales da cuenta por boca de su personaje. Un personaje inserto en su siglo, el siglo xx chileno. Pequeño y provinciano si se quiere, Papelucho está abierto a los experimentos de la inteligencia en el terreno preciso de la acción. Allí "donde las papas queman" y siendo testigo, cuando no cómplice, de la tremenda movilidad social que los tiempos acarrean consigo, en una centuria de increíbles descubrimientos y cambios.

Es el vértigo de ese acontecer, precisamente, con sus distintas tonalidades y matices, lo que permite que veamos a Papelucho enfrentando su cuasi huerfanía y, al libro siguiente, aparecer muy campante convertido en *hippie*. O en amigo entrañable de un marciano, a pesar de las múltiples complicaciones que su amistad le acarrea. Porque, claro, no son las complicaciones las que complican a Papelucho, sino más bien la indiferencia o la incomprensión de los otros –los adultos– ante temas que a él sí lo desasosiegan. Trátese directamente de la imaginación y de su infinita capacidad de inventiva, trátese de disquisiciones en el plano ético. O, si se quiere, apuntando incluso al nivel metafísico, Papelucho se muestra inquieto muchas veces por la polaridad entre vida y muerte, tal como se ve al inicio de su primera aventura, cuando ese sándwich envenenado, en vez de arrasar con los ratones, promete arrasar más bien con la existencia terrenal de la pobre Domi.

Papelucho, como todo niño inteligente y curioso, se siente intrigado por el enigma que le plantea su propio ser plantificado sobre la tierra y, con la llegada de Det, el Marciano, se le abre la mente ante otras posibilidades. Con su arrolladora simpatía y esa necesidad de llegar, ingenua pero tozudamente, hasta el fondo de las cosas, él se toma con seriedad auténtica, inocente y casual a la vez, las honduras y simplezas de la vida. Y aquí reside la nota encantadora de su "estar-en-el-mundo", tan suya y tan verdadera y tan... que nos arrebata sin remedio la risa (y algunas veces la pena) en muchas de las páginas de sus "diarios".

No cabe duda, Marcela Paz ha dado en el clavo al dejar salir de sí a esa niña, a ese niño que tiene adentro –y que es, sin duda, ella misma– en un lenguaje transparente y revestido de puro humor. Un humor que se produce solo y porque sí nomás, por la mera mirada y la mera palabra, sin la menor intervención de lo ajeno. Vale decir, sin disfraces ni pesadeces adultas. A ella y a él, a Marcela Paz y a Papelucho, los vemos desenvolviéndose, a menudo con denodada insistencia, sobre esa realidad objetiva que los muerde, los incita y los demanda, pero que a ellos mismos no logra someterlos jamás. Una realidad que está ahí al frente, para actuar sobre ella como sea. Simplemente ahí, para que ambos –personaje y autora, autora y personaje, ella y él– intenten cambiarla, al margen de toda interpretación elaborada. A punta de ingenio y espontaneidad; de diálogos, monólogos y observaciones sagaces, incitados por el misterio que representan, ¿para ambos?, las coordenadas que rigen este mundo. Pero como las coordenadas casi nunca están claras para nadie, el único objetivo declarado de su trabajo es, para Marcela Paz, la entretención del lector y, a no dudarlo, la de ella misma en el proceso de escritura.

Algo se ha dicho aquí al respecto; algo se repetirá más adelante: "Papelucho" se lee también como una indagación en ese pozo sin fondo de los significados y las claves del universo adulto, que a los ojos de un niño parecen (y son) insondables. Y es que...veamos. ¿Hay una situación que resolver? ¿Algo se le pone por delante a Papelucho, así como de casualidad?... ¡Pues allá parte el personaje, con toda la sabiduría de sus ocho años a cuestas! Luchando cual pequeño Quijote por la felicidad de los otros... pero, ni tonto, también por la de él mismo.

Como cuando hace de detective en una población callampa. O de misionero, en otras instancias. O de hermano exasperado en plena dialéctica con su hermana Ji. O, por qué no, si la apendicitis es un asunto tan aburrido, ¡cambiémonos de cama con otro niño en la clínica! Dondequiera que sea, en todas partes porque siempre hay alguna (¿se han fijado que Papelucho es ubicuo?): allí está él, contándole a su diario los pormenores de su aventura. Que muchas veces, para ser exactos, son desventuras. Esos pequeños grandes costos que paga el protagonista de toda comedia cuando, en la tradición literaria de la humanidad, decide existir por sí mismo y hacerse visible en lo externo, pero sin manejar –por suerte para el lector– los códigos del juego social.

Ya va siendo hora de formular la pregunta: ¿no será que Papelucho se inventa la aventura para vivir mejor la vida y hacer de ésta una "aventura"?

Aventuras: experiencias que merecen ser vividas para ser narradas; vivencias que por el solo hecho de su "narratividad" saltan por encima de la rutina e, ignorando la planicie de los días, se hacen materia y carne del relato. Materia de goce para el futuro, cuando la aventura suplante de verdad, por su relato, a la vida misma.

¿Qué será, Papelucho?

Él nos contará más adelante esta parte que yo me salto de la historia.

V. De raíces y ramajes

La savia que nutre al tronco

De Francisco Huneeus Gana, progenitor de Ester, se podría escribir mucho; fue una persona notable además de un servidor público y hay varios artículos que aparecieron en relación con su muerte. Descendiente de Georg Huneeus Lipmann, nació en 1801 en Bremen y fue miembro de una familia de adinerados y cultos comerciantes hanseáticos. La Hansa fue esa Liga de Comercio Fluvial formada en la Edad Media por las tres ciudades libres del norte germano, que aunaron fuerzas para negociar sus productos: Hamburg, Bremen y Lübeck. Después de la batalla de Waterloo (1815), Georg se marchó, como muchos jóvenes europeos, a estudiar a Inglaterra, y terminó en Chile catorce años después, contratado por el gobierno del general Bernardo O'Higgins. Acá se casó, en 1835, con Isidora Zegers Montenegro, figura clave en la sociedad chilena, especialmente en lo relacionado con el cultivo y desarrollo de las artes musicales.

La familia Huneeus es mencionada en la novela "Los Buddenbroock" de Thomas Mann, donde el Konsul Huneus (así se apellida el personaje) se desempeña como senador en Lübeck. En la afamada obra del autor alemán, esta línea narrativa se entrecruza con la de Christian Buddenbroock, vástago de una familia de comerciantes y senadores, quien termina por emigrar a Valparaíso después de sus años de formación en Inglaterra.

La vida de Isidora Zegers resulta incluso más notable. De madre española y padre belga, nació en 1803 y fue la esposa del coronel William de Vic Tupper, a quien había conocido en Europa. En París había destacado como discípula del músico italiano Federico Maximino y vino a Chile con sus padres en 1823. Tres años después se casaría con el Coronel, quien se había prendado de ella desde el minuto mismo en que pudo admirarla al piano en una ejecución –impecable– de Chopin. "Verla, amarla y ofre-

1892. Hermanos Huneeus Gana, Roberto, Jorge, Antonio y Francisco.

cerle matrimonio fue cosa de segundos", dice una fuente, todo muy de acuerdo al romanticismo imperante, *¡o tempore, o mores...!*

Pero los naipes venían marcados para ambos cuando, cada uno por su cuenta, arribaron a Chile. Quiso la fatalidad que, no más posar Tupper en 1822 los pies en esta lejana tierra, se dejara envolver por el destello de los sables, que lo llevó a participar en cuanta batalla librara por entonces el ejército chileno. Como tantos otros europeos atraídos por la aventura y el espíritu libertario, Tupper sirvió a este país con particular arrojo y fidelidad, hasta que en los oscuros días de la anarquía terminó por batirse en la batalla de Lircay junto a las líneas del ejército de Freire (1830). Allí fue hecho prisionero y ultimado bárbaramente... a sablazos. Su ejecución, aún no esclarecida del todo, pudo haber tenido origen en el odio que se había despertado contra los oficiales extranjeros entre las tropas contrarias, al mando del general Joaquín Prieto. Según cuentan las malas lenguas, la orden provino del propio General.

¿Celos? ¿Odio personal? ¿Traición? ¿Inocencia? ¿El "pato de la boda"? La verdad nunca se supo. El hecho es que Isidora, embarazada de su tercer hijo, queda sola a los 26 años y con los niños a su cargo. Mujer decidida y de gran temple, no se echó a morir (ni pudo) y, antes bien, se las ingenió para abrir sus salones a la sociedad santiaguina, donde se juntaba la *crème de la crème* para admirar sus dotes de compositora, intérprete y cantante. Y por supuesto, para gozar de su inteligente y culta conversación, aunque... ah, cómo no: de su indiscutible belleza.

Pues bien: una tarde de lluvia se abrieron, curiosas, las pesadas puertas de madera de su casona, dando paso a la apuesta figura de Georg, el alemán de Bremen. Este cayó fulminado por esa voz mediterránea que parecía enroscarse alrededor de la nuca perfecta. Dibujado ya por la leyenda, el albo perfil de Isidora se difumina ante sus ojos como un navío pintado por Turner a la luz incendiada de las velas. Y para Georg, "verla, amarla y casarse con ella" fue, ahora sí, todo a una: la historia tiende a repetirse, *vini, vidi, vinci*, y con él funda Isidora la familia Huneeus Zegers. En el hogar de la pareja todo adquiere nueva potencia y, muy pronto, los salones hervirán bajo los magníficos candelabros que iluminan la tertulia más famosa de la capital chilena. Punto de reunión de intelectuales, literatos y artistas, entre sus asiduos se cuenta a Andrés Bello –figura epónima de la cultura hispanoamericana– y a Mercedes Marín del Solar, una de nuestras primeras damas de letras. En 1851, Isidora es nombrada directora del Conservatorio Nacional de Música, recién fundado en Santiago.

Entre los hijos de Georg e Isidora se encuentra Jorge Huneeus. Brillante abogado, profesor y rector de la Universidad de Chile (1883), autor de importantes obras de Derecho, Jorge se dedica también a la política (es parlamentario en diferentes períodos) y a la diplomacia. Antes se desempeñó, sin embargo, como ministro de Estado durante la Guerra del Pacífico en dos carteras y fue elegido miembro de la Real Academia Española. Con su mujer, Domitila Gana, formó una numerosa familia, dentro de la cual Francisco, el padre de Ester, ocupó un lugar entre los hermanos menores. Herederos todos de la cultura y el físico suntuoso del tronco paterno, Ester tuvo muchos tíos y una tía monja, Domitila Huneeus, fundadora en España de la congregación religiosa Hermanas de Betania. Del resto, varios fueron parlamentarios, como el propio Francisco, diputado y senador de la República por el Partido Conservador durante el período parlamentarista. Es decir, antes de 1925.

Recibido muy joven de ingeniero, Francisco Huneeus Gana tuvo siempre un fuerte sentido social, de donde derivó su preocupación por la lacra de la usura, que lo llevó a lidiar con los prestamistas hasta romper su resistencia con la Ley del Crédito Prendario. Tras ocho años de encarnizada lucha en el parlamento, implementó la Caja de Crédito Popular con el fin de disminuir esa práctica inescrupulosa que, literalmente, les chupaba la sangre a los más pobres. Éstos pudieron, a partir de ahora, empeñar un bien bajo condiciones e intereses más humanos, más sensatos y sometidos a una regulación. Percatándose de que no hay salida posible para la miseria si no se comienza educando organizadamente a la base de la pirámide, Francisco Huneeus Gana fomentó también la creación del Consejo Nacional del Niño y estuvo veinticinco años a cargo de la Sociedad Protectora de la Infancia. Desde allí impulsó un programa para atender a diez mil hijos de cesantes durante la Gran Crisis del 30. La Sociedad fue la primera piedra de la futura Casa Nacional del Niño, que significó uno de los primeros esfuerzos conjuntos del sector privado con el apoyo estatal.

A pesar de haber sufrido altibajos económicos bastante violentos, Francisco Huneeus participó activamente en la fundación de empresas, como la mencionada Compañía General de Electricidad Industrial con su futuro consuegro Raúl Claro Solar, en 1905. Pronto se hizo propietario de tierras y, recurriendo a su profesión, construyó varios tramos de la línea férrea, entre ellos el de Temuco a Concepción en el sur del país. Según lo señalado anteriormente, fundó también el diario "Por Chile" para combatir el comunismo y, con otros prohombres de su línea política, "El Diario Ilustrado". En cuanto a sus rasgos personales, se le describe como un hombre muy buenmozo y

atractivo, gozador, extremadamente sociable, de gran autoritarismo y dueño de un fuerte temperamento. Su auténtica vocación de servicio público lo llevó a mantener un interés permanente en el progreso de su patria.

De Teresa Salas Subercaseaux, la madre de Ester Huneeus, quizás no pueda escribirse mucho, si por esto se entiende hablar de figuras decisivas para el devenir de una nación. No obstante, en la pesquisa que intenta reconstruir su silueta más bien esquiva, aparecen algunos rasgos decidores que aluden siempre a una personalidad quitada de bulla aunque muy original, tremendamente inteligente, dueña de una gran discreción y prudencia. A lo anterior se suma según testigos "un tino al que echaba mano con su mejor sonrisa". Era una mujer introvertida, de un privado pero marcadísimo encanto. Y con una simpatía lindante a ratos en "esa voladura tan a lo Subercaseaux", su imaginación trasciende el ámbito artístico en el cual se mueve para optar por los amplios talentos heredados que ella cultivó con gran interés. Amante de la música y de otras artes, es en la pintura donde encuentra doña Teresa realmente su cauce, tal como se puede apreciar hoy día en los cuadros de familia. Sobre todo en sus retratos, bodegones y naturalezas muertas, que se sometieron al juicio e influencias de su maestro, el pintor chileno Pedro Lira.

Morena, menuda, muy ágil y vestida siempre de negro desde la muerte de su primogénita –Anita–, esta mujer tuvo la "sabiduría" de eclipsarse ante la tremenda personalidad del marido para entregarle su tiempo, finalmente, a lo que su libertad interior le sugería. A este respecto cuentan testimonios que "don Pancho le llenaba frecuentemente la casa de Pirque con sus invitados, a quienes agasajaba con unos opíparos almuerzos en torno a una de esas enormes mesas donde cabían 30 ó 40 personas sentadas". A estos requerimientos de su sociabilidad ella siempre accedía con el mejor talante, sin perder la suavidad del trato y gracias a un ejército de empleados que la secundaban en sus tareas.

Lo doméstico era, dicen algunos, su ámbito, a pesar de que amigos de la familia recuerdan habérsela encontrado más de una vez saliendo hecha un ciclón de la casa, envuelta en un precioso abrigo de astracán debajo del cual florecían unas sospechosas manchas de óleo que la cubrían hasta el suelo. Pinceles en mano, con una tijera colgando al cuello junto al manojo de llaves, aparecía toda entera cargada con la blancura de sus telas, que reflejaban el atardecer en el jardín por sobre los colores impresionistas de su delantal de pintora. Lo común era que sus palabras dieran cuenta del escaso asombro que le producía cualquier presencia humana en su parque:

"¿Cómo están, niñitas? Yo me voy corriendo al taller a pintar un ratito. ¡Y no le digan a Pancho que ando con mi abrigo de astracán! Lo que pasa es que me pongo el falso para ir a la ópera y éste para trabajar en mis cuadros, porque es más calientito".

Hija de José Agustín Salas Errázuriz y de Ana Subercaseaux Vicuña, Teresa quedó huérfana de padre tempranamente y su madre tuvo gran figuración en la familia, incluso más allá del plano afectivo. La maravillosa abuela Anita ha quedado contorneada en la memoria familiar como una mujer indiscutidamente potente, ingeniosa, llena de vida, dueña de una envidiable inteligencia y bastante golosa. Así lo revela una de sus más famosas anécdotas, la del Teatro Municipal de Santiago, que cabe traer aquí nuevamente y que comienza cuando las luces se apagan y empieza la función. Doña Anita ha ingresado ya a su palco, donde se instala para ver su ópera favorita. A pesar del calor, no quiere sacarse la elegantísima capa que la cubre, hasta que un par de narices y una mirada sospechosa descubren, bajo sus pliegues, el aroma de unos pollitos recién cocinados. El irresistible sabor contamina hasta las lágrimas (agonizantes) a la tísica Traviata, tose que tose en escena: *¡Alfredo! ¡Violeta! Parigi, o cara, noi lasciareeeemo...* (Abrazo, reconciliación, arrepentimiento y tos final; el telón cae sobre las notas de Verdi, mientras el refinado paladar de la dama hace desaparecer sigilosamente el último trutro: "traje pollitos para el picnic").

De mano abierta y juvenil espíritu, la abuela Anita (Ana Subercaseaux) fue, sin discusión, el ídolo de Ester y el mejor regazo para sus hermanos, los únicos nietos. Un hada de cuentos cuya fantasía hacía realidad las más recónditas ensoñaciones de los niños, que incluyeron una sala de teatro completa a escala real hasta ese par de ovejas vivas que éstos anhelaban para el pesebre familiar. Y aunque otros hablan de cabritas en vez de ovejas, lo cierto es que, entre balido y balido, los animales se encargaban de depositar sus mágicas heces en la señorial escalera de la casa paterna. Así, entre risas, Ester recordará la terrible desilusión sufrida cuando, todavía niños, ellos se percataron de que las perfumadas bolitas que regaban en hilera los peldaños no eran, ¡ah no!, las cuentas milagrosas de un rosario gigante.

Mi abuela y mi marido son las personas que más han influido en mi vida, reconocerá con los años la nieta regalona, a la sazón flamante dueña de ese auto último modelo que ella hacía zumbar en los trayectos a Pirque. A la Estercita, por su parte, su abuela la encontraba "muy divertida e inteligente"; quizás por eso, a través suyo, decidió la anciana vivir esa ori-

Agustín Salas

Francisco Huneeus, padre de Ester.

Ana Subercaseaux de Salas

Teresa Salas, madre de Ester.

ginalidad e independencia que constituían, desde siempre, la base de su peculiar encanto.

La pareja Salas Subercaseaux tuvo en realidad seis hijos, aunque dos de ellos murieron prematuramente: Eugenio, a los 14 años, y Patricio, quien falleció al nacer. Teresa fue la segunda de la familia, seguida por esas dos hermanas suyas que constituyeron leyenda (Clara y Rita Salas Subercaseaux), tanto por la fascinante simpleza de la prosa de Rita como por el desaliñado aspecto físico, la tacañería y la ausencia de belleza de ambas, que no lograban ocultar sus horrorosos sombreros. Tampoco Vicente, el hermano menor, se casó nunca... Rita, la mayor de las famosas tías solteronas de Ester –que, a decir verdad, conformaban un temible dúo–, fue reconocida más tarde como graciosísima escritora *naif* bajo el seudónimo de Violeta Quevedo. Ella misma explica su nombre como la unión de esa humilde flor del campo con la idea suya de describir el mundo a través de los "Quevedos". "Qué veo": así se denominaron, en efecto, los primeros anteojos de la lengua castellana.

La silueta imborrable de estas dos tías "desatinadas, no muy adictas a la higiene, pedigüeñas sin ser pobres" y sumamente extravagantes, irá haciendo irrupción en el hogar de los Huneeus Salas a través del recuerdo de familiares y amigos. Se cuenta incluso que su propio cuñado –el padre de Ester– optó una vez por comprarle magnánimamente a Rita la edición completa de sus todos sus libros, "con tal de no arriesgarse a pasar vergüenzas". Porque ocurría que estas dos inseparables señoritas llegaban a otras casas, sin previo aviso y con una ruma de papeles bajo el brazo, movidas por la insistente y declarada intención de solicitar financiamiento para algún escrito. Y don Pancho, que no sólo era convencional sino, además, generoso, quiso evitar por un tiempo el riesgo de tener que presenciar, en otros salones, las ingeniosas ¿o inocentonas? rarezas de sus inimitables cuñadas.

Doña Teresa murió, nonagenaria, en su casa de Las Quilas (Vitacura), según parece a causa de un cáncer, aunque otros dicen que no la mató esta enfermedad sino la simple vejez: tenía 94 años. De la amplia acogida que todos habían tenido en su hogar hablan quienes aún recuerdan a la "Nani" o a "misia Teresa" con gran cariño. Entre ellos, la propia Ester, quien le dedicara un cuaderno muy lindo a su madre; y su hermana Yola: ésta no olvidaba, un año antes de morirse, los famosos pellizcones bajo cuerda que les propinaba disimuladamente la mamá cuando chicos, "en forma muy hipócrita, delante de todas las amigas ¡y con esa terrible sonrisa!".

Puede que la paciencia, en efecto, tenga su límite. Y los ocho Huneeus Salas podían exasperar con su desbocada inventiva no sólo a las *misses* y

fraulein encargadas de su educación, sino a cualquier madre preocupada de los modales y de las "buenas costumbres". Para colmo, doña Teresa estaba persuadida de que el colegio era "muy peligroso, sobre todo en asuntos de higiene, salud y pestes". Es verdad que el trauma por la muerte de su hija Anita la había llenado de aprensiones al respecto, pero además "ese tipo de educación no se avenía con los cánones píos de su fervoroso catolicismo". Con la decisión irrevocable de que sus hijas se educaran en casa, evitaba, decía, el eventual "daño de sus almas" que pudiera provocarles el contacto con otras niñas, así acudieran todas a colegios de monjas.

Heredera de la amplia inteligencia de los Salas y del talento artístico de los Subercaseaux (¿serán exactas las atribuciones de herencia biológica o sólo una forma "familista" de interpretar el mundo? se pregunta hoy un nieto), para ella el aprendizaje de idiomas y de las artes era, después de la religión, una herramienta fundamental para la vida. De allí que la pareja Huneeus Salas decidiera contratar una serie de institutrices muy jóvenes y ojalá irlandesas –católicas–, que casi siempre languidecían de nostalgia por el lejano terruño. Su misión era de variado registro, pero lo básico era enseñarles a estos críos los secretos de la lengua inglesa, del francés y el alemán, idioma que Ester aprendió a leer y escribir, como decía ella, "en letra gótica". De su responsabilidad eran igualmente las clases de gimnasia ("sueca" o de otra índole) y esa especie de "higiene del cuerpo" que estaba tan en boga y que al final se vio traducida en los distintos "deportes" que cada hijo siguió practicando después según su disposición y habilidades personales.

A pesar de las declaraciones de felicidad de Ester con respecto a su infancia, pareciera que siempre sintió envidia por las amigas suyas que asistían al colegio. Y es que, junto a la necesidad de usar uniforme y poder jugar con otras niñas, asistir a clases con ellas se convirtió, para Ester, en la máxima aspiración. *Me decían: ¡si te portas mal, te voy a poner al colegio! (Entonces) yo me portaba peor (...), pero no hubo caso, ¡no me pusieron nunca!* Ester se reía mucho de aquella obsesión temprana, admitiendo que esto había encarnado, durante toda una etapa de su existencia, el más inalcanzable de los inalcanzables sueños.

No es de extrañar, entonces, que los niños Huneeus Salas se sintieran en perpetuas vacaciones, aunque nada los eximía de cumplir ciertas rutinas que hoy pudieran parecer bastante estrictas. Muchas de éstas formaban parte de la habitualidad de la familia y de esa particular manera de vivir la fe religiosa en la época, así es que no había modo de saltárselas. Sin embargo, a veces primaban en la prole unas ganas terribles de armar

batahola, lo que justo se hacía más potente a la hora del interminable rosario familiar. Convocado por un solo toque de campana materno, y sin ningún distingo, en el inmenso salón, nadie podía faltar al lento desglose de las cuentas de marfil, que iban evocando el ritmo –ya que no siempre el sentido– de los cinco Misterios del Santo Rosario. Tampoco podían evaporarse, a la hora señalada, las visitas, que junto a los dueños de casa, parientes, niños, misses y empleados elevaban cada tarde sus plegarias al cielo y, para el Mes de María, los cantos en coro "con flores a porfía"...

Entre esas voces perdura la voz ronca de Ester, quien nunca dejó de reconocer algo que no todos los niños pueden decir: *Yo fui muy libre de chica.* El hecho es que en la educación de éstos existían en verdad muy pocas trabas para el desarrollo del ingenio o de aquello que Ester catalogaba como *mis impulsos de niña.* Y si bien los métodos disciplinarios de la época no brillaban precisamente por su ausencia, tampoco había quien atajara a estos críos cuando hacían volar, escaleras abajo, esa sensación de libertad que amplificaba sus alas entre correteos, gritos, empujones y risas. Una libertad que fácilmente se da en los juegos de las familias grandes y que despliega su sentido profundo en el ejercicio de la personalidad adulta.

Ramas y flores de la niñez

La casona de la abuela materna de doña Teresa, Magdalena Vicuña Aguirre, donde nació Ester, se ubicaba a pocas cuadras de La Moneda, en la esquina de Huérfanos con Morandé. A esta calle daban las cocheras donde los empleados, si mantenían relucientes y briosos a los caballos, cuidaban con particular esmero a la vaca regalona, que resultaba fundamental para la leche de los niños. De la casa, siempre llena de gente, se hacía cargo la abuela Anita, *que jugaba con nosotros desde que éramos chiquititos y nos hacía realidad todos los disparates que se nos ocurrían. Nos acompañaba al circo, por ejemplo, y si queríamos andar en la cuerda, se acercaba con nosotros a hablar con el payaso para ver si lo conseguíamos (...). Esas cosas nunca he visto yo que otra persona las haga.*

Cuando los Huneeus Salas se trasladaron a vivir a una cuadra de la abuela Anita, cuya residencia estaba en Dieciocho con Olivares, sólo unas cuantas manzanas comprendían entonces el barrio más elegante de Santiago. El diseño de los planos se lo había encargado don Pancho al prestigioso arquitecto Carlos Cruz Montt, cuando la capital se encontraba, *ad portas,* de celebrar el centenario de la Independencia. Allí los niños disponían de tres pisos para hacer de las suyas y usaban las barandas de las majestuosas

escaleras como resbalín, barco pirata, alfombra voladora o lo que la imaginación quisiera. *Había bastante cancha* –recuerda Ester– *lo cual era fantástico porque yo era una bárbara para correr.* Estaba además el jardín, un patio y, allá al fondo, las cocheras que daban a la calle San Ignacio. El terreno, enorme, se tornaba ideal para unos pequeños cuya entretención favorita fue, en un momento, "el pillarse pelotero": una especie de "escondidas al revés" que se jugaba con todas las luces apagadas. La idea era que el elegido para buscar a los demás se muriera de susto, tropezara, cayera, chocara y ojalá rodara por los peldaños al borde del infarto, esperando la sorpresa en cada esquina.

Tampoco podía faltar aquí la famosa pieza de juegos, donde ellos hacían música, teatro o lo que se les antojara, todo con tal de que no acometieran los salones u otros espacios "sagrados". Pero, aquí se hacía caso omiso de esta prohibición, a pesar de la mirada vigilante de la *miss* de turno; más bien, esto duplicaba el placer de poner "patas pa'rriba" cuanto rincón de la casa les estuviera vedado a sus afanes de expansión, pelotera o invento.

Por la calle Dieciocho, frente a la puerta principal, deambulaban desde la mañana los carruajes engalanados, ignorantes de esa realidad imposible que a veces proclamaban a gritos los andrajos de algún peatón infeliz. Y en la calle Dieciocho se producía también el encuentro con los hijos de las familias vecinas, con una de las cuales los Huneeus inventaron accionar, de ventana a ventana, un canasto por medio de un cordel. La idea –brillante– era mandarse encomiendas con dulces caseros, misivas y libros. *Pascuas regalatis tuti* o *Pascuas regalatis gratis*: así pasó a llamarse el pasatiempo bautizado por los latines sacrílegos de los hijos de doña Teresa. Y gracias a ellos la comunicación con las niñitas Morandé (Carmen y Loreto), que vivían en la esquina del frente, era tan efectiva que no había necesidad de teléfono ni de ningún otro servicio. La única perjudicada por esta práctica fue, cuando chiquitita, la pobre Yola, por culpa exclusiva de su delicioso aspecto. Cuenta Patricio el hermano menor de Ester: "Era tan bonita (que), vestida con sus preciosos atuendos de guagua y arrepollada entre encajes y finas mantillas", una mañana estuvo a punto de ser lanzada por el aire en el dichoso canasto, sin que nadie hiciera caso de la vocecilla de gato que estremecía el fondo de la improvisada cuna. Alguna llegada intempestiva, no obstante, la salvó de convertirse sin querer en la primera astronauta del mundo, ¡por Dios, señora, venga a mirar esto!..., a partir de lo cual nunca más se supo del canastito ni del frustrado intento de homicidio en el que Yola pudo, si no perder la vida, al menos esos cuatro dientes de los que se hizo cargo después el ratoncito.

Había algo, sin embargo, en lo que don Pancho no transaba y se refería a cumplir el anhelo de sus hijos de criar animales dentro de la casa. ¿No les basta con los caballos y la vaca, aunque estén afuera? El futuro senador nunca soportó otros mamíferos rondando por ahí cerca y nadie imaginó cómo él, hombre inteligente y además de palabra, pudo verse un día cazado en su propia trampa. Porque una tarde, estando todos reunidos en la gruta durante el rezo de la Novena del Niño –que se observaba fielmente en los días anteriores a la Navidad –, doña Teresa dijo, como siempre, "y ahora se le puede pedir al niño Dios la gracia que se desea conseguir". Entonces, ¡qué les han dicho!, una ola se levantó al unísono elevando al cielo su petición: "Niñito Jesús, danos la gracia de poder recibir en esta Pascua un montón de cabritas".

Don Pancho se puso colorado, a doña Teresa hubo que echarle aire, pero no hubo caso. Ni con la invitación surgida *ipso facto* de las bocas paternas: ¡a pasear todos juntos por la Alameda de las Delicias! (a los niños les encantaba esconderse detrás de los troncos centenarios). Ni con el hecho de que don Pancho accediera a comprarles a sus hijos esas figuritas de barro con las que vivían soñando. Ni con que doña Teresa les pegoteara toda la boca con los azucarados *panales* en forma de choclo que los *algodoneros* elaboraban, con sus precarias maquinitas, para la *Pascua*. La petición seguía vigente, la petición seguía vigente, la... "Total el Niño Dios todo lo puede, y si el papá no quiere, mamá...", doña Teresa le lanzó a su esposo una mirada tan decisiva, que ese 25 de diciembre hasta las cortinas desplegaron sus alas con el ácido aroma a ganado caprino. Por suerte para don Pancho, tal como vino, el problema desapareció, llevándose consigo los exasperantes balidos. Y eso, porque los propios niños descubrieron solitos una inexorable ley de la vida, según lo recuerda Ester: *Había que darles mamadera (a las cabritas) y hacerles un montón de cosas, qué lata más grande,* así es que, ¡fuera! y ¡bee beee!

El Niño Jesús, en todo caso, había cumplido...Y tampoco se quedó atrás la abuela Anita, que le regalaría a Ester una escuela completa, con pupitres, pizarrón, profesores y alumnos, todo esto primorosamente tallado en madera por el maestro más preciado del vecindario.

No. No era simple vivir en paz con tanta creatividad burbujeando entre los genes. Así, cuando algunos no olvidaban aún la (in)feliz irrupción del campo en la vida urbana, la casa de los Huneeus amaneció un buen día toda manchada de negro, según creyeron, a causa de una inesperada ¿plaga? ¡Horror! ¿Es que no son mos-cas? ¡Moscas! Doña Teresa muerta de asco, no hallaba qué hacer para combatirlas, ¡pero si parecen pegadas a los muros,

si llegan a cubrir las puertas, y cómo ensucian las ventanas! Lo peor, sin embargo, era que no se sabía la causa de la invasión. ¡Cómo!, si la pulcritud ya no es higiene sino parte de la elegancia, igual que las cortinas de terciopelo, las alfombras y la pasamanería... ¿Qué...?

> *Mi hermano chico –Pancho, un año menor– tenía una facilidad grande para pintar; yo en cambio nunca pude hacer un mono. El dibujaba moscas con sombra en la pared, pero con tal realismo, que mis padres las ahuyentaban con el matamoscas.*

Descubierto al fin al gestor de la plaga, Pancho dio con observar una tarde, mientras languidecía boca abajo sobre el parquet en estado de peligroso aburrimiento, unos largos rollos franceses que se apilaban a la entrada, recién llegados desde Valparaíso. El objetivo de la importación había sido, precisamente, revestir con la decoración de moda esas tristes paredes que habían quedado algo averiadas después de la "peste". ¿Peste? mmmm... ¡Ya! Su intrépida fantasía de pintor en ciernes discurrió al vuelo otra idea genial para entretenerse, vale decir, para atormentar a sus padres. De modo que, al primer olorcito a cola o a pieza recién empapelada, una sigilosa figura aparecía con los bolsillos llenos de lápices y, con parsimonia de artista, se lanzaba a dibujar sobre la finísima cobertura unos enormes clavos, *¡tan pero tan reales, que de verdad hacía enojar a mi padre!... Pancho y yo nos llevábamos muy bien,* continúa Ester. *Era el que seguía de mí (...). Después que murió mi hermanita, a mí me tocó improvisarme como hermana mayor.*

Entre moscas y clavos, más unas notas de música de difícil olvido, la memoria de su prima Isidora Aguirre rememora el ambiente en el hogar de los Huneeus Salas, donde todo era por entonces, dice, "muy alegre, sin discusiones ni acaloramientos; muy moderado y grato. Y lo mejor era que ahí cada uno podía dar rienda suelta a sus dotes creativas". Es lo que revela, sin ir más lejos, el surgimiento de otra idea "simplemente genial" y emanada ahora de ese caldero hirviente que nunca dejó de ser la imaginación de la Estercita. Digamos que era una idea "genética", de ésas que pudieron haber causado la envidia de la ciencia moderna y que la Iglesia, sin duda, hubiera impugnado, ¡eureka y vade retro, Satanás!

Es la hora de la siesta, toda placidez y "sin moros en la costa". Las cabezas de los niños están inmóviles, muy juntas y en total silencio en el descanso de la escalinata. El círculo es pequeño pero tan perfecto que el propio Parménides hubiera envidiado su forma. Una paz imposible parece haberse colado, al fin, en la casa de Dieciocho, una paz ni siquiera interrumpida por

la contraseña muda que, en las tardes de lluvia, convocaba con veloz aleteo de pestañas ¡a reunión en la escalera! Reunión, reunión: el tema es, en verdad, trascendental. Pregunta: ¿cómo se hace, ehhhh, una guagua? (Silencio asombrado, caritas de horror, risitas prohibidas, ¿algún sonrojo?). ¡Yo sé, yo no sé, mentirosa, antipática... ¿y túúú? El orden lo restablece, como siempre, la mayor, a la sazón, Ester, la misma que siempre odió su nombre. (*Me gustaba el de Anita,* dice en una entrevista, y en otra, *el de Magdalena*). *¡Ya sé!* –susurra Ester–, *vamos a solucionar el dilema. ¡Tengo una idea!* .

El círculo se estrecha sospechosamente, vienen los últimos cuchicheos, hay señales de entusiasmo y... ¡prruuum!, parten todos corriendo, acatervados en dirección a la cocina, ¡a registrar cajones, a mover armarios!, ya pues, buscando como locos lo que nunca se supo. En eso alguien muestra, victorioso, una enorme palangana vacía, le echan a hervir el agua y uno a uno van trayendo los vampirescos ingredientes encargados por la cabecilla. Córtate las uñas y dámelas, que son la materia prima, y tú tráeme la tijera de la mamá para podarte los rulos, ¡y no llores, porque total se te veían "re" feos! Apréndeme a mí, que tengo el pelo liso, ¡yaaa! ¿Viste? ¡zas, cataplúm! Y ahora consíguete un pedazo de carne trozada, ¡nooo!, nada fresco; trae esa bien hedionda que está en la basura. Sí, no importa, tápense las narices, que esto es mucho más importante, ¡te digo, oye...! ¿Me prestarías tu muñeca, la que te acaban de regalar las tías? Total, linda no es, y mejor para ella, porque miren: le sacamos unas lonjitas de la cara, así ¡y no llores, si se ve mucho mejor así, ¡llorona!, ¡pareces El Fantasma de los Ojos Azules! Ahora... rasguémosle los vestidos, más rápido, sí, en pedacitos, apúrense, ¡con cuidado!, no boten ni un pedazo, que todo sirve para la masa... ¿Hay huesos de pollo por ahí, de esos con que jugamos a la suerte? No, es mejor que estén cocidos, ¡no, sí, tienen que ser sanguinolentos! ¿Ves? Me corto el dedo y con este poquito, ayayay...Veamos, mmm: sangre, huesos, harina, uñas, pelos... ¡Y ahora a revolver la olla, que este invento nos hará famosos! ...¿A ver? Mmm, pero... ¡qué asco! Pruébalo,... ¡puaj! (Miradas atónitas, muecas y un par de lágrimas ruedan cuesta abajo por la escalera).

Como que no tiene gusto a guagua, ¿ah?... ¿Será que la carne es muy vieja? Pongámosle naftalina machacada... ¡Puaj, qué asqueroso!, pero esperen, si la cosa es que podamos hacer lo que queremos. Una guagua. ¿Qué te importa que sea fétida? Todas son iguales... ¿Cualquier guagua? Mmm, sí. Después la vestimos con lo que queda de la ropita de la muñ... del Fantasma. ¿A ver? Mmm... ¡¡¡cof , cof!!! ¡¡¡Pero si ESTO está... pútrido!!!

Bueno, quedó la desbandada. Los angelitos desaparecieron. El experimento no resultó y la mezcolanza que no quiso ser guagua acabó sus días en la basura. El olor a podrido de las dependencias siguió impregnando las pituitarias, pero a las víctimas les creció de nuevo el pelo, les crecieron las uñas y se les subió el ánimo. De la muñeca francesa seudoinfante nunca más se habló. Y del caldo en que iba a adquirir vida esa mezcolanza "humana" se encargó, sin mucho entusiasmo, la vaca que daba la leche en el patio trasero. ¡GUAGUA IMPOSSIBILIS EST! La desilusión corrió como una acequia verdosa por los rincones de la casa, acarreando las viejas raíces de una pregunta ancestral: ¿Quién quiere (ahora) ir al colegio? ¿Ah?

VI. Sombras del entorno

Conservadurismo, sociedad, Iglesia e inquietud social

El conservadurismo familiar y ambiental que desde muy chica respira Ester Huneeus implica, sobre todo en el período de formación, una particular forma de experimentar la religiosidad y, por ende, la espiritualidad católica. De un modo más acallado, este sentido religioso sigue alimentando sus años de matrimonio y constitución de la familia nuclear como una suerte de "mandato de clase" que, según se señaló antes, se manifiesta en los sectores altos incluso a nivel político.

Es la necesidad de hacerse cargo, por la vía de la "caridad cristiana", del perturbador llamado papal estampado en la encíclica Rerum Novarum. Y es que, tal como se ha descrito antes, la remecedora carta del Papa adquiere un explícito sentido de urgencia en Chile ante la inoperancia estatal. Esto impulsa a la acción concreta a los sectores más comprometidos con la Iglesia, particularmente a quienes, por sensibilidad personal, convicción o pragmatismo positivista, intentaron paliar desde posiciones de privilegio una pobreza que ya no admitía apellidos. Entre ellos estaba Francisco Huneeus Gana, ese hombre emprendedor, potente y de gran carisma que fue el padre de la escritora. Como buen ingeniero, don Pancho –tal como lo conocía todo el mundo– era un hacedor nato de visionaria inteligencia, que contaba, además, con la tribuna política. Y así como le había dado un impulso definitivo a la luz eléctrica del país con la creación de su empresa, fue capaz de sacar adelante la mencionada Ley del Crédito Prendario y la Sociedad Protectora de la Infancia sin otro propósito que el de ayudar a los desposeídos.

No sorprende, pues, que en el hogar de los Huneeus Salas se practicaran, con minuciosa conciencia, las variadas formas de esa caridad cristiana. La primera en llevarla a cabo era, cómo no, la madre de Ester, doña Teresa Salas, esa mujer original e independiente de alma, pero no por eso menos entregada en la asunción "perfecta" de sus roles femeninos. Entre éstos ocupaba un lugar preponderante el principio de hacer el bien, superponiendo

a sus afanes artísticos y maternales el fervor de una piedad religiosa que no pasaba por alto el auxilio al desvalido, en algunos casos organizando incluso las limosnas o esas comidas para los pobres que tocaban a su puerta un día fijo a la semana. Algo nada extraño, repito, en esa época, pero que en la joven Ester se tamiza con los rasgos personales de su temperamento inquieto, determinando una temprana y delicada sensibilidad que, en ella, adquiere inusitada potencia. La fuerza interior que la moviliza es tremenda y sólo se satisface en el logro inmediato de objetivos muy concretos. Y palpables en la acción directa. En el origen de esta actitud se encuentra, sin embargo, una particular aunque soterrada forma de rebeldía "antiestablishment", como si ella percibiera, digamos, que "algo huele mal en Dinamarca". Alimentada por su innato espíritu de justicia, esta mirada suya se hace presente no sólo en aquellos personajes bajo los que se ocultará ella misma en sus mejores obras literarias, sino también en esa "locura" definitoria de sus inicios, cuando se decide a remover conciencias hasta fundar, lo antes posible, el Hogar de Ciegos Santa Lucía.

Lo curioso es que ni siquiera con el transcurrir de los años la preocupación social cede paso, en su interior, a la indiferencia o a la molicie. Y si bien hacia el final de su vida esa inquietud asume, en cuanto a la creación literaria, formas más pasivas, su capacidad de respuesta frente a la realidad que la rodea sigue prácticamente intacta, aunque ahora se concentra en tres poblaciones aledañas a su casa de Vitacura: las de los areneros que viven junto al río Mapocho en El Esfuerzo y El Ejemplo, y esa otra situada en Lo Saldes, conocida por su nombre popular: Las Pechugas. Con idéntico ahínco colabora también en otras actividades comunitarias propuestas por su parroquia, buscando el contacto permanente, a menudo por la vía de la enseñanza (manualidades y otros), con personas de escasos recursos, empleadas domésticas y pobladores. El hacerse cargo de la casa, sin embargo, no le fluye de un modo natural y como ella misma dice, le cuesta y le genera sentimientos complejos que, en extrema fidelidad a sí misma, revela en sus páginas privadas. Desde luego, para una mujer como ella no es cosa fácil, y así lo confiesa, *perder el tiempo mandando*, en vez de volarse escribiendo, imaginando o simplemente pensando. Y de aquí deriva a reflexiones más genéricas en relación al poder, que parten precisamente del cuestionamiento de su rol de "dueña de casa" tradicional:

> *Me abisma el pensar cómo pueden los hombres dejarse llevar por la ambición política cuando nada hay tan ingrato y tan desalentador como tener que mandar.*

Sea como sea, lo cierto es que, a solas consigo misma y con ese espejo que es su escritura, estos cuadernos personales que Ester le escribe a cada hijo (desde que sabe de su embarazo hasta algunos años después de nacidos) se transformarán en un espacio privilegiado de encuentro con su pensamiento y su sentir más íntimo. En ellos plasma aquellas tribulaciones, dudas o alegrías que nacen de su soledad interior, de su reserva y timidez de base, si bien muchas de ellas están sujetas, obviamente, a la transitoriedad del minuto. Lo más notable es que allí se expresa una Ester sin tapujos, revelando y revelándose ella misma en una interioridad que no se atreve a comunicarle a nadie.

Ni siquiera a su esposo, a quien la unen "todas las afinidades", a quien admira y ama verdaderamente y cuyos consejos reconoce haber seguido incluso en algo tan suyo como su opción literaria. Pero resulta que José Luis es, al fin y al cabo, un "hombre". Y para colmo, tan perfecto a sus ojos, tan trabajador y al mismo tiempo tan delicado, que las nimiedades de la vida cotidiana no tienen por qué rozarlo: ella prefiere ocultarle sus pequeños dilemas femeninos. De alguna manera se observa también, tras esta actitud de Huneeus, un afán de cuidado extremo, como si a él hubiera que protegerlo, como si quisiera mantenerlo "incontaminado" en ese pedestal masculino en que ella misma lo ha puesto.

Abramos nuevamente, y para mayor abundancia, uno de esos cuadernos a sus hijas, donde la comparación implícita entre ella y su marido habla a las claras de un sentimiento de inferioridad latente:

> *Creo que vas a parecerte a tu papá, aún cuando temo que tengas ciertas cosas de tu madre. Espero que como eres habilosa, sabrás llevarlas bien y sacar partido de ellas. Lo menos malo que tengo –que tuve, más bien dicho, porque ya están muy feas–, son mis manos, y creo que te las llevas. Eres prudente y dulce como tu papacito. (...). Tu papacito es el mejor ejemplo que (mis hijos) pueden tener. No necesito hablarles. Dios ha de permitir que esté siempre con ustedes y entonces sabrán apreciarlo.*

En esta misma línea puede leerse otro párrafo:

> *Mi gorda: veo venir un gran problema. Y para justificarte, pienso que acaso eres víctima de la herencia. Así como heredaste la carita de tu papá (...) hayas sacado también el carácter de tu mamá... (...). Fuiste de guagua tan paciente y callada, tan tranquila y dulce, tan suave... ¡Y ahora! Eres porfiada como un escape de agua, eres irreflexiva y te importan un rábano las razones, los argumentos, las promesas. Lloras y rabias*

cada vez que crees que te puede convenir (...). (...) Te ha dado Dios un padre excepcional, un hombre como quizás no encuentres otro en la vida. Sus sentimientos son lo más noble y delicado que existe, su inteligencia, su comprensión, su rectitud no es fácil verla (s) en un hombre y menos en uno que es a un tiempo tan simpático y tan hábil, ¿no es cierto? (...). Será un padre que te comprenderá siempre y no te fallará en ningún sentido. Acude a él con plena seguridad. Quiérelo mucho; él no te pedirá más que eso a cambio de todo lo que le pidas a él. No lo hagas sufrir jamás, sería un pecado muy grande darle una pena a este papá ideal.

Aquí refleja Ester, casi por contraste y con gran énfasis, la valoración del hombre que ama y en el cual ella, desconfiada por naturaleza, pareciera confiar plenamente. Para completar la imagen, no está demás entregar este último extracto sobre el tema:

Tú vas a ser la gran amiga de tu papá, ¿no es cierto? Lo acompañarás mucho, le contarás todo lo que piensas y sientes, irás donde él con todos tus problemas y le pedirás todo cuanto quieras –él no te negará jamás nada.

¿Qué hay, fuera de una admiración extremada y de unas ansias de proteger no sólo a la hija entregándole al padre, sino al propio José Luis con todo su peso moral? Desde luego, está esa carga enorme que le impone a esta niñita para toda su vida: *no lo hagas sufrir jamás, sería un pecado*, etcétera. Pero, independiente de esta actitud que prefigura, en todo caso, el alto nivel de exigencias con que ella educará a sus hijos una vez desaparecido el padre, ¿no estarán asomando bajo estas líneas sus vivencias como hija (mujer) y la valoración –si no secreta, al menos incomunicable– de esa afinidad tan especial que la une a su propio padre? Es decir, ¿no habrá una suerte de transferencia?

La respuesta por ahora queda inconclusa, ya que únicamente se pueden entender las motivaciones que impulsan a Ester a escribir esto a través del examen minucioso de la figura paterna. Un referente obligado cuyas proyecciones se centran, sobre todo, en la elección como esposo del hombre que ama, tan semejante a su padre en lo valórico, lo intelectual, lo social. Y, por si fuera poco, con una gran cercanía en el aspecto profesional

Evento biográfico clave y estructuración de la personalidad

Cuando Ester Huneeus confiesa, unas páginas más atrás: *Después que murió mi hermanita, a mí me tocó improvisarme como hermana mayor*, nos adentramos de lleno en lo que la psicología actual entiende por el evento biográfico clave, es decir, la experiencia más significativa en la estructuración de una personalidad.

Para entender bien esto, se hace necesario remarcar el papel de "segundona" que le corresponde originalmente a Ester en una familia que concentra sus energías afectivas, estéticas y hasta espirituales –mitificadoras, como ya se dijo– en la hermana inmediatamente mayor, Anita. Un dechado de encantos, belleza y virtudes. Anita fallece en 1913 a temprana edad, a causa de esa diabetes que pasará a constituirse en un mal genético. Desde muy niña, se advierte, Ester –que ahora tiene 11 años y ha vivido con los suyos el lento proceso de un mal incurable antes de la insulina–, intenta emular a su admirada hermana, inclusive y hasta donde pueda, en su camino de "santidad".

Algo de esto trasuntarán sus escritos privados de 1939, donde se confiesa al respecto con su hija de dos años:

Recuerdo que de chiquitita también yo era porfiada, rabiosa y testaruda. También recuerdo cuando mi hermana Anita me hizo comprender que el mérito de ser buena no estaba en nacer así, sino en vencerse. Y recuerdo cuando de 6 años decidí dominarme, más que convencida de que fuera un deber, por ser más meritoria que ella. Anita había nacido extraordinaria y santa. Yo rabiosa. Es más virtud dominar los arranques, vencer las tentaciones. Y yo me sentía más meritoria que ella y así aprendí a no dejarme llevar.

Lo cierto es que la figura real de Anita y el peso afectivo que toda la situación implica en el seno familiar le provoca, a niveles inicialmente inconscientes, una serie de conflictos de los que no están ajenos el rechazo a sí misma y la forja definitiva de una personalidad insegura. Así lo expresa Ester en el mismo cuaderno:

Veo en ti muchas cosas mías y espero por eso comprender lo complejo de tu carácter. Yo también era así, tímida y desconfiada sobre todo de mí y si no hubiera encontrado en mi papá ese estímulo tan grande que me halagaba, nunca me hubiera atrevido a ejecutar nada. / Me atormentaba en ternuras y retorcimientos sentimentales que me amargaban mucho, y por las noches me complacía en pensar que nadie me quería, que yo era fea y torpe, que estaba de más (...). Y saboreaba lágrimas a oscuras y tragaba cototos pensando en mi desgracia. Y entonces, como desquite, me imaginaba muerta y que todos lloraban. Era un consuelo.
(¿Alguien recuerda, por casualidad, a Papelucho?).

Ahondando, pues, en estos temas de su niñez que han dejado huella en la formación de la personalidad, es posible establecer hasta dónde los conflictos señalados van adoptando en ella al menos dos caminos.

El primero la impulsa, por una parte, a la introversión, a la timidez y a ese implacable sentido del humor que se encarna en la mirada irónica, cuando no sarcástica, volcada después sobre sí misma o sobre la realidad que la rodea. Pero en la misma línea de autodefensa y afirmación personal, se advierte en seguida cómo lo anterior asume en ella un cariz contrapuesto, que manifiesta, sin embargo, en forma coherente su naturaleza contestataria y rebelde. Todo esto le permite a Ester encontrar refugio en su declaración de principios, una tríada independentista que ella enarbola cuando joven como bandera de lucha y que marcará, detrás de la máscara y sólo parcialmente, su vida futura: permanecer soltera (solterona), experimentar una extrema sensibilidad frente a lo social ("ver" a los pobres) y expresarse a como dé lugar con un talento distinto (escribir). Como puede imaginarse, ninguna de estas opciones resulta fácil de sobrellevar en la época y en el medio. Y aunque la soltería no prospera en el tiempo pues la desbarranca la llegada del amor (sus palabras al respecto hablan más bien de defensa y de un desmedrado concepto de sí misma), es su vocación de escritora lo que la deja claramente en descampado. Incluso, tal vez le resulta más duro sacar adelante esta "profesión", como ella la concibe, que su incipiente compromiso social. El uso de los variados seudónimos iniciales es, por lo mismo, digno de estudio, independiente de las motivaciones psicológicas que se unen a su circunstancia vital (mujer-época-cuna) y a su necesidad de manifestarse libremente en la escritura.

El segundo camino se entronca no sólo con la muerte de Anita a los 12 años, sino con todo lo que su figura conlleva, en un rodado que la conduce a desarrollar un complejo de fealdad, de inadecuación, de inoportunidad. O, en definitiva, de ser "diferente":

Más tarde, recuerda la propia escritora, reanudando el hilo en un recuento de extrema lucidez:

> *Como mi mamá y mi abuelita también me celebraban cualquier cosa que hacía, fui tomando confianza en mí misma y te confieso que me creí habilosa. Pero entonces tuve siempre ante mí esa personalidad antipática de la habilosa fea y práctica. Y fui ella muchos años. Cortada y tímida con los de afuera, apocada, con el deseo vano de ser habilosa y no pedante. Este pensamiento me sujetó siempre porque a medida que fui desarrollándome, fui tomando más y más en cuenta el sentido estético de la vida. Y a tal*

> *punto me importaba la composición de lugar de las cosas, de las personas, de todo, que anteponía al espontáneo sentir, su efecto. Y mucho tiempo llegué a confundirme a mí misma y juzgarme como si fuera todo estudiado o por efecto. Porque tenía tan en cuenta el resultado de la impresión que causaría tal frase, o tal sentimiento, en una persona de mi físico, de mi edad y me horrorizaba el ridículo o el ser más antipática (...). Yo he visto tantas más feas que yo que nunca tuvieron esa preocupación mía (...).*

Tomadas en su conjunto, las palabras de Ester permiten inferir de qué manera se han ido entretejiendo en su interior esas delicadas hebras, altamente reveladoras para el perfil de su psiquis, que constituyen la maraña de sentimientos contrapuestos que experimenta cualquier niño en sus primeros años. Desde luego, también en Ester resultan decisivos, al menos para la mirada que prevalece en mi aproximación. De acuerdo a ésta, entonces, no puede obviarse la sensación de "abandono" (prematuro) que ella siente por parte de los padres, independiente de la que le producirá después el deceso de su hermana. Pero una hermana es, a esa edad, una hermana, y los padres son, para la psicología, los padres. Los de la pequeña Ester tienen, como es natural, los ojos centrados en la primogénita enferma, quien recibe la ola de cuidados y atenciones que la segunda a su vez requiere. Esto pudiera haber provocado en la niña ciertos sentimientos de "carencias nutricias" que se detentan ya sea en el ámbito del afecto o de la atención recibida. Se trata de un cúmulo de sensaciones vividas evidentemente desde la subjetividad pero que, objetivamente, crean en el interior un vacío que Ester irá rellenando con sucesivas figuras a lo largo su existencia.

Por lo pronto, la de su abuela Anita, divertida, extravagante y genial. Y de allí en adelante, la de su "millón de amigos", que al parecer no fueron tantos; después, importantísima, la figura de su padre. Posteriormente, la de su marido y, una vez viuda, la de su hijo mayor. Nos interesa, por ahora la del padre, que replicará en otro tenor en la del esposo y en la del primogénito de la familia, quizás necesaria a la hora de definir la forma que tendrá Ester de asumir el rol materno.

"La cortesía es una forma de amor al prójimo", decía Francisco Huneeus Gana, a quien sus descendientes evocan como un hombre "muy moral, muy educado, muy ético y muy cortés". Incluso cuando alzaba su vozarrón y su mujer, doña Teresa, que lo conocía muy bien, sabía exactamente cuándo era preferible el silencio. (Ester observará más tarde, a raíz de su personaje Papelucho, que *el convencionalismo arruina muchas cosas de este mundo*: por eso el personaje les gusta a los niños, cree la autora, *porque es espontáneo como*

ellos). Lo cierto es que recién en la treintena Ester viene a hacer carne de sí sus sueños más inconfesados, esto es, los del amor en pareja y el príncipe azul, muy palpables en la sólida personalidad de José Luis Claro Montes. Ingeniero de reconocida inteligencia e hijo del socio de su padre, su enfermedad y anticipado deceso sumirán a su mujer en una vasta huerfanía y, a los hijos, en esa orfandad parcial que ella intenta paliar como puede, intentando seguir los cánones altamente exigentes del propio José Luis.

Es su padre, no obstante, quien se constituye en el primer gran amor en la vida de su hija. A la correspondencia de su afecto arribó una Ester Huneeus aún joven cuando, viajando por Europa juntos en 1929, ella conquista su admiración y consejos por la mera chispa del ingenio, desplegado a todo dar en el relato de sus recuerdos de infancia. Es ese genuino don de narrar el que a don Francisco lo cautiva, hasta el punto de que, según su hermano Patricio, termina convenciendo a Ester de que su talento estaba en la literatura infantil.

¿Quién convence, en verdad, a quién? Como esas interminables noches que Sherazade transforma una en mil ante el Sultán de Oriente, así el largo viaje en tren de padre e hija solos por Alemania, fecundiza y anuda su relación afectiva. Esto se traducirá muy luego en algunos beneficios para ese Hogar de Ciegos que Ester dirige desde hace cinco años, con un resultado que se verá al llegar a Chile. La idea de la joven, que cuenta ahora con el respaldo de don Pancho, es realizar una venta *en verde* para conseguir las puertas y ventanas de una nueva sede, idea que reafirmó entre los amigos el nombre que se había ganado la institución: "El Hogar Por Favor".

El fruto de esta cercanía espiritual con su admirado progenitor sólo puede madurar, obviamente, años después de la enfermedad y muerte de su hermanita mayor, de la cual la madre, doña Teresa, nunca pudo recuperarse. Ni siquiera la ayuda en su tristeza ese reconocido talento pictórico que ella desarrolla en su taller en el campo de Pirque (o de su casa en Santo Domingo), donde despliega su discreto encanto en la acogida siempre cálida para con sus huéspedes. Su hija, quizás por eso, recuerda:

> *Yo he tenido en mi papá siempre el mejor amigo, un amigo absoluto, maravilloso, un amigo como de cuentos de hadas, una varilla de virtud. Y a cambio de su amistad, yo no le he dado más que dos cosas: cariño y confianza en él. Y a cambio de éstas lo he tenido todo. Fui tan feliz en mi casa porque mi papá y mamá no han podido ser mejores conmigo.*

VII. El árbol y sus frutos

Del día que no existe a la noche inolvidable

En un recuento somero de las experiencias claves de esta mujer se detecta, en las sucesivas etapas que conforman su vida, una personalidad cuyo guión de base para su estructuración y funcionamiento la conduce, antes que nada, a evitar el dolor. Claramente, lo que pudiéramos llamar con algunos expertos *el cuerpo dolor* –ése que se va reeditando mil veces a lo largo de una vida humana– aparece constituido, en el caso de Huneeus y de manera esencial, por la pérdida. Esta "pérdida" pasa a incorporarse en Ester como el núcleo de una vivencia particular y personalísima, que se va repitiendo a lo largo de su trayectoria con cruel insistencia.

Primero viene, como ya se ha consignado, el evento biográfico fundamental que es la muerte de su hermana mayor, acaecida cuando ella no ha entrado aún en la pubertad. Anita es su modelo pero, al mismo tiempo, el espejo donde, con la subjetividad inherente a experiencias tempranas como ésta, la niña Ester ve reflejados con desmedro cada uno de sus propios rasgos, tanto físicos como espirituales, morales y psicológicos.

Sobre este mismo registro, en una herida que cicatriza pero jamás desaparece del todo, se graba a fuego el segundo gran evento biográfico: la muerte de José Luis. El terrible dolor que la embarga vuelca hacia adentro a Ester, afectando con su sombra oscura la relación afectiva y la demostración de sentimientos frente a sus propios hijos. "La mamá se encerró en su escritorio", dice uno de ellos; "la Ester se sumió para siempre en el silencio", añade una amiga y vecina. Y es que la desaparición de este hombre implica no sólo la pérdida del esposo amado y el padre de sus hijos, sino también la de un ideal de niña hecho carne en su figura, según el anhelo que manifiesta la protagonista de "Soy colorina":

> *Me gustaría ser la esposa de un hombre mayor, hábil, profesional sabio, tranquilo y romántico (...), sereno, de mirada profunda, de ras-*

gos tranquilos, sus manos (...) perfectas (...). Me gustaría ver la vida únicamente a través de sus labios, admirar sus manos, adorar sus ojos y sentirme en éxtasis en su presencia (...). Ni un solo gesto mío será para otra cosa que para este hombre (...). Me gustaría sentirme pequeña a sus plantas, sentirme torpe, irresponsable, analfabeta (...). Sus pensamientos encierran toda la sabiduría y todo el arte de la tierra.

Es interesante consignar que estas opiniones, vertidas por boca "ajena" en el mencionado libro, coinciden exactamente con la época en que Ester está trabando una relación más personal con José Luis Claro, a raíz de las clases que ambos les imparten a los obreros en la Universidad Popular Juan Enrique Concha. Y aunque ellos se conocían desde antes por la relación profesional (y de amistad) que mantenían sus respectivos padres, es allí donde se inicia un noviazgo que culminará ante el altar al año siguiente, 1935, el mismo año en que Ester ve publicado el manuscrito de "Soy colorina", que había ganado el Concurso Club Hípico en 1934. Dada, pues, la coincidencia de las fechas, no se requiere de ningún esfuerzo para deducir quién hubiera podido inspirar, en cuanto figura real, las ensoñaciones de amor que registra "Hojas de un diario", el relato más importante de "Soy colorina".

Pero adentrémonos un poco más en el tema que tan fuertemente termina marcando el comportamiento de Ester. A pesar de la admiración profunda que siente por su padre –figura también idealizada– y de una cierta complicidad que, ya mujer, la une a su madre (cuyo perfil, sin embargo, es menos nítido), ella experimenta como vivencia *real* esa carencia afectiva de la niñez, donde el objeto de atención fuera por años, como se ha explicado, su hermana mayor. En vista de esto, entonces, Ester va desarrollando, a modo de compensación, esa alegría de vivir tan suya, esa originalidad y franqueza casi chocantes que forman parte de su carácter y que ayudan a definir el indudable atractivo de su personalidad.

Porque Ester Huneeus es, a todas luces, un ser fascinante, una mujer encantadora en su brusca parquedad, una persona inteligente y vital que supera los cánones clásicos de lo que se entiende por simpatía. Aunque ella no se da cuenta de esto, es su propia persona la primera que cae en los brazos abiertos de esa fascinación. Es decir, en los de aquella imagen que de sí misma ha ido forjando su inconsciente y que termina por lanzarla, con plena autonomía, hacia el camino de la anhelada independencia. Un camino marcado por el arte y por la escritura, pero que se recalca también, con líneas claras en el ámbito social y familiar.

1910. Familia Huneeus Salas. Francisco Huneeus (hijo), Francisco Huneeus (padre), Ester Huneeus, Teresa Salas de Huneeus, Ana Subercaseaux de Salas, Anita Huneeus.

1906. Ester y Anita.

1911. Ester y Anita.

Comencemos por derribar mitos. Por ejemplo, el que rodea su nacimiento. Ester Huneeus nació el 28 de febrero de 1902 según su partida de bautismo, y no el 29 de ese mes (día inexistente en el calendario, que se mantiene con tenaz persistencia como la fecha de su nacimiento). Es probable que la propia autora haya contribuido a esta leyenda cuando decía, riéndose, *yo nací en año bisiesto, el 29 de febrero de 190(3)2*, declaración que confirma en una carta autobiográfica, sin considerar que ese año tampoco fue bisiesto. Sí lo fue, en cambio, 1904, año en que febrero tuvo 29 días, pero a estas alturas su fecha de nacimiento está establecida con toda autoridad: 1902, por tanto, el día que fija su fe de bautismo. Pudiera ser, por último, que los afanes lúdicos de la autora hubieran contagiado a la prensa y de ahí todo este enredo. Como diría Huneeus, es mucho más "entretenido" – y para los diarios, más vendedor– venir al mundo teóricamente cada cuatro años, por más imposible que esto sea. Pero por algo se insiste en ello hasta el día de hoy.

Cuando Ester tenía cuatro años de edad, un suceso de otro mundo vino a remecer no sólo sus primeros recuerdos, sino también la memoria colectiva de todo el país. Se trata del terremoto de Valparaíso, ocurrido en 1906 en el puerto principal de Chile, que por algo se denominaba entonces "La Perla del Pacífico". "Valparaíso *mon amour*", desgraciado epicentro de un movimiento telúrico sin precedentes, al que siguió un espantoso incendio cuyas lenguas de fuego llegaron hasta el mar.

Nada hubiera podido presagiar el fenómeno acá en Santiago, salvo la intensa lluvia y esos presentimientos extraños que a veces cuecen las criadas a orillas del fuego, allá en el fondo de la cocina donde se cuece también el puchero. Nada, salvo los caballos que paraban las orejas y se sacudían inquietos en las cocheras de la mamita Magdalena, la bisabuela, en cuya casa vivían por entonces los Huneeus Salas. El estruendo se anunció, como suele suceder, con un estampido ronco que nace de las montañas, amplificado como un eco inquietante por la infinita cantidad de perros que aullaban lastimeramente en la noche capitalina. Nadie hubiera podido jurar tampoco, al primer remezón, que los habitantes de la señorial casona de adobe siguieran a salvo acá, en Santiago, donde alguna vez había habido tierra firme. Los gruesos muros y la techumbre se resquebrajaban como los mástiles de un barco en plena tormenta. Relámpagos y truenos esparcían su fragorosa luz por el cielo, en tanto la ciudad quedaba completamente a oscuras debajo del polvo y la ruma de escombros, a merced de todos los gritos del mundo, que se desgranaban en rezos, letanías, jaculatorias, imploraciones y mandas, conformando una retahíla de lamentos desesperados.

El universo entero, sí, se venía abajo. Y, ya adulta, Ester recordará el horror del desenlace con estas palabras que transcribe la escritora Virginia Cruzat:

> *Sin que la abuelita supiera y en absoluto silencio, alojamos todos en el salón verde, incluso la abundante servidumbre y la familia del cochero (...). A la noche siguiente, y como seguía temblando, el papá nos llevó a la Estación Mapocho y dormimos en un carro de ferrocarril.*

Un espacio conocido que parecía, a los ojos del ingeniero, bastante más seguro que esa mezcla de paja y barro con que se seguían construyendo, desde la Colonia, las casas del Centro.

Enfermedades en mi casa

Otros miedos irán poblando la infancia de Ester Huneeus: la oscuridad, el viento, los temporales, el hombre del saco, los cuentos de brujas, los aparecidos. Un conglomerado de fantasmas que la niña decidió enfrentar en los anocheceres de Pirque con el corazón en la mano, a esa hora en que las ánimas comienzan a sobrevolar sin pudor esta tierra. Estremecida por los crujidos y chirridos que, bajo las tenebrosas sombras, se le caen encima, la pequeña Ester se obliga a permanecer "como tiesa" a la entrada del parque, hasta que las ramas de los gigantescos árboles, los bichos inciertos y los pájaros nocturnos calmen sus gritos y la aterradora sonajera. *Había que experimentar el suspenso,* dice ella, *hasta obligarse a doblegar el miedo...*

Ningún miedo, sin embargo, echaría raíces tan hondas en Ester como el dolor insondable que le provocaran, en la voz del poeta, "Las enfermedades en mi casa". El desenlace fatal se produce también al anochecer; "el mar ha golpeado por años una pata de pájaro" y no hay vida humana que aguante. Llegado el minuto después de la ardua batalla, Anita, la dulce, emite un suspiro antes de devolverle el alma al Origen de las Vidas.

No solamente por años; por siglos golpeará el mar a esta familia que, inmersa en su tragedia, fue cubriendo de negro los doblegados cuerpos, de negro el silencio, la risa y el llanto. Ha sido tan largo el tiempo, han sido tan densos los meses y los días, han sido tantas las horas de vigilia y meticuloso cuidado. El médico alemán Klemperer, toda una eminencia en el tema de la diabetes, sabe que ha venido a instalarse en vano en el

hogar de los Huneeus. Ha venido de Europa, convocado por el grito de auxilio de este padre que tiene las manos muy juntas, aferradas a una sola esperanza. Pero aún no se descubre la insulina. Y la casa, ahora sí, la casa se derrumba. Con denodada crueldad, las *enfermedades en mi casa* se encargan de hacerla polvo y de hacer polvo toda ilusión al respecto. No hay armadura que resista la ausencia de Anita y nadie reemplazará tampoco, nunca, su luminosa presencia, que se prolonga en dorados destellos en el corazón de la familia. Doña Teresa no se sacará nunca más el luto; doña Teresa seguirá dando vueltas, cual inadvertida sombra, por los salones de su casa. Con ese sombrerito negro "que parecía tapa de azucarero" sobre la cabeza, un fláccido chal negro sobre los hombros y la negra cartera colgando, siempre en mano, lista para el gran viaje.

¿Cuántas veces habrá querido ella estar allá, donde ahora se encuentra su hija?

Por un largo período de tiempo se cerrarán no sólo los ojos para apagar tristezas, sino también las pesadas cortinas de brocato tras las cuales se esconde una intimidad en pena. En la majestuosa calle Dieciocho.

Hasta que el sol, una mañana, se compadece y decide alumbrar la tierra. Tras miles de meses, miles, el silencio solemne le cede tímidamente paso a la música, que surge primero en balbuceos desde los dormitorios de los hijos. La música los llama y los llama, la música los está llamando con su canto de vida a la tierra. Y mientras uno le roba su voz ronca al cello, otro acaricia como en un sueño al violín. La nueva hija mayor, Ester (*que ni santo tenía*), se sienta al piano a pulsar, "con mis manos de lana", las teclas, alejando con inocentes arpegios esa posible ventura que, dicen, es sustancia de perfección. Después vendrán las sonrisas, las voces que se atreven y, poco a poco, esas risitas de los más chicos que estremecerán con viejas lágrimas las lámparas y, sobre ellas, las oleadas sin llanto de corazones que no admiten consuelo.

En un arrebato de vitalidad, don Pancho opta por llevarse a Estercita consigo a Valparaíso, en tren, aprovechando que va a visitar a un amigo político. La niña, a quien jamás le gustó llamarse Ester porque es muy duro y muy feo, se distrae en el trayecto dejando vagar la mirada a través de montes verdes y verdes potreros. Y con la punta del dedo dibuja las cumbres y lo que ella cree que será el mar, en un paisaje desconocido que pasa traca-traca-traca-traca por la ventana. Siempre al oeste y siempre hacia el mar, donde habrá un azul que se divisa entre las gaviotas del cielo. Es su fantasía y la fantasía del mar. Es la fantasía del amor y la fantasía del mar. Un mar que la capturó esa mañana para siempre, con la certeza de su presencia

inamovible y que, en otro amanecer, será el telón de fondo de una realidad aún más dolorosa pero, que sangrará, sobre la misma herida. Cuando deba trasladarse a Concón, cuarenta años más tarde, con toda su familia, en un intento de detener la muerte o de devolverle la vida al corazón de José Luis: *Lo peor es que yo sabía.*

Pero ahora, ahora no le importa regresar a Santiago porque aquí la esperan sus autores favoritos. No sólo Dostoievski, a quien comenzará a admirar temprano *por la psicología de los personajes y la forma que tiene de crear el suspenso*, sino sobre todo por la literatura inglesa que le han mostrado las *misses*. A esta ribera ella acude, en verdad, porque le fascina escribir. Y le gusta ese andar directo del inglés, de frases cortas y palabras simples. Nada mejor para expresar, sin sofisticaciones de estilo, esas ideas concretas que a ella la urgen a tomar el lápiz. Tan distinto del circunloquio español o de la elegancia clásica, a veces inalcanzable en su musicalidad, del idioma francés. *Quedé muy sola y mi alma de niña quería comunicarse con el mundo a través de la literatura.* Y es que, en las noches de insomnio y con el paso de los días, ella le va dando vueltas a una idea que a la larga la obsesiona: la idea de que con los muertos se sigue *en cierto modo comunicado.*

Lee entonces a San Agustín y se identifica con algunos párrafos de "Las Confesiones": "Aun así"–dice Agustín–, "escribíamos o leíamos o estudiábamos menos de lo que se quería de nosotros. Y no era porque me faltase memoria o capacidad, sino porque me gustaba jugar; aunque los que nos castigaban hacían lo mismo: los juegos de los mayores se llaman negocios; en cambio a nosotros nos castigaban por nuestros juegos, y nadie se compadecía de nuestros castigos (...). Era difícil entender a los mayores".

Agustín de Tagaste escribe en el siglo IV d.C., y no está demás remarcar su modernidad, en un lenguaje muy cercano al de nuestros días. Es difícil entender a los mayores: una reflexión del joven Agustín que ella retomará, tal vez sin darse cuenta, cuando bajo otro nombre toque temas relacionados con la educación de los niños.

Así, en "Tiempo, papel y lápiz", su primer libro –de cuentos– publicado en 1933, Huneeus aborda esa feroz incongruencia que persigue al pequeño protagonista, Willy: *Si Willy miente es Dios quien le castiga, pero si es su papá quien no dice la verdad, no hay nadie quien le amenace.* Más aún, se queja el niño: esas mismas mentiras por las cuales tan severamente a él lo reprenden son celebradas después en el salón e, incluso, se repiten de boca en boca, *como chistes graciosos.* Desconcertado por la incoherencia

de los más grandes, Willy sufre y se queda al margen. Y la mano de su creadora lo hace decir una verdad que ella parcialmente comparte: *Las personas adultas tienen mala memoria y se empeñan en llamar a la niñez (una) edad feliz.*

El santo de Tagaste, San Agustín, tiene mucha razón: es difícil entender a las personas mayores.

VIII. LA ADOLESCENCIA Y EL MUNDO DE LAS ESTRELLAS

La loca de casa

En términos generales, la niñez fue para Ester, a pesar de la opinión de Willy, una época feliz, aunque no exenta de contradicciones. Frente a éstas, el único refugio seguro pareciera haber sido el de la imaginación, *una imaginación que se aplicaba a los juegos y se vivía.* De tal manera, el imponente salón de la abuela no estaba cubierto por pequeñas alfombras, sino por barcos que transportaban a los primos por los mares del sur, surcando enormes peligros. El que se caía, naufragaba, y todo por culpa de los improvisados capitanes, que hacían chocar sus naves piratas en el fragor de unas batallas sin ton ni son.

Pero Ester, ella no; ella no le tiene miedo al naufragio. Entre otras cosas, porque en su bolsillo lleva a todas partes su talismán, Perico, compañero fiel a quien le robará años después el nombre para bautizar a un niño de verdad en "Perico trepa por Chile". Por ahora, Perico es una piedra negra y chiquitita que se pondrá *sebosa de tanto uso* –cuenta ella en una entrevista– y que la protegerá de todo peligro hasta pasada la pubertad. Cuando ya los ojos lánguidos no miren los demás juguetes traídos de Europa y guardados bajo siete llaves en los armarios por orden de doña Teresa, "¡es que son tan lindos y los van a romper!". No hay forma, en todo caso, de conjurar el encanto de estos roperos pequeñitos con vitrinas de cristal, detrás de las cuales reluce un completo menaje de casa hecho de plomo, material que en la pupila infantil sube rápidamente de categoría. Ya no son de plomo las copitas, platitos y demás piececitas sino, ¡en serio!, pasan a ser de plata pura. *A nosotros no nos importaba (no tocarlos), porque así teníamos la ilusión de que eso estaba ahí, guardado,* recuerda Ester en una reconstitución de su infancia.

Junto a este mundo, donde todo lo que uno desea se convierte en realidad y por la sencilla razón de que la magia existe, se vislumbra no obstante una esfera de contradicciones de la que participan los padres, la misma que desesperará después a Willy, el personaje del mencionado libro. Porque,

nada que hacer: los códigos de los mayores dejaban muchas veces a los niños Huneeus, y particularmente a Ester, sumamente perplejos. ¿Qué era mentira y qué era verdad? ¿Cuándo ésta se podía transgredir? ¿No les habían advertido hasta el cansancio que la verdad es un valor que apunta no sólo a lo moral sino, además, es una virtud intransferible del honor personal?

Mi papá nos había dicho que prefería vernos muertos a que mintiéramos, (pero) ¡la mamá me retaba justamente por eso! Porque yo no le podía decir a una persona que era buenamoza si yo no la encontraba (...), ni decirle linda, ni ninguna cosa amable. ¡Lo que era la verdad! Pero la diplomacia exigía otra cosa. Yo era muy sin tino.

Sobre "el tino" de su hija habría que preguntarle a misia Teresa, quien casi se muere de un soponcio cuando, recién fallecida Anita y ella en pleno duelo, ve agolparse a las puertas de su casa a toda su parentela femenina. Por decir lo menos, *unas ochenta personas*. ¿Qué había sucedido, Virgen Santísima, Esteeeeeer? Ester, de once años, había organizado una gran fiesta, invitando a todas las amigas y primas y tías, incluidas por supuesto las dos extravagantes hermanas de su madre, Clara y Rita Salas.

Mi mamá, que no quería ver a nadie, ¡casi me mató! Y mientras me pellizcaba y me retaba, yo pensaba: estos deben ser los desengaños de la vida. ¡Había que buscar una explicación!

Como todo desengaño, por suerte, éste tuvo su fin. Y, movida su imaginación por la "Vida de Santa Teresa" que escribiera Marcelle Auclair, la niña se va adentrando con gran ardor en las vicisitudes de la santa española, cuya prosa figura entre las cumbres de la literatura universal. Con Teresa de Ávila, Ester comparte además la vitalidad y ese espíritu fundacional que admira y cuya religiosidad profunda aún no reconoce dentro de sí. Las recientes vivencias familiares, no obstante, la llevarán finalmente a plantearse –y muy en serio– una posible vocación religiosa, la cual se agrega al disfrute de las aventuras narradas por la santa en los años de su infancia castellana.

Descritas en el "Libro de la Vida", esta maravilla de simplicidad se relata con inédita belleza a través de la voz infantil: "Pues mis hermanos ninguna cosa me desayudaban en servir a Dios. Tenía uno casi de mi edad, juntábamonos entrambos a leer vidas de santos, que era el que yo más quería, aunque a todos tenía gran amor y ellos a mí. Como veía los martirios que por Dios las santas pasaban, parecíame compraban muy barato el ir a gozar de Dios y deseaba yo mucho morir así, no por amor que yo entendiese tenerle, sino por gozar tan en breve de los grandes bienes que leía haber en el cielo, y juntábame con este mi hermano a tratar qué medio habría para esto. Concertábamos irnos a tierra de moros, pidiendo por amor de Dios para que allá nos descabezasen. Y paréceme que nos daba el Señor ánimo en tan tierna edad, si viéramos algún medio, sino que el tener padres nos parecía el mayor embarazo".

¿Habrán sido las ideas de ese par de locos aventureros un desafío extremo para los sueños de Ester? Veamos. ¿Irse a tierra de moros o hacerse ermitaña? De algo no cabía duda: también ella estaba supeditada a los mandatos de "la loca de casa", como apodaba Teresa de Avila a su propia fantasía. Y también ella había tenido un hermano, no, una hermana, con quien solía recorrer, a dos voces, esos cuatro versos más famosos de la historia: "Vuestra soy/ para vos nací/ ¿qué mandáis/ hacer de mí?".

Pero Anita, Ana la Dulce, se había ido. La había dejado sola, a ella, en esa tierra de nadie que suele ser la infancia desolada y... ¿No será mejor que me meta a monja? Pena y gloria para siempre siempre, dice en su "Libro" Santa Teresa:

"Espantábanos mucho el decir que pena y gloria eran para siempre, en lo que leíamos acaecíanos estar muchos ratos tratando de esto y gustábamos de decir muchas veces: ¡para siempre, siempre, siempre! Pronunciar esto mucho rato era el Señor servido me quedase en esta niñez impreso el camino de la verdad".

La vocación religiosa de Ester Huneeus gracias a Dios no prosperó; ella estaba llamada a hacer con su vida un tejido diferente, y así como le vino, así se le fue su alucinante y alucinada intención. En el olvido de este frágil anhelo, que surgió probablemente a raíz de la muerte de Anita y de su intento por imitar la "santidad" de su hermana, puede haber influido la creación de su primer "libro" un cuaderno de relatos. Escritos algunos de ellos a la sombra del árbol preferido, la novel autora decidió titularlos "Faberland", mirando lo primero que tenía a la mano. O sea, unos lápices marca Faber que la habían hecho trasladarse, en la alfombra de Aladino, hacia el país (land) de sus adorables y desquiciadísimos cuentos. Recuerda su autora:

¡Era una fantasía! A la reina le nacían todos los días dos mil guaguas (mi locura por las guaguas), y se le morían varias, pero quedan unas cuatrocientas vivas cada día. ¡Imagínese la población del país!

Para entonces "Estercita" tenía 13 años y su destino estaba, ahora sí, decidido. En esta ocasión su voluntad tuvo más acierto y la realidad primaría

por encima de otros anhelos, bastante más volátiles. La escritura la agarró tan en serio que un año después los amigos del papá se reían a gritos con ese otro manuscrito que les iba pasando, por turnos, don Pancho, orgullosísimo del talento de su hija. "La familia bestia bruta" plagiaba sin vergüenza los chistes más conocidos de la época, contando anécdotas protagonizadas por los dos personajes (únicos) que allí figuraban. Tan amplia fue la demanda por el famoso cuadernito, que finalmente éste desapareció para siempre de circulación, gastado y desgastadas sus páginas entre el montón de literatos que conocía don Pancho.

¿Y su autora? Su autora confesará después que nunca en su vida había recibido tal cantidad de flores y de exquisitos bombones.

De cartas y otras ficciones

La fascinación de Ester por los escritores, en este mundo que se le abría por delante con brillante claridad, no tenía por cierto ningún límite. Y como escribir era lo suyo y eso ya estaba decidido, no encontró nada mejor la niña que atosigar el correo con unas cartas destinadas a sus más admirados autores. Le escribió a Selma Lagerlöf, la escandinava cuyos dramas morales adquieren unas formas épicas y fantásticas que, al tipo de imaginación de Ester, le venían muy bien. Habiendo devorado su obra más conocida, "La saga de Gosta Berling", el goce fue doble cuando Lagerlöf, laureada ya con el Premio Nobel, no sólo le contestó sino además le mandó una foto. En el jolgorio de la recepción, se instaló a escribirle ahora a Stefan Zweig y, por si acaso, a su actor favorito: Chaplin. Este también le envió una foto suya, pero... ¡horror!, sin bigotes. No la amilanó esta desilusión, porque *¡(yo) era tremenda de ejecutiva! (...) ¡y era tan exquisito esperar esas cartas y recibirlas!*

A Sigrid Undset, en cambio, la conoció con posterioridad y su admiración por ella puede tener dos lecturas: una, porque se convirtió al catolicismo en 1925; otra, porque aunque su fama se la debe al Nobel recibido en 1928, escribió varias novelas dedicadas a los problemas de la mujer moderna. No obstante, Ester caería en sus redes con la lectura de "Kristina Lavransdatter", ambientada en ese siglo XIV noruego que la había sumido en el máximo de los asombros. Cómo no, si en la novela esta hija de granjeros se lanza a la vida en busca de la felicidad, sin preocuparse de ningún convencionalismo... y enamorándose finalmente de un hombre con un tormentoso pasado. Linda historia para la fantasiosa adolescente, y más aún si se entiende que Kristina, para conseguir su objetivo, debe vencer la enorme

resistencia de sus progenitores: "Kristina se había ido calmando. Ahora miraba a la montaña (...). Unos rayos dorados filtraban a través; brillantes reflejos teñían el agua del arroyo. / Kristina empezó a llorar de nuevo: ¡Oh... padre, padre, si no volviera a veros en vida...!".

(A propósito de estas descripciones y de la casi total ausencia de naturaleza en su narrativa, Marcela Paz me explicaba una vez: *Siempre pienso que si le doy importancia a la naturaleza misma me voy a poner descriptiva y sentimental. Yo de niña me saltaba esas descripciones, porque me aburrían. Por eso prefiero el diálogo, las exclamaciones y todos los signos de puntuación, para que el lector-niño no se distraiga.* Respetando aquí sus afanes de entonces, me he saltado en esta cita los trozos que a ella también debieron "aburrirla").

Continuando con la intención de codearse con los famosos, empezó Ester a colaborar con una revista de cine que se llamaba "La Semana Cinematográfica". Allí publicó unos breves artículos 'biográficos' que simulaban ser traducidos de The Star "por una de nuestras lectoras". Se trata, sin más, de un punto de quiebre o, más bien, del primer peldaño de una escalera que sube pero a través de la cual no hay forma de descender. Por eso hay que ponerle ojo, porque aquí esa ficción que imagina la realidad de la entrevista es total. En ella Ester no sólo inventa el mundo sino también al narrador, la situación, el lenguaje y, en cierto modo, incluso al protagonista.

El fenómeno es muy simple: la niña le ha cedido el paso a la mujer; aquella ha cumplido 16 años y ésta es su primera publicación. Mucho antes, eso sí, la hija de don Pancho y doña Teresa se había hecho dueña de su primer libro, "Los cuentos de los hermanos Grimm" en inglés, juntando plata de su mesada. *Un libro bien gordo y con tapas gruesas*, un libro que todavía existe y se guarda en algún lugar del cosmos como una verdadera reliquia. Como existen y se guardan todos esos libros que una leyó de niña, esos muchos otros libros que una tarde en el tiempo revisamos juntas, las dos, en su casa de Vitacura; libros de páginas manoseadas que dan cuenta, sin querer, del goce persistente de las viejas lecturas. Fue una lectora siempre joven, ávida, Ester Huneeus. De ésas que, al mirar el mundo, sienten ganas de detener el sol para poder describirlo antes de que se vaya el instante. Ella, al fin, lo logró. No describirlo –eso lo hace cualquiera–, sino crearlo. Darle forma, darle vida a sus giros, como les dio vida y les dio cuerpo a sus personajes.

Son los primeros pasos de una escritora, siempre interesantes de conocer. Sobre todo cuando nadie sabe, ni ella misma tampoco, qué la espera a la vuelta del recodo, ni qué formas asumirá en la vida aquello que, para otros, pasa a ser destino personal... o tabla de salvación.

IX. Baile de estreno y el tarrito que suena

Se cuenta...

Se cuenta que un día... Todo pudo haber sucedido así. Algo hay en una tesis periodística y el resto es cosa de imaginárselo, ¿o no, Ester Huneeus?

Una mañana soleada, dos figuras femeninas caminan muy alegres por el centro de Santiago. Al parecer, ambas llevan una cierta premura. Una de ellas, la más alta y desgarbada, es Ester, que va del brazo con una amiga, cuya risa joven serpentea por la vereda ante algo que ésta acaba de decirle. Debe ser una acotación muy graciosa, porque los ojos se les llenan a ambas de chispas. Pero súbitamente, las dos muchachas se detienen, como aguzando el oído.

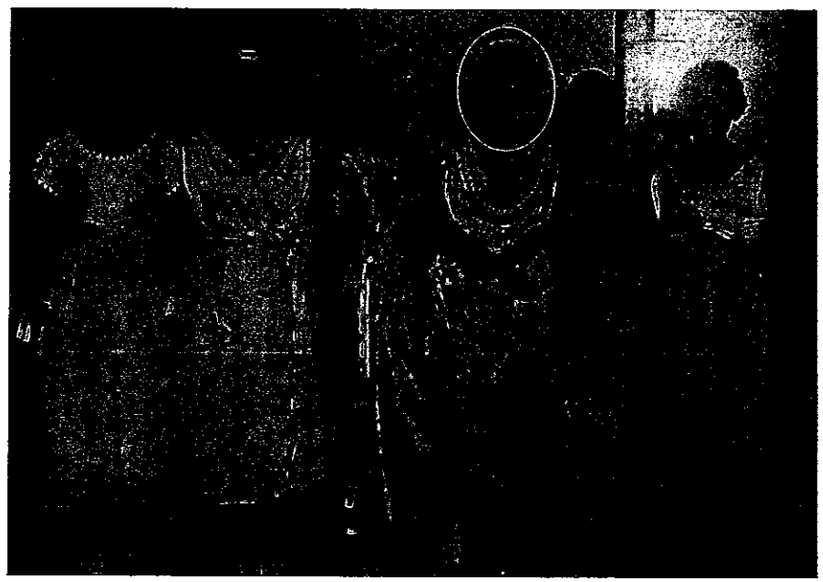
¿Qué será?

Fíjate, es como una matraca; no, es un sonido cristalino, a ver... Sí, algo así como un cascabel opaco, pero tiene ritmo. Ah, no, ¡no!, es la sonajera de un tarro, ¡un tarrito con monedas adentro, qué lindo se escucha! ¿Volvamos?

El dúo se encuentran ya muy cerca de la famosa tienda Gath y Chaves, inaugurada no hace mucho para el asombro de las damas elegantes de Santiago. No hay mejor lugar para encontrar lo que ambas buscan, el género para un traje de baile. Ester va a cumplir los 18 y su padre la ha convencido de que se estrene en sociedad "como todas las niñas del mundo, como Dios manda". Los argumentos fueron decisivos y ella, aunque todavía renuente, no ha podido rehusarse: "El baile de estreno", le explica don Pancho, "significa mucho más que un gran gasto, implica mucho más que un derroche de dinero y de energías. ¡Es todo un compromiso con la sociedad, hija! Un símbolo de tu entrada a la edad adulta".

Dejando atrás las vitrinas, las dos jovencitas persiguen la onda acústica emitida por el tarro, que se alarga insistente en su cantinela: "Una limosna para el cieguecito por el amor de Dios, una limosnita...". Frente a ellas, hay

1914. Ester y amigas.



1920. Ester en un baile.

una *chiquillona* de edad incierta, flaca, sucia, desmedrada y como dejadita de la mano de Dios. ¿Y sus ojos? Sus ojos son unas cuencas vacías, qué... horror. ¡Pero qué...! ¿Cómo te llamas? ¿Dónde vives? ¿Hay muchos niños como tú? ¿Quién te cuida? ¿Qué comen? ¡Qué espanto! Nos vamos contigo, guíanos, te acompañamos. (¿Y el vestido de baile? ¿Y esa preciosa seda que desplegaba sus rayos matizando los cristales?).

Un par de días después, las dos muchachas le piden a un amigo, con quien Ester ha estado jugando un partido de tenis, que las acompañe. Van a un lugar misterioso, no quieren que se sepa, no es necesario que vayas, pero... bueno, si quieres..., después te muestro mi última escultura... Y así llegan los tres en su automóvil a visitar a quienes la cieguecita llama *su familia*. Niños tirados en el suelo, a medio vestir, en la pocilga. Niños sin ojos, masticando el mendrugo de pan que había constituido su única comida... ¡No puede ser, Diosito santo, dime que es mentira, no puede ser!

Las amigas se miran y en un dos por tres, ¡manos a la obra! A limpiar, a vestir, a dar comida, a ayudar... ¿Pero qué hacemos con ellos, cuántos niños habrá, cuántos son? ¿Cuántas personas no tienen vista y viven en estas mi-se-ra-bles-con-di-cio-nes?

Pocos meses después, Francisco Huneeus Gana y señora invitan en su casa a un magnífico baile de estreno a toda la sociedad santiaguina. Su hija Ester se ve elegantísima, con esa silueta como de cisne que ella no sabe que tiene. *¿Soy de verdad la más cotizada de la fiesta?* Todos la sacan a bailar, los mozos sirven en silencio el champagne mientras esa música que sólo los reyes bailan invita nuevamente a girar. Y a girar a girar a girar... La cabeza, a Ester, le da vueltas... ¿podrán algún día bailar también los ciegos? ¡Papaáááá!

Don Francisco mueve los hilos. La voz se corre como los pelambres y las buenas calumnias. ¿Han visto la idea de esta niñita? Pero hay que hacer la caridad y la red social es rápida en tejer sus hilos. Ayuda, por favor, hay que ayudar a los ciegos... ¡Una ayudita, por el amor de Dios!

Tres años después, en 1923, se convoca por la prensa –y por la vía siempre eficaz del correveidile– a la primera reunión de ciegos en Santiago. El padre Damián Simon, de los Sagrados Corazones, ha prestado el teatro del colegio: hace tiempo que apoya esta loca idea de "las niñitas" junto con el deán de la Catedral, monseñor José Espínola.

¿Pero de dónde han salido tantos ciegos? Centenares de cabezas puro oído están fijas en un punto, de allá sale una voz. A ver, no se escucha, algo se mueve... ¿está temblando? No, es la señorita Ester, ella no tiembla, dice que la acompañan sobre el escenario otras cinco señoras. Es la señorita

Ester quien les está abriendo las puertas del paraíso... ¡Qué cantidad de personas, Dios mío!

Esa tarde se contabilizan 500 ciegos entre la asistencia. El desafío es inmenso y la rueda sigue girando. El giro del sueño, el vuelo de la imaginación, ¡qué lindo es volar! El giro de la realidad, su vuelta de tuerca, ya no es un baile. El vuelo de la realidad, ¡qué susto volar sin alas! Pero yo tengo alas, "¿Para qué quiero mis pies, si tengo alas para volar?". La pregunta se la hace una contemporánea suya en México, la pintora Frida Kahlo, quien como ese niño que se llamará Papelucho, escribe también su diario. Pero esta tarde, en Santiago de Chile, Ester Huneeus se asusta por un segundo, cuando se siente a 500 millas de distancia de los 500 ciegos allí presentes que no le piden ojos a la Estercita. No le piden ojos, sino alas para volar.

¿Qué ves allá lejos, bajando los cerros? Un pájaro. ¿Qué será lo que suena acá abajo, en la esquina? Un tarro, 500 tarros: el vuelo es la necesidad de ayudar. (Hay un pájaro verde parado en la esquina –ina... y si tengo alas para volar, ¡volemos!).

En 1924 se constituye la Sociedad Protectora de Ciegos Santa Lucía con personalidad jurídica. Se aprueban sus estatutos y se elige el directorio. Presidenta, la única casada del grupo, Juana Solar de Domínguez. Secretaria, la fundadora, la dueña de la idea y la más movida: Ester Huneeus Salas. Ella desempeñará este cargo durantes 25 años, hasta 1950. "De aquí al cielo", decía el lema del Hogar...

...*Y el cielo es la eternidad.* Ese es su grito de batalla. Vamos a enseñar Braille, crearemos un grupo de música: la Orquesta Santa Lucía está dirigida por Marta Canales; su cuñado también está privado de vista...Y también los hijos que tendrá Ester Huneeus con José Luis Claro se pararán durante años en todas las esquinas, hay un pájaro verde. Había que seguir pidiendo plata y para eso están las colectas, hay un pájaro verde parado en la esquina. ¡Una limosnita por el amor de Dios!

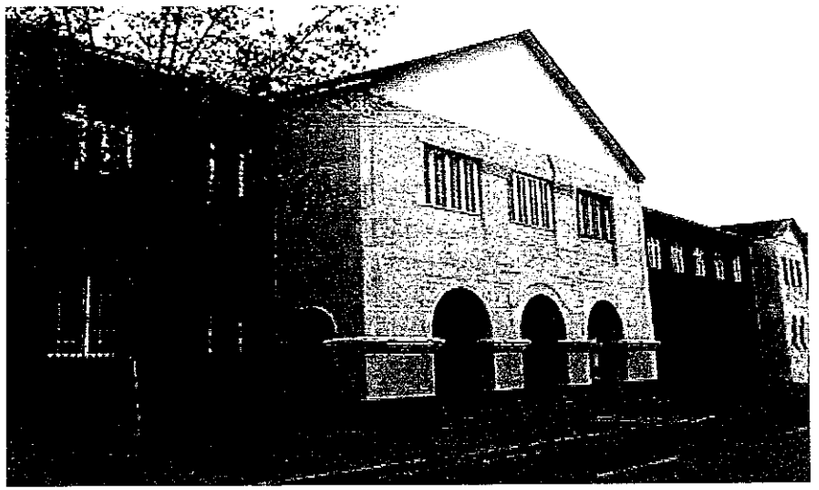
La Sociedad Santa Lucía es la primera en su género en Latinoamérica: el Hogar de Ciegos se ha hecho realidad y ya tiene su sede. Pero hay que seguir consiguiendo fondos. Las señoras-señoritas se movilizan: ¡a trabajar! ¿Qué sabes hacer? Vendamos jugos, vendamos sándwiches y empanaditas. Me conseguí un local fabuloso, ¿pongámosle El Boliche Indio? Instalado en pleno centro de Santiago, cómo está don Esteban, ¿va a traer a doña Matilde? Ester les enseña a los internos a escribir a máquina y a bailar. "¡Siempre le gustó bailar, a la Estercita!", cuenta Patricio, su hermano Pato.

Sí. Siempre le gustó bailar a la Estercita. Pero por su cabeza rondaban muchas otras preocupaciones.

Estamos en el año 1925, cuando se aprueba definitivamente en el Congreso la separación entre la Iglesia y el Estado. El fantasma del divorcio, que es más bien la primera reglamentación legal de los quiebres matrimoniales, se le viene encima a mucha gente. Ester es muy sensible a los niños, le encanta salir con ellos y a menudo se los "secuestra" a sus madres para ir de paseo. Definitivamente se entretiene mucho más con ellos que con los adultos, es que son *¡tan convencionales, por Dios!*

Su amiga Marta Cruz Coke, casi veinte años menor, da testimonio de algunos secuestros: "La Ester era muy amiga de mis padres. La primera vez que fui al cine me convidó ella. Fuimos al Teatro Real a ver "Blancanieves" y yo llegué a mi casa con los ojos llenos de estrellas... Me llevaba tomada de la mano para sortear, a las 6 de la tarde, las luces del centro. La Estercita me tejió mi primer vestido verde cuando yo tenía 10 años. Y me regaló una muñeca para que yo aprendiera a coser y le hiciera más vestidos, pero yo no tenía dones, así es que al final me los hizo todos ella. Misia Teresa me pedía que yo la acompañara a Pirque, y antes de tocar la campana para el rosario, yo la miraba mientras ella escribía bajo un árbol y la María Eugenia, su hermana menor, a la sombra de otro. Y para que yo no me perdiera, me amarraba a ella con un cordel... ¡Todo! Ester encarnó la figura del hada de mis primeros cuentos. Cuando se casó, en Pirque, yo tenía 12 años y lloré sin consuelo. Pero siempre me siguió convidando a Concón, a su casa de verano. Cuando nació su hijo Andrés, yo tenía 19 y me dijo: *Pon tus manos en la guatita, para que sientas sus latidos.* Yo no sabía aún lo que era una guagua viva antes de que naciera... ¡Ester tenía una sensibilidad tremenda frente a todo lo que a uno le pasaba! Adoraba a los niños y siempre me decía: *Martita, sé tú misma.*

¿Cuál era la gracia de Ester Huneeus? "Nos reíamos mucho juntas, tenía un sentido del humor muy liviano. Pero al mismo tiempo, una lucidez extrema, una capacidad excepcional para captar el ambiente". Capacidad que se pone en juego por esos años precisamente a raíz del problema de las separaciones matrimoniales, que empiezan a extenderse como una plaga en la sociedad chilena. Con gran dolor y preocupación, Ester percibe cómo se va densificando el ambiente para los niños, obligados a acarrear con un tremendo lastre emocional que se superpone, además, a una realidad coti-



1924-2008 . Hogar de ciegos Santa Lucía, en calle Salesianos (Llano Subercaseaux) fue el primero en su género en Latinoamérica. Durante veinte años fue atendido por las religiosas franciscanas españolas.

diana de enojos, silencios y desencuentros. Una realidad sin duda difícil de sobrellevar. Ella lo siente en la piel y, naturalmente, se hace cargo: a sus ojos previsores, hay que hacer algo ¡y rápido!

Acude entonces a sus manos, siempre inquietas por esa necesidad de escribir que constituye arma y talento. Y publica varios artículos sobre el divorcio en El Diario Ilustrado. Con esto, desde luego, no queda tranquila y, como el tema la sigue conflictuando por dentro, se plasmará en forma reiterativa en las obras más importantes que precedieron a "Papelucho" (1947). No de otro modo se observa en estas frases, espigadas aquí sin orden cronológico:

Cuando los niños lloran, lo que miran se desparrama en forma de estrellas. (La vuelta de Sebastián).

Willy se preguntaba con cierta indignación, ¿por qué me han traído al mundo? (Tiempo, papel y lápiz).

Mi vida es una tragedia (...) pobre criatura madurada a la fuerza (...) tironeada entre dos fuerzas (...). Mi madre ha dado un escándalo (...). La gente es muy cruel con sus semejantes (...). La dejan sola en el charco (...). Soy hija del escándalo. (Soy colorina).

Quizás el dato bibliográfico más relevante sea, en este sentido, la escritura del primer "Papelucho", texto concebido en 1934 en la agenda para niños que le regalara su novio. Como tal, este libro no ha sido publicado hasta ahora, aunque se sabe que dio origen al "Papelucho" que hoy conocemos. La factura de éste, por otra parte, es casi la misma, si bien en éste la uniformidad que presenta el lenguaje se aúna al tono general del diario. De aquí se elimina también la voz adulta, y desaparece el asunto del divorcio, que en la libreta de José Luis se despliega en un abrumante telón de fondo. Ahora, sin más afán que el de detectar realidades, la pregunta que surge es: ¿qué hay detrás de esta obsesión, la del divorcio, que buena parte de sus obras trasuntan? ¿Alguna experiencia vivida o simplemente es la actualización de un miedo generalizado, de esos que se despiertan con frecuencia en los hijos pequeños cuando ven discutir a sus padres? ¿Se tratará de un mero resabio de esos miedos de infancia o hubo una experiencia concreta, encubierta por esa nube de silencio que sólo rompe, oh paradoja, la escritura?

Con respecto a su propio matrimonio, la respuesta es unánime: Ester Huneeus tuvo una feliz convivencia con su marido. Y como no bastara con el tenor de sus propias confesiones, otras voces dan testimonio de la rela-

ción entre ellos: "Una pareja ideal"... "Sólo una vez escuché discutir a mis padres en voz alta"... "Me quedó la sensación de una buena pareja, que se estimaba, se respetaba y se valoraba"... "¡Sus mundos eran tan privados! Mi mamá era muy gringa en eso, no mostraba sus sentimientos. Así fue educada y así también fue con nosotros".

Su amiga y vecina Teresa Walker, que después irá a ser su consuegra, reconstruye desde un sitial privilegiado diversas situaciones: "Fue un gran amor. Él gozaba con ella; le aceptaba todas sus cosas. La quería mucho, la admiraba, la respetaba: 'son cosas de la Ester', decía. ¿Se le quedó la puerta abierta, la cartera arriba del techo del auto? ¿Abrió el portón con el cigarro e intentó fumarse las llaves? ¡Se le quemó el guiso en el horno! 'Son cosas de la Ester', repetía José Luis. Él la contemplaba; ella se desvivía por él".

¿Habrá experimentado entonces cuando niña un temor real de que sus padres pudieran separarse?

"Difícil"..."No solamente porque el significado de la palabra fatal prácticamente no se conocía, sino porque en el hogar de los Huneeus Salas se escuchaba sonar fuerte una sola voz, la de don Pancho"... "Doña Teresa le llevaba el amén, ella tenía su mundo y ante cualquier eventualidad optaba sabiamente por el silencio, aun frente a cualquier disidencia que hubiera en la mesa". Además, si hubo algún roce entre los padres, nadie lo recuerda: el matrimonio funcionaba perfectamente dentro de los cánones más tradicionales de la época.

Sí, había cariño y se respiraba probablemente esa atmósfera, a pesar de las diferencias de temperamento, pero... Habla aquí la propia Ester: *Cuando chica, el divorcio me preocupaba mucho, porque si mi papá y mi mamá discutían, yo al tiro tenía el problema: ¿con cuál de los dos me voy a ir?* Y por eso más adelante ella dirá, por boca de Marcela Paz: *Para el niño es muy perturbadora la separación de los padres.*

El capítulo se cierra entonces con un regreso al origen. ¿El divorcio? Un tema. Una respuesta literaria frente a las amenazas del medio, de las cuales se hace cargo la sensibilidad de la autora, particularmente receptiva frente a los sufrimientos posibles de los niños. Nada de esto invalida que, en su respuesta literaria, ella acogiera ese temor real que viviera de niña con gran intensidad. Ni tampoco que, dada la época, los desacuerdos conyugales asumieran por entonces esa formalidad que mitiga la voz del río cuando piedras lleva: algo más, entonces, que una simple preocupación.

Lo más importante es establecer que esa realidad configurada en la ficción, en la literatura, no corresponde exactamente a la realidad de la experiencia vivida. Huneeus, como todo escritor, crea muchas veces sobre la base de su intuición, sin necesidad de haber experimentado en carne propia las situaciones narradas. Porque la plasmación lingüística del universo literario apunta a esa "verdad de las mentiras" de que habla Vargas Llosa, refiriéndose a la "realidad" de la ficción literaria. A fin de cuentas, una y otra vienen a ser lo mismo.

Los seudónimos

En el intertanto, Ester Huneeus escribe. Y esta vez se dedica a cazar insectos en las páginas de un libro, inspirada tal vez en las travesuras pictóricas de su hermano cuando chico. "Pancho en la luna" (1927), su nueva obra, le proporciona el primer premio literario de su trayectoria al obtener el segundo puesto en el Concurso Sanidad, que declarara desierto el primer lugar. El texto se publica en un folletito que aparece en la colección Lectura Selecta, donde se difunden temas relacionados con la higiene pública y con esa "ausencia de salud"–nótese el eufemismo– que, fruto del hacinamiento y otras causas, a tantas personas preocupa. Pancho, el experto pintor hiperrealista que dibujaba plagas sobre el muro de la casa paterna, aparece en el libro de Ester convertido ahora en miniatura frente a una tremenda mosca que deja huevitos en su pieza. Hasta que *volvió a ser grande como todos los niños* y a andar *muy lavado*, para que su cuerpo no incubara *esa cría de animalitos sucios tan hediondos y que hacen sufrir tanto*. La firma es de Gotta Vonovon.

El país, por su parte, se ve enfrentado a una serie de problemas bastante más serios que los de Pancho e incluso que los de la pestífera salud pública. La crisis mundial del año 30 se avecina, aunque la debacle bursátil de Wall Street aún no derrumba aquellos sueños de omnipotencia que sobreflotan babélicos rascacielos en la ciudad de Nueva York. Nadie advierte los coletazos de este monstruo, que irán a afectar sin remedio el enceguecido fluir de un mundo escapista. Sin embargo, acá, dos años antes de todo esto, Francisco Huneeus Gana decide poner en venta la casa de Dieciocho a instancias de Ester, su primogénita: ella quiere evitar con esta medida que la familia tenga que deshacerse de su fundo en Pirque.

¿Qué ha ocurrido? ¿Se habrá detenido de pronto ese giro, tan previsible al fin y al cabo, de la rueda que simboliza las veleidades de la diosa Fortuna?

Según recuerdos de su hijo Patricio lo que sucedió es que, don Pancho fue viendo debilitada su postura a partir de 1924, por su oposición inapelable, "clara y concienzuda", frente al gobierno de Arturo Alessandri.

Su labor empresarial en el área de ferrocarriles –trazado de líneas en varios tramos del territorio– no fue esta vez solventada por el fisco; el parlamento le dio la espalda al senador derechista y no aprobó la ley de presupuesto que financiaba sus inversiones. Y aunque Francisco Huneeus preveía esta eventualidad, no varió ni un ápice –cuenta el hijo– su determinación de continuar adelante con las obras, hasta terminarlas y entregarlas al Estado. A partir de esta fecha, los recursos tuvieron que salir íntegramente de su propio bolsillo, situación que lo llevó a endeudarse y sacrificar parte importante de sus bienes.

Contra todo lo esperado, sin embargo, y justamente a causa de este revés grande de fortuna, el hermano de Ester retiene la imagen de un padre que da gracias por esta experiencia. Y don Pancho siempre decía que con esto no sólo aprendió a poner los pies sobre la tierra, sino a asumir con mayor humildad los caprichos del éxito. Y así, tras la venta de su casa y un par de mudanzas que buscan encarar esta nueva realidad económica de la familia, el senador se anticipa a las consecuencias sociales y económicas más evidentes de la crisis, que se irán viendo muy pronto en las calles de Santiago. Carruajes repletos de enseres, cuyos dueños han llevado hasta ahora un tren de vida principesco y a quienes la quiebra o el sentido previsor han empujado a emprender nuevos rumbos, desfilan día a día hacia las afueras de la ciudad. Hay que salvar el honor y lo que resta del bolsillo familiar antes de que sea demasiado tarde; ponerles candado o vender las mansiones capitalinas y refugiarse en la beatitud sin sobresaltos de la vida campestre, donde techo y comida están asegurados y dónde *el tren de vida* se puede bajar sin escándalo. Muchos colegios de provincia abren sus puertas para estos hijos de familia que antes desdeñaban su educación.

En el caso de los Huneeus Salas, las cosas se dan de manera un poco distinta. De buenas a primeras, todo pierde relevancia ante la fuerza implacable de los hechos, que los obliga a detener su ritmo tras el advenimiento súbito de dos grandes sucesos. Pancho, el hermano de las falsas moscas, ha crecido como todos y se ha ido a París a estudiar dibujo, pero al poco tiempo cae allá gravemente enfermo, oficialmente de diabetes. Alguien opina que se trata de una flebitis, aunque según su hermana María Eugenia el asunto deriva (cosa rara) en una peritonitis... Sólo a su vuelta se desenredará la confusión del diagnóstico, cuando se decida en Chile aplicarle insulina. Por otra parte, ha muerto la abuela Anita, para gran tristeza de todos y en particular de Ester: el consenso general afirma con certeza que la mató la prolongada ausencia de su nieto Francisco.

Don Pancho toma, entonces, el toro por las astas y, tras los preparativos de rigor, en 1929 se embarca con la familia completa en el *Cap Arcona* para acompañar al enfermo, que ya ha sufrido varias crisis. En las bodegas del barco se mece la desconcertada vaca que surtirá de leche a los niños, sin saber la pobre que su destino final será, naturalmente, París. En la capital francesa permanecerán los Huneeus en total cinco meses, aunque la mayor adopta la ciudad, estratégicamente, como centro de *operaciones*. Desde allí, en efecto, Ester no sólo viaja con su padre a Hamburgo sino, a pesar de los cargantes mareos que la atormentarán hasta el fin de sus días, arriba una mañana a Londres para visitar a su tío Antonio Huneeus, embajador de Chile ante el Reino Unido. Preocupado hasta el insomnio por la enfermedad de su sobrino, nada mejor para él que el reporte directo y las increíbles anécdotas de la más divertida de sus sobrinas.

De regreso en París, Ester toma clases de escultura con el famoso escultor Rivoire. Éste le ha sido presentado por un pintor amigo y acepta a la joven como alumna particular, tras el examen minucioso de sus figuras en arcilla. Al mismo tiempo asiste a clases de pintura con su hermana Yola, la misma que le dará vida gráfica a Papelucho un par de décadas después y según la inspiración de su autora. Sucede, no obstante, que a pesar de sus múltiples talentos, Ester prefiere definitivamente esculpir y trabajar con el volumen, en tanto que Yola continúa soltando su mano para lograr ese trazo seguro y sugerente que le conocemos: sus dones, por el momento, se plasman en el dibujo.

Hay algo, sin embargo, que atrae por igual la fascinación de ambas hermanas y no es sino esa loca alegría que les proporcionan a las dos las clases de baile. Es la época en que París se arrebata con la voz de Gardel y la sensualidad misteriosa del "tango apache", que el año anterior había remecido al "Teatro Fémina" y marcaba un hito en la abarrotada cartelera de espectáculos. Mientras baila, y baila, y baila, Ester sueña que flota como una libélula oscura entre los flecos del bandoneón, en tanto que la romántica Yola se ve adormecida con su hilera de perlas en los brazos de un príncipe.

Las habilidades de Ester en el moldeamiento de la figura humana se van perfeccionando día a día y la voz se corre entre quienes visitan a la familia en Europa. Artistas de mayor o menos renombre, amigos, parientes... El camino para ingresar a la Escuela de Bellas Artes, tras su regreso a Chile, estará tan bien pavimentado para la joven que logrará tener como maestros a los mejores en su área. Entre otros, contará con el estímulo de Rebeca Matte, la famosa escultora chilena de larga estadía en Italia, cuyas

1920. En clases de escultura del profesor Rivoire.

1921. En su casa de calle Dieciocho.

1925. Ester Huneeus.

Cabeza de bronce.

Eugenia Huneeus en arcilla.

1930. En Pirque con sus amigas.

1937. Ester en Concón.

enseñanzas le resultan fundamentales a Ester para obtener un realismo a lo Rodin en sus obras. El aporte de Virginio Arias y Samuel Román para su formación artística no será, desde luego, menor. En relación con esto, interesa destacar el hecho de que Ester, venciendo su naturaleza extremadamente tímida, da un tremendo paso cuando al fin se atreve a exponer su obra escultórica en forma individual en Santiago. Sin embargo, cuando monta la exposición, lo hace sin dar la cara, escondida bajo el seudónimo de Ada Romo, a quien la crítica le entrega puros elogios.

¿Por qué ese afán de enmascaramiento, que se irá repitiendo hasta el cansancio también en el ámbito de la escritura?

En un somero aunque no exhaustivo registro de los nombres que por seudónimo ha ido escogiendo, vemos que en los tiempos de "El Diario Ilustrado" ella firma sus artículos –de diversa índole– como P. Neca: "Peneca" es el nombre de una famosa revista infantil chilena, muy admirada por ella y obviamente por todos sus hijos. Después, cuando su libro "Liselotte" gana el Premio Andino, aparece bajo la rúbrica inocente de una tal Paula de la Sierra. Más adelante, acudiendo a su habitual ingenio, utiliza el nombre de Retse (Ester al revés), mientras en otra ocasión inventa el de Nikita Nipone: *ni quita ni pone* es un dicho local que alude a situaciones u objetos irrelevantes. De lo que no cabe duda, y así lo reconocerá la propia involucrada, es que Huneeus siempre odió "exhibirse". Y cuando se decide a hacerlo, cuando se decide a publicar (o exponer sus esculturas), Ester inventa sus nombres sugiriendo identidades falsas o viéndose, a sí misma, otra. Dueña de un espíritu lúdico, ella sigue jugando de adulta, como un duendecillo travieso, a las escondidas, igual no más que cuando era chica. El funcionamiento de este mecanismo de ocultación puede entenderse a través del análisis de un ejemplo como el de Nikita Nipone.

En primer lugar, este seudónimo evoca ciertos temas de espionaje con aires de exotismo político: Nikita Nipone suena a algo así como entre ruso y japonés, pero en definitiva no es ninguna de las dos cosas. Y según lo sugerido recién, la expresión resulta no sólo sumamente chilena, sino recuerda directamente esos dichos evasivos tan propios del lenguaje del huaso ladino: ni quita ni pone, o sea, nada. Esto trasluce, de paso, algo más que un mero sentido del humor; algo más que esa fría ironía que Huneeus suele aplicar sobre sí misma y su arte. Disimulada o no, late aquí una cierta inseguridad y, sobre todo, la escasísima consideración que la artista tiene a su propio talento: *Yo escribo para entretenerme.*

¿Se puede hablar aquí, propiamente, de humildad? La voz autorizada de su amiga de juventud, Marta Cruz Coke, puede inducir a reflexión: "La humildad no consiste en creerse menos, sino en evaluarse como uno es, con toda honestidad. Valorar lo que me dieron y sacarle provecho. Y Ester Huneeus era humilde. Nunca se comparaba con nadie, era sumamente tranquila, pero sabía aquilatar lo que era".

Los cuadernos dirigidos a sus dos hijas, por lo demás, hablan claramente de ese sentimiento de inadecuación que la torturaba cuando joven, sentimiento no explicitado cara a cara –salvo en la privacidad de sus notas personales–, pero al que ella le da inusual cabida en su escritura. Concretamente, así la leemos en una de sus novelas, donde se juega entera por boca del personaje de Mariana, verdadero *alter ego* literario de Ester. La novela se llama "La vuelta de Sebastián" y allí Mariana, la nuera disidente de esta encopetada familia, no sólo se sabe distinta y se considera marginal, sino que encerrada simbólicamente en el escritorio de su suegro (reducto masculino), ella pone su vida entera en cumplir su anhelo: ser escritora. Es en la escritura, en ella y nada más que en ella, donde encuentra al fin su identidad:

> *A veces pienso que si pudiera gritar saldría de dentro algo que es mío (...). Yo no puedo saber quién soy ni lo que quiero. Sólo sé que lo que hago siempre es lo que no deseo hacer, que lo que digo es lo que no pienso, que lo que siento debe ocultarse como un defecto (...). Soy tan distinta a todo esto, tan extraña al medio...* (Mariana).

Ester también es una extraña en su medio; Ester también se siente diferente. Y por eso la frase decisiva que escuchó desde niña se transformará muy pronto en una máscara más entre todas las que la ocultan. En una imagen de sí que ella se encargará de perfilar muy bien, sin hacerle asco a sus propios talentos: "La Estercita, ¡tan original!".

X. Nacimiento de Marcela Paz. El amor y una libreta

Un repaso crítico

"Tiempo, papel y lápiz" es un buen nombre para un libro dispar. Aparece en 1933 y consta de 13 cuentos más un Preludio, que es precedido a su vez por una Advertencia:

> *Pido a mis lectores benevolencia. Son simples ensayos, meros pasatiempos. Tres son las clases de libros que se encuentran: el libro interesante, el libro matatiempo y el libro aburrido. Este pretende figurar en el segundo grupo. El que busca algo bueno, ¡no lo lea! (...). Libro pasatiempo, descuidado el estilo, incoherente, disparatado, fácil de digerir. Ni resta ni agrega nada (...).*

¿A qué tanta explicación? Una vuelta más al tema de la inseguridad y la escasa autovaloración o el buen sentido crítico de su autora, quien al fin ha encontrado su voz: el libro aparece firmado efectivamente por Marcela Paz, inaugurando así su mejor seudónimo. Marcela, por Marcelle Auclair, Paz por la paz del mundo. Y porque ella, como lo reconocerá después la escritora, necesita personalmente mucha paz. ¿Se la dio, finalmente, su segundo nombre? Difícil saberlo. Lo que sí queda claro es que por éste y no su por nombre de pila ella se hará tan famosa, casi, como su personaje Papelucho.

El Preludio de "Tiempo, papel y lápiz" está escrito en un lenguaje interesante, salvo por un par de desaciertos que se evidencian en la gran metáfora de fondo, algo así como para qué nacemos. Se observa lo mismo en la forma de utilizar, también confusamente, ciertos elementos gramaticales y estructuras lingüísticas que no quedan bien en español. Como si el inglés, como segunda si no primera lengua de Ester, hiciera aquí de las suyas. Por otra parte, el personaje central, Willy, no aparece claramente delineado: ¿es un nonato, un niño sano que nace o un niño que nace enfermo? El hecho es que, tras el impacto incluso físico que le significa venir a esta vida (o a

lo que constituye *su vida*), Willy pasea una mirada crítica por el entorno familiar (padres y visitas), se recoge sobre sí mismo, se deprime y muere.

¿Una forma de evasión de la realidad? ¿Uno de los rostros –metafóricos– que asume aquí la locura? Lo cierto es que él no entiende el mundo. ¿Se representa Willy a sí mismo en su radical fragilidad o habla por boca de Marcela Paz en nombre de las personas vulnerables que pueden trizarse ante la incoherencia del universo adulto? "El mundo le llegó una mañana (...). Vino el mundo y se envolvió en torno suyo".

El drama más hondo no es morir, sino nacer y así lo comprende la autora en esa línea existencial que inauguran, literariamente, Sófocles, Calderón de la Barca o Shakespeare. El desconcierto es grande en el recién nacido. El mundo se le hace ancho pero también ajeno. Es injusto nacer en un entorno en que todo parece entrometerse: *la luz, atolondrada e intrusa* produce tanta inseguridad como las leyes de la vida; la tiranía de las costumbres y la tradición es inexorable.

Ester Huneeus sabe exactamente por qué habla de este tema bajo el seudónimo recién estrenado. La única salida, sugiere el texto, es concretar algo, reducir la ambición y detentar los niveles de rabia que cada miembro experimenta por su cuenta. La tragedia de vivir reside en que los hombres buscan desarrollarse como un reloj, creyendo que exactitud, precisión mecánica son el objetivo único de la existencia. Otros tópicos, sin embargo, aparecen dentro de esta fina aunque satirizante visión. Por ejemplo, la pobreza y la riqueza, el valor que se le asigna socialmente a ésta, la marginación que deriva de la primera. Las crisis dan lugar a la hipocresía de las formas y se despliega con acierto el motivo literario del encierro y del claustro. El planteamiento más original se relaciona con la educación en el seno de la familia: ¿quién debe educar a quién, los padres a los hijos o al revés? La pregunta que se formula Willy es muy simple pero, trascendiendo el mero juego de palabras, adquiere para éste ribetes ciertamente angustiantes: ¿no habrá que educar a los padres en vez de dejarse educar por ellos?

He aquí la gran tragedia. La religión se vive de un modo inconsecuente, en ella priman temor y castigo. Y mientras tanto, la muerte divide al mundo en dos trozos o, más exactamente aunque es lo mismo, el mundo deja en un momento de abrazar a Willy y éste *cae*. O pierde la noción de realidad, o bien, perece. Para decir esto, Marcela Paz acuña una imagen de alto logro expresivo:

> *Horas, días y quizás muchas noches se enlazan como cadena de eslabones pesados. Ya no recuerda el sol ni le entusiasman los juguetes que le pueden traer; ni los ojos que miran en los suyos con insaciable curiosidad. Ya no se pregunta por qué ha venido al mundo ni para qué, tampoco. Todo le da lo mismo, ni le importa el porqué (sic) los sucesos no tienen explicación. / El mundo se va alejando, se va saliendo de él poquito a poco, con una suavidad que hace contraste con la forma violenta en que llegó. / Se va perdiendo todo, va borrándose, se va quedando fuera... / El abrazo con que rodeaba a Willy se desprende, y cae la vida abierta en dos cascarones, como una nuez madura.*

El relato, a fin de cuentas, está bien escrito, aunque a ratos la imagen axial que lo sustenta parece debilitarse, oscurecerse y de pronto, sin previo aviso, su sentido semántico se aclara para retomar el ritmo. La fuerza que late en la escritura, por otro lado, es potente y refleja muy bien la marejada en que está sumida interiormente su autora. Una mujer que aquí sí se insinúa tal cual ella se ve: *una mujer llena de borbotones por dentro.* Quiere hablar pero también quiere ocultarse; he ahí la raíz del dilema que se advierte bajo cuerda en esta obra temprana.

Los demás cuentos interesan menos, aunque el libro tuvo, en su momento, una buena acogida y recibió incluso el beneplácito de Alone (Hernán Díaz Arrieta), el más importante crítico chileno de la época. Según cuenta Ester, así celebró éste el ingreso al mundo literario chileno de su *milagrosa imaginación*:

> *(Alone) me mandó con Amanda Labarca una carta fantástica (...) y decía que había que preocuparse de esa "cosa" (ella) que no sabía nada de castellano, pero que tenía otra base muy importante.*

Alone tiene razón; todavía no está firme la mano de Marcela Paz y aquí se la ve vacilar –porque vacila la propia Ester– en la armazón consistente de una buena historia. Ella misma lo advierte cuando, mucho después y con toda su experiencia a cuestas, rechaza con vehemencia –y evidente injusticia– su primer libro: *Es macabro*, dice, *es un bodrio*.

¿Quién es, un zorzal?

Muy distinto será el tono con que ella celebre, al año siguiente (1934), la elección del hombre que pasará a ser, más que un compañero de rutas, el eje de su vida. La verdad es que ha sido "fascinante" trabajar juntos en la enseñanza de los obreros, en una actividad que aúna nuevamente en su vida el imperativo

Santiago, 11 de Agosto de 1933-

Sra.
Amanda Labarca.

Mi estimada amiga,

He leido detenidamente todos los cuentos de Ester Huneeus y me parece, como a Ud., que esta niña tiene un don de inventiva sencillamente genial. Inventa historias-raras, improvistas, que no se sabe a donde van, que a veces se entienden bien y encierran algún símbolo o alguna intención irónica, tierna, sigmifica, y a veces no se entienden muy bien o podrían entenderse de varias maneras; pero que siempre interesan, atraen la imaginacion y, sobre todo, sorprenden por un aire de frescura y atrevimiento exótico. ¡Que facilidad para personificar hasta las cosas en apariencia menos personificables! Por ahí hay todo un drama debajo de la suela de un zapato. En otra parte, las tripas de un señor que siente hambre "toman actitudes melodramaticas"...Uno diceisoto va a resultar grotesco. Y no es así. La salva siempre una especie de candor o de inconsciencia alucinatoria que creo la verdadera señal de fortaleza la fantasía creadora. Revela mucha inexperiencia en materia de lenguaje. Su prosa tiene todo el aire de una traducción literal de un idioma muy di distinto del castellano hecha por un escritor que posee muy bien el otro lenguaje y bastante poco el nuestro. Las palabras y hasta las frases suelen rebelarsele y la ortografía anda por su cuenta. Yo por sé, como se lo dije a Ud., hablar con ella y hacerle advertencias gramaticales o retóricas o recomendarle algunas profesor. Hablando con su padre, le indiqué las clases de Estética de Eduardo Solar como la más apropiado para la formación de su gusto literario y con el mismo Eduardo conversamos sobre la conveniencia de un curso de Técnica Literaria destinado a Ester Huneeus en especial y que podría estenderse a un grupo. Despues, pensandolo, he sentido cierto temor. ¿No le haría daño? ¿Es tan delicado influir sobre un temperamento? ¿No habría el peligro de hacerle perder esa maravillosa inconsciencia, ese candor atrevido que constituye el fondo de su encanto? Sería como retocar una flor que no está muy bien hecha, pero que ha brotado de pontaneamento de la tierra y del aire y que solo el aire y la tierra podrían modificar. Si una persona está soñando un sueño muy hermoso ¿Como decirselo sin que despierte? El elogio y la censura me parecen igualmente aventurados para el caso. Lo único seguro, aunque lento, sería recomandarle que leyera autores españoles, muchos autores muy españoles, hasta impregnarse del genio del idioma, para que se formara y se corrijiera sin saberlo ella misma, desde adentro. Es decir, un procedimiento natural de riego y de abono, una transformacion del material sub-consciente. ¿Tendría, por otra parte, la voluntad y la capacidad de disciplinarse, de entrar en las pequeñeces del oficio, en la parte mecánica, pesada, larga? Sin embargo, yo querría señalarle un cuento, a mi juicio el mejor, verdadera obrita maestra "El Sexo Débil." Y decirle: ese es el buen camino. Casi cada frase es un hallazgo de expresión y de gracia, de intención y de lividnura. ¡Y cuanta poesía! Y tambien otro cuento, La Cama Nº 33. malo, melodramático, buscado, forzado, representante del mal rumbo, de lo que no debe hacer ni buscar. Entre esos dos polos cabría todo un curso de técnica. El idea sería que ella misma se lo hiciera, leyendo y preguntando. Por razones que Ud. sabe, yo sólo creo en el auto-didactismo...

De todas maneras, estimo que Ud. debería publicar en un volumen no todos los cuentos, sino casi todos, exceptuando unos pocos y corrijiendo ligeramente algunos.

Es demasiado rara entre nosotros la nota de Ester Huneeus para que vaya a perderse. ¡Pensar que real y verdaderamente tiene fantasía! Recuerdo que Alberto Edwards me preguntaba siempre: -Y como anda la fantasía? -Yo le contestaba que andaba mal. Y la verdad es que yo nunca he servido sino para copiar vilmente las cosas que veo; pero por lo mismo me encanta y me maravilla ver que hay personas capaces de inventar y que se mueven con tanta soltura en un mundo imaginario, como Ester Huneeus. Lo encuentro delicioso. A cada paso se me figura que ya no va a tener mas que decir, que no va a saber como salir del paso, que se ha metido en un callejón sin salida; y siempre resuelve el problema del modo mas simple y tan sin trabajo, con otra invención. Dicen que la literatura chilena y americana no tiene más horizonte posible que el criollismo, la observación de la "realidad autóctona" etc, etc. Teorias. La perspectiva que tiene nuestra literatura, como todas, es que aparezca en ella, cualquier dia, porque sí, un escritor con talento literario, con fantasía creadora, y eso no se produce por receta, ni por cultura ni por ningún motivo razonable, sino por milagro. En los cuentos de esta niña asoma a cada página el milagro. Digaselo. De su parte y de la mía.

Y que si quiere, conversemos.

Hasta luego.

La saluda con todo afecto

su amigo

ALONE

1933. Carta de Alone a Amanda Labarca.

del entorno: el de acometer la acción social con un sentido religioso. De modo que cuando ella recibe de parte de José Luis esa agenda del año entre cuyas páginas nacerá Papelucho, cada uno de los árboles de Pirque, el cielo entero y los muros de la casona campestre serán testigos mudos de sus sentimientos más íntimos: ahora ya no caben las dudas. La simpatía y atracción mutuas se han trasformado en amor y para Ester, esto es fácilmente reconocible, aunque no le guste hablar de ello. El amor, cuando aparece, se llama amor y punto.

El matrimonio se realizará en la iglesia de Pirque al año siguiente y la foto que representa a los novios allá arriba de la escalinata se configura como un símbolo del futuro. La vida en común, insospechadamente breve e insospechadamente intensa, irá subiendo a lo alto en un cauce que representará para ambos la plenitud del ser sin ningún apellido. El vestido de novia, según las amigas, se lo confeccionó ella misma *con ayuda de una costurera*, pero con esas manos suyas que ya no fueron de monja ni serán, nunca más, de solterona.

Por esa misma fecha, verá la luz pública el mencionado libro "Soy colorina", ganador del Concurso Club Hípico 1934. Dudosa todavía con respecto a su nombre literario, la firma del manuscrito corresponde otra vez a Paula de la Sierra. El dilema de los nombres de pila que la rondan quedará resuelto, a poco andar, cuando hayan sido bautizadas como Marcela (Paz) y Paula (de la Sierra) las dos hijas que nacen después del primogénito, Luis Raúl (Raúl, como su suegro). Sus hijos menores se llamarán Andrés y Francisco: el segundo agrega con su sobrenombre otro Pancho a la familia, y Andrés es el mismo que vimos nosotras aparecer, cuando niñas, sobre el muro blanco de ladrillos, en la casa de Américo Vespucio con Candelaria Goyenechea. Los niños, como su padre, le dirán siempre *Linda* a esta mujer que, hasta su muerte, siguió considerándose fea y, a excepción de sus manos, sin gracia ninguna.

Una especie rara, como la protagonista de la historia que inaugura "Soy colorina". Este volumen le da curso, en realidad, a doce relatos: el número trece de su primera publicación queda atrás para siempre, evocando quizás qué simbolismos para la autora, que puede haber considerado la tradicional mala suerte asignada, por tradición popular, al número 13. Pero, fuera casual o voluntaria la primacía del 12 para la edición de estos cuentos, los jueces que le otorgaron el premio destacan entre sus logros algunos que denotan claramente una madurez en la pluma. Por ejemplo, la capacidad de introspección de los personajes, la novedad y destreza en el estilo, lo acertado de las imágenes, la tendencia a la mordacidad en el lenguaje, el

1935. Matrimonio de Ester Huneeus y José Luis Claro, en el fundo La Isla de Pirque.

"espíritu cáustico y observador". Cualidades todas que, unidas a unas "relevantes condiciones de psicólogo" (el jurado no sabe si se trata de un autor o de una autora, a pesar del seudónimo femenino), se manifiestan cabalmente en "Hojas de un diario", sin lugar a dudas la mejor narración del volumen.

Otra de sus historias, titulada "Liselotte", que individualmente recibiera un premio, se desarrolla también con un ritmo ágil y en un lenguaje muy coherente con su estructura, aunque interfiere a ratos el tono tajante y pontificador que asume la voz narrativa en primera persona. De alguna manera, sin embargo, ésta da cuenta de esa especie de desconcierto en que aparece sumergida la protagonista por las circunstancias que se desarrollan en la historia y esto evita que se invalide la fineza de la escritura.

Los demás relatos, salvo "Chuquito" –donde el cuento de raíz folklórica adopta una entonación nueva, entre irónica, tierna e ingenua–, se desdibujan como universos creativos por el sustrato moralizante de sus líneas. La autora, entretanto, incapaz de describirse a sí misma como la editorial se lo solicita (*no puedo ser sincera sin ser ridícula*), opta por cerrar el tema sobre su persona, saliéndose por la tangente en la presentación y diciendo que *en una sola palabra, Marcela Paz es un zorzal*. Esquiva ¿no? Pero ágil, saltarina, inteligente y volandera. Libre como un pájaro, lo que en parte es verdad, y acudiendo inevitablemente a su espíritu lúdico. Porque, a la postre, ¿quién es, un zorzal?

Retomando ahora desde otro punto de vista "Hojas de un diario", narración en verdad hermosa y bien construida, se advierte hasta dónde el asunto del divorcio se hace carne y sangre en las vicisitudes de la joven protagonista, cuyos padres se han separado. La madre es, naturalmente, objeto de escándalo por la vida que lleva, es decir, por atreverse a incorporar algún "tío" al dual esquema familiar, mientras el padre se mantiene intocado: él es hombre y sus avatares sentimentales, si los hay, a nadie le interesan. Ni siquiera a esta hija única, que vive con la madre y que lo adora. Ella va creciendo, entonces, entre la cruel censura de "la gente", en una marginación que pasa a ser universal y que se relaciona básicamente con la hipocresía, con el dedo índice apuntando al otro y con la trasgresión (o no) del qué dirán.

Hasta aquí, todo bien. Salvo que la protagonista transcribe en su diario pensamientos que claramente pertenecen a su creadora (tal como lo hacía Mariana en "La vuelta de Sebastián"), expresando ciertas ideas que pueden sonar un tanto extrañas en labios inexpertos, aunque no sean extrañas, de ninguna manera, para Marcela Paz. La incongruencia

–bastante sutil– se advierte sobre todo en la emisión de veredictos que a la muchacha le quedan grandes, por más que la adolescencia sea una edad propensa a categorizaciones de cualquier tipo. El problema es que el lector no escucha en ellas su voz sino la de la autora, que sí ha leído lo suficiente como para aseverar, por ejemplo: *los pobres poetas no saben qué hacer con su romanticismo y lo cargan en cualquier parte.*

Espíritu romántico, cuerpo realista

Ahora bien, en un paréntesis biográfico cabe destacar que, cuando Huneeus reniega del romanticismo, es porque éste le parece *ridículo* y más aún, porque *no conduce a nada.* Sin duda alguna, ella sabe que el sentimiento romántico la ataca fuerte en lo que constituye el núcleo, el eje central de sus fantasías. Por eso, sean éstas de la índole que sean, ella las niega y hace desaparecer cuando asume que, por lo visto, "el espíritu no estuvo nunca allí".

Con mucha mayor nitidez encarará esta dicotomía cuando sea madre de verdad; entonces escribirá en uno de los cuadernos a sus hijos: *Frente a la importancia de la realidad no hay nada que pueda interesar tanto que compita con ella; es que se vive para lo que llena el alma.* O sea, para la maternidad.

De allí el ocultamiento de sus ensoñaciones (*no hay nada que pueda interesar tanto* como para competir con aquella experiencia) debajo de esa otra ala que la orienta hacia la necesidad, el afán y el logro de ser realista. La vida (y su propio temperamento) no le han facilitado a Ester el camino para encarar pragmáticamente sus avatares desde ese "realismo" al que hoy la "obliga" la maternidad. Todo esto redundará, por cierto, en su literatura, en esas páginas donde sus mejores logros estéticos se plasmarán, justamente, gracias al enfoque realista del quehacer escritural. La decisión, que sin duda no es tal sino un proceso largo de autoconocimiento –y, también, de probar esa dupla de ensayo y error–, le irá entregando, estilísticamente, sus mejores frutos con "Soy colorina", "La vuelta de Sebastián" y, muy en especial, con "Papelucho".

El hecho de tomar conciencia frente al dilema recién planteado no invalida, desde luego, otro peligro: el de quedarse, por un excesivo afán realista –tomando el realismo como escuela literaria– , en nociones de contingencia, de época o, en especial, de costumbres. De esa fugacidad participa todavía la protagonista de "Hojas de un diario", cuando se hace eco de algunas inquietudes de género que, si bien son atribuibles a su autora en el momento de escribir, pierden validez universal cuando no se las lee como un signo de los tiempos. Sin ir más lejos, esto se hace evidente cuando la

muchacha se pregunta, por ejemplo: *¿No habrá otra profesión para las mujeres?*, refiriéndose a las tres únicas posibilidades que el futuro les depara, según ella, a las jóvenes del momento: ser casada, soltera o monja.

Mucho mayor fuerza adquiere, en cambio, su disidencia en una serie de reflexiones críticas, cuyo carácter manifiestamente autoirónico refleja, con una dosis de sarcasmo muy realista, la visión masculina sobre el "sexo opuesto". Lo mismo cuando se asigna a sí misma, riéndose de los hombres, ciertos clichés culturales sobre la femineidad, como éste: *Soy vanidosa y frívola, pero no importa. Podrán ser defectos muy femeninos, encantadoramente femeninos.* O éste: *No todas las mujeres tienen el don de poderse dominar.* Y también: *Es bonito querer a un ser inferior* (a una mujer). En otra línea y desde el frente, sin embargo, la "colorina" ataca con resultados bastante más débiles a quienes ella, en esa instancia, desprecia; esto no es de extrañar a sus años, pues aún no ha pulido bien sus armas: *Los hombres son tan vanidosos que no les gusta ser reemplazados*, dice la jovencita, con escaso sentido común y menos poder de raciocinio. Porque, hombre o mujer: ¿a quién le gusta ser "reemplazado"?

No obstante, y a pesar de la caída anterior, la mirada vuelve a centrar su foco con el máximo acierto –y con extraña frescura, si se considera la escasa originalidad de la idea– en sentencias de este tipo:

Nadie puede robarnos lo que llevamos adentro.
La vida está celosa de mi felicidad y quiere destruirla.
Apenas es presente cuando ya se toca el pasado.

Y, muy en especial, la vuelta al revés que implica esta sentencia:

Es absurdo despreciar la fantasía por la cruda realidad.

Si no hay originalidad en las ideas seleccionadas, ¿dónde reside, entonces, el acierto? Pues, precisamente, en el desnudo realismo que encierra el tono, tan sentencioso como el de cualquier adolescente que cree descubrir el mundo y, más aún, que pretende develarlo con fiereza desde la situación particular en que vive. Por ello alcanza aquí la escritura una fuerza inusitada; el personaje se empapa de la realidad empírica que le da sustento y puede ir configurando con exactitud las miserias de su, en todo sentido, pequeñísimo entorno. La gracia está en que, pequeño y empequeñecedor como es, ese entorno no le impide a ella, a la postre, expresar con voz auténtica su tierna intimidad.

Algo de esto debe haber inducido al ensayista Hugo Montes a entregar el siguiente juicio sobre la autora, a partir de "Soy colorina": "Hay sucesos insignificantes de la vida diaria que adquieren relieve estético en su pluma. Empieza a precisarse su inclinación a los estudios de psicología infantil y juvenil que luego va a definir su estilo".

Tan así a ojos vista, que casi veintidós años después, y recogiendo ya los éxitos de "Papelucho", aparecerá en las vitrinas una novela suya titulada "A pesar de mi tía" (1957). La temática, no obstante, así como el lenguaje con que ésta se recubre, hablan por sí solos de que la obra fue concebida con bastante anterioridad a la fecha de su publicación. Incluso se la puede asimilar, si es que no constituye una rara decisión el volver atrás en el tiempo, a la época en que fue escrita "Soy colorina".

La nueva novela, "A pesar de mi tía", tiene ciertamente una madurez superior, pero no menor frescura, que aquélla. El tema aquí es distinto, claro, pero de eso se hacen cargo tanto su lenguaje y estructura como la experiencia de vida que representa. Precisamente por esto la obra merece la mayor atención, ya que la mirada introspectiva deja atrás aquí esa amargura adolescente gracias al humor que detona en cada línea. Este no anula, sin embargo, las resonancias más dulces de este otro cuerpo –una entidad femenina total– que crece, que va desarrollándose en las páginas del nuevo libro. Y aparte de la mirada, interesante por sí misma, hay aquí una "historia". También está el *suspense* de que hablaba el novelista inglés E. M. Forster; hay un personaje bien delineado, una dosis adecuada de fantasía y realidad –muy ensambladas y bien contrapuestas– y una certera descripción de costumbres. Lo mejor, sin embargo, reside en ese delicioso sentido lúdico que se revela en el afán caricaturesco de la escritura, pero sin que éste deforme los contornos reales del mundo y de las "gentes".

No pareciera, finalmente, que Marcela Paz hubiera pretendido, con esta obra, otra cosa que entretener. Y entiéndase esto en el más exacto sentido del término: "A pesar de mi tía" es un libro que entretiene incluso cuando ironiza sobre ciertos tópicos ya arcaicos, presentes también en "Soy Colorina". Como esa mirada mordaz que la protagonista pasea por encima de su género, riéndose sin rencores de sí misma, del mundo, de cómo son las mujeres. Y lo mismo en relación a otros temas que no aparecen del todo mostrados, quizás marcando frente a ellos una suerte de distanciamiento. Esto le permite hablar muy suelta de cuerpo, por ejemplo, de *el arte tan femenino de no tener continuidad en sus ideas.*

Diez años antes de entregar al público "A pesar de mi tía", Huneeus recibe los consejos de su marido y revisa su primer escrito sobre las peripecias de un niño: Papelucho, editado por Rapa Nui en 1947, luego de obtener mención honrosa en el concurso convocado por esta editorial. El premio será compartido con su parienta, Isidora Aguirre, reconocida dramaturga, quien también publica "Wai Kii", leyenda hawaiana sobre un río en cuyo curso intervienen los dioses. El primer lugar le ha sido asignado al costarricense Joaquín Gutiérrez con su simpático libro "Cocorí".

Si queremos dimensionar lo que significa efectivamente la publicación de "Papelucho" para su autora, hay que decirlo una vez más con todas sus letras. Es toda una vida por delante la que se le abre ahora a Ester Huneeus, no sólo en cuanto fama, contactos, viajes, traducciones e inesperados ingresos por sus ediciones, sino porque a ella ningún niño chileno la conocerá nunca más por su nombre verdadero. Marcela Paz se instala, a partir de este momento y con una enorme fuerza, en el escenario de la literatura chilena, mientras su personaje se ancla en nuestro imaginario con la levedad de un encanto que no pasa, que es presente pero también futuro. Por eso, porque constituye un hito y porque en este libro Marcela Paz encuentra plenamente su voz más auténtica, "Papelucho" será sometido, él solito, a una revisión más cabal.

XI. Un corazón que traiciona

De maternidades, pesadillas y algunas nostalgias

Si en el matrimonio de Ester Huneeus con José Luis Claro las campanas no repicaron con más entusiasmo fue solamente porque concebirlo era imposible. La realidad, dicen, raras veces supera el poder fabulante de la fantasía. Pero no es fantasía lo que vive Ester desde el minuto en que recoge la larga cola de su vestido nupcial y, bajando con José Luis la escalinata de la iglesia, marido y mujer plantan con raíces profundas su mirada en algún lugar donde se levanta el mañana. Sobre un vasto campo soleado, se les abre por delante, cual amplio abanico, ese sueño conjunto que les deparará, cómo no, la felicidad pura.

Los recién casados se van a vivir a la calle Sazié, un piso más abajo que Nena (Elena Claro), la hermana de José Luis. Ésta se ha casado con Augusto Larraín. Loco por los autos, los circuitos y las carreras, en ese vértigo por la velocidad encontrará, al poco andar, la muerte, sumiendo a la familia en la más honda pesadumbre. Nena será después la mujer de Rafael Urrejola Rozas, hijo de ese amigo homónimo a quien don Pancho fue a visitar con Ester en su primer viaje a Valparaíso: en la pequeña sociedad santiaguina no hay hilos que se tiendan al aire sin anudar algún estrecho lazo de familia.

Por ahora, empero, ninguna sombra oscurece para Ester este primer nido heredado de sus suegros: Raúl Claro Solar ha muerto y no mucho después lo sigue su viuda, doña Mercedes Montes, una mujer que Ester admiró siempre:

> *Misiá Meche era una suegra ideal y una mujer encantadora (...). (Tenía) una elegancia muy sencilla y una sinceridad muy rara en las mujeres. Jamás he conocido un ser más verdadero. Ni tampoco un ser más justo. Me enseñó en tan poco tiempo tantas cosas tan sabias que creo aprovecharé siempre en la vida.*

Aquí, en esta casa, la escritora cumplirá muy pronto sus deseos de ser madre, que no son pocos si se piensa que ya no es tan joven. O, como ella misma me confirmara una tarde, entre risas, *es verdad que no me casé guainita. Ésta va pa' solterona, me decía (...) No me sentía cómoda entre los hombres.*

En la intimidad de su dormitorio y cuando sabe de su primer embarazo, Ester le da curso a esa idea que la había estado rondado desde antes: escribirá un cuaderno para esta guagua que viene y para cada una de las criaturas que salgan de su vientre. Aparte de la tremenda originalidad y del aporte que estas páginas tan personales significan para cada uno de sus cinco hijos –y para cualquiera que tenga acceso a ellos a través de los extractos que aquí se publican– , interesa destacar que el primer registro de su incipiente maternidad está en inglés. Claro, es su segunda primera lengua y como ella misma le aclara al hijo por venir, *los párrafos escritos en inglés acusan un sentimiento de pudor (¿) o como quieran llamarlo. En todo caso el idioma parece hacer más discretas ciertas confesiones y ellas nacen con más naturalidad en inglés que en español.*

¿Cómo empieza esta saga de "confidencias íntimas"?

> *1935. A secret joy is within me: my feet are lighter, my heart is clearer. Expectancy is in every fibre of my being... Is it possible that God has allowed me to have a child for Him? Is it possible that there is really a germ of a living soul within me?(...). A child of our own, Lucho's child, my child, a child of us both!*

Muy pronto Ester abandonará esta lengua: el pudor de la maternidad en ciernes le cede paso al goce sin trabas de esta nueva experiencia y ella se deja llevar por él de una forma más fiel –le parece– si acude al español para expresarlo. Maternidad y lengua materna: dos regalos que configuran, en una sola identidad, su vivencia intransferible de la palabra *madre*. Así, desde las entrañas viejísimas del español le surge también a ella esa duda clásica, cuya formulación amerita a su vez sólo dos palabras: *¿Estás ahí?*.La pregunta, tan simple y tan definitiva, encarna como ninguna esa mezcla de alegría e incertidumbre que opera en toda mujer en similar situación, vale decir, un segundo después del inicio de los tiempos. Cuando aún no existían los avances de la tecnología y todo era asombro, incredulidad, recato, una alegría loca y una loca zozobra, ¿estás ahí? A partir de la certeza que la va embargando de a poco y, sólo entonces, cuando siente vivo en su interior a ese ser que se forma en ella, Ester sintoniza como todos los días su radio Emerson, *chiquita, de onda corta y larga que mediante una antena nos trasmite*

noticias... y tangos. La idea es contarle al hijo por nacer que ella, tan amante del automovilismo, no ha podido conducir ese auto que está a la puerta de su casa, *un Mercedes 170, de dos puertas y verde precioso recién comprado.* (...) *por cuidarte a ti,* especifica con cariño.

Y mientras en el mundo comienza *la horrible carnicería de la revolución en España (y) tu papá es subgerente de la mina de oro de Punitaqui,* Ester amplía el cuadro y le cuenta a esta criatura concebida hace algunos meses lo que ella denomina las *actividades de tu mamá*, curiosamente plasmadas en tercera persona:

> *Tuvo muchas, ensayó de escritora y llenó cajones de papeles y notas; de escultora, y pobló de yeso repisas y otros muebles; (de) costurera y otros oficios de mujer soltera y con tiempo. Hoy toda su actividad se concentra en ti (...). Y físicamente llena sus horas también de ti (...) y ha querido, como toda madre primeriza, hacerte ella misma todo lo que has de usar. Y mientras se mueven sus dedos con la aguja, teje su pensamiento libros de cuento, de historia, fantasía, –todos para ti. Ella que desde su matrimonio no podía escribir, no puede detener la pluma en este cuaderno.*

Si la maternidad le soltó la mano y la imaginación a Ester, difícil hubiera sido no transcribir, en el turbulento 1936, las pesadillas que solían alterar sus noches (*mi subconsciente es un poco exagerado y atormentado*). Con estas palabras le cuenta al primogénito recién nacido:

> *La primera noche que te tuve conmigo soñé toda una tragedia de mamaderas. Olvidaba darte tu alimento y los distintos tiestos se extraviaban en las casas del barrio. Por último al conseguir reunirlos, juntaba tan estrechamente los ingredientes precisos, que de pronto me di cuenta de que (sic) los había puesto a hervir todos en uno, ¡y en medio de ellos a ti!*

Un par de días después registra esta otra catástrofe vivida en sueños, en una visión alusiva nada menos que al Juicio Final:

> *Mirando por la ventana, veo de pronto que la luna se lanza vertiginosamente a correr por el espacio y va a estrellarse contra otro planeta. Luego los astros se lanzan todos en un baile nervioso de choques y fulgores. / Tiembla la tierra y se dividen las casas; se rompe el cielo oscuro en llamaradas y se comprende que se acaba el mundo. / Con toda tranquilidad atino únicamente a buscarte para que estemos juntos al morir (...). Al hallarte, cruza como un destello el pensamiento inconcluso de que vas*

a morir sin conocer el mundo. Pero antes de lamentarlo, yo despierto y te encuentro a mi lado rabiando por el chupete que tú mismo has botado.

Tres años más tarde, Ester describe los efectos del atroz terremoto de Chillán, ocurrido un caluroso 24 de enero de 1939. Su primera experiencia al respecto había sido, en su niñez, el de Valparaíso y sus impactantes réplicas en Santiago. O sea, treinta y tres años antes: ambos marcan un hito en la historia de los movimientos telúricos del siglo xx chileno, que se irán completando desde los años 60 para adelante.

Veamos cómo se vivió en la capital la catástrofe nacional del 39, que dejó 25 mil muertos y varias ciudades en el suelo:

Dios nos ha librado de una espantosa tragedia. El país entero está oprimido por el horror del terremoto de antenoche que ha destruido las ciudades del sur causando las más espantosas desgracias y miles y miles de muertos (...). Las víctimas están incomunicadas (...). Los muertos se amontonan en las calles y se sepultan los cadáveres sin reconocerlos. Es una tragedia superior a cuantas se han conocido. Las madres huyen con los cadáveres de sus niños en los brazos (...) una muchacha se abraza al cadáver de un joven decapitado (...). Aquí el temblor fue horrible. La casa se sacudía como una jaula y las lámparas se batían como campanas. (...). El suelo se sentía blando y la casa se mecía como una ramita al viento (...). El temblor fue a las 11 ¼ (sic) de la noche y duró tres minutos. Dios nos libre de sentir otro semejante.

Sí, la pluma de Ester se ha ido soltando. Por eso podrá describir con más precisión –y desde luego, con más experiencia en el tema– los sentimientos que otra vez la embargan *(cuando el alma) cumple esa ansia infinita, inmensa, que lleva en sí un germen del secreto de eternidad; cuando el cuerpo se abre a la acogida y es capaz de decir: ya te siento yo vivo, pequeñito, delicado, suave pero vivo, hijo mío.* Transcurridas algunas semanas, su ternura se torna rápidamente, en este otro cuaderno, en contenida impaciencia. Y es que Ester es otra, pero la misma y todo cambio por su estado es transitorio:

Ya sólo faltan dos meses (...). Son muchas las ansias de verte (...). No te puedo decir cuántas ilusiones encierras y el goce que es saber que esa vida tuya en mí, eres tú –un niño, un alma, una inteligencia, un corazón, un carácter. / ¿Cuál? ... El tuyo, único desde el infinito y hasta la eternidad. Tú mismo, como te quiso Dios, como eres tú y sólo tú.

Después de este alumbramiento, la posesividad de toda madre –que en su caso no es insignificante y a veces la ha llevado incluso a tener celos (confesos) de las cuidadoras de sus hijos– se manifiesta sin tapujos cuando ya puede prescindir de cuidados más expertos: *Siento un gusto tan grande de tenerte mía enteramente mía otra vez. Desde ahora dependes de mí, exclusivamente (...).*

Distraída la atención que Ester tiene puesta en Marcelita, la hija recién nacida, por la figura deliciosa de su hijo mayor (de algo más de un año), deja sus apuntes a un lado, lo mira y, todavía con el lápiz en la mano, lo levanta desde el suelo, lo besa y lo toma en brazos, observando hasta lo más hondo esos ojos enormes que la miran fijo. Y sentándolo a sus pies le dice: *Raulo, Raulito, ¿quieres jugar con el zapato de la mamá? Está limpiecito...* Se lo saca, lo pasa por la superficie de su pollera azul e imitando el ruido de un motor le dice: *¿Te gusta el automóvil de la mamacita?* El niño toma el improvisado vehículo y aletea en un gritito de alegre sorpresa. Pero la escritura nuevamente llama a su madre, quien continuando con sus apuntes, de vez en cuando mira divertida a ese montón de risas que ahora está en el suelo, debajo suyo, pataleando:

Piénsalo, (...) tú eres el mayor y tienes esa responsabilidad sobre ti. Pareces haber sido dotado por Dios de muchas cualidades y estás obligado por ellas a ser comprensivo con tus hermanos menores (...). Trata de ser justo y no olvides que eres mayor; y el serlo, te obliga a ser superior en el sentido del alma (...). No abuses nunca (...). Sé muy comprensivo y muy humano (...). Hijito lindo adorado, imita a tu padre y serás un hombre sin tacha.

No todas las tardes, sin embargo, son iguales, sobre todo cuando el sol se va debilitando tenuemente en la ventana. Y mientras los niños duermen un rato, suspira y piensa en José Luis, que ha ido otra vez al norte, *a visitar esa dichosa mina (Punitaqui) de la cual es gerente. Lo que deja en el alma de tu mamá con cada viaje es una angustia que le quita la mitad del aire al respirar. Es muy duro no verlo tantos días... Pero están ustedes dos consuelos. Mi par de tesoros que me absorben y se apoderan de todos los momentos del día.*

En relación con esto, el 21 de junio de 1942 Ester le escribe un poema a José Luis de parte de sus hijos. Es el día de su santo, San Luis. El poema se llama "La mina de Magallanes", que es el nombre de la calle donde la familia vive en este momento, ubicada en el barrio Bellavista. Recitado entonces delante del padre por el hijo mayor, que no alcanza aún los 6 años, el texto dice así:

La mina de Punitaqui
es una mina cualquiera
que toma todo tu tiempo
como buena majadera.
Tú tienes, papá, otra mina
que guarda mayor tesoro
la mina de Magallanes
que te ofrece más que oro.
Y a nombre de esos mineros
hay Pliego de Peticiones
que es necesario que anotes
entre tus preocupaciones.
No pedimos, exigimos
que nos acompañes más,
que estés más horas en casa
como los buenos papás.
Porque la vida es muy corta
y crecemos tan ligero
que cuando menos lo pienses
serán grandes tus mineros.

La verdad de las verdades es que a Ester el cuadro doméstico no se le presentó de buenas a primeras bajo un ropaje muy idílico. Por el contrario, el aumento de la familia y la ausencia del marido no dejaban de perturbarla, más aún cuando, por manera de ser, no es de las que se explayan con sus amigas y, para peor, con unos afanes de perfección que le dejan la vara muy alta:

En un principio me parecía imposible atenderlos y andaba despeinada, pálida, aturdida y con la imaginación embotada en ese único problema, partida en dos. El horizonte era una yo de tacones chuecos, chorreada sin espíritu y con esos niños míos y aburridos con los pañales colgando (...). Estoy muy lejos de ser esa mujer de fuerza espiritual que sabe separar los quehaceres materiales y conservar entera la vida de su espíritu.

Pero ¡bueno! Esa es ella. Y cuando a los pocos meses después Ester siente de nuevo latir una vida en su cuerpo, su felicidad es genuina y la hace sentirse privilegiada. Imbuida del significado de esos tironcitos en el vientre cuyo origen ya conoce, le *escribe ahora a* su hijo: *¡3! Tienes aún la forma de un 3 porque cuesta mucho esbozar en la imaginación un hijito que es todavía infinito en su misterio (...). ¿Qué te tiene ya hecho Dios que yo soy tu macetero, ignorando lo que eres?*

Independiente de todo esto, Ester añora su independencia, su libertad de acción. Ese tiempo para sí misma que le permitía antes darle curso a su motor creativo, del que ahora empieza a dudar. Añora concretamente la expansión de su espíritu, que se ensancha entero cada vez que logra retomar su camino en el arte, ya sea sentada al piano, ya modelando alguna cabecita de niño. Pero sobre todo, imaginando seres que adquieren vida en la frase o construyendo historias en ese ritmo corto de su mejor prosa. Sin saber que sus dudas son normales ni que su angustia ante la página en blanco es el pan de cada día para tantos escritores, en cuanto siente que puede retomar la pluma la delata un tono de claro desaliento:

Me interesa otra vez vivamente el arte y quisiera escribir a toda costa, como en los buenos tiempos, sólo que ahora estoy tan fuera de entrenamiento que no me resulta fácil el llenar las carillas de papel y lo que es peor es que no me convence la finalidad que persigue un escritor cuando el escritor sabe que no puede dar nada que merezca la pena.

¿Será su estado el que la tiene así, un poco triste, decaída? El hecho es que ella echa de menos su agitada pero variadísima vida anterior. Cuando valía la pena escribir...

¿Por qué ya no tengo fuerzas? Se me han ido las ideas, no me gusta lo que hago... ¿me habré convertido para siempre en "un macetero"? (...). Tengo que confesarte, Pollito de oro, que me he dado la más gran desilusión: me he defraudado a mí misma. De soltera era una mujer para quien no existían los inconvenientes y resolvía todos los tropiezos para realizar cuanto me proponía. Mi día no tenía una hora perdida y sacaba adelante toda clase de cosas. Tanto mis manos como mi cerebro me servían fielmente dándome cuanto les pedía. Así pues escribía mucho, hacía escultura, fabricaba juguetes, cosía para los ciegos, etcétera, y no dudaba ni un momento que si algún día Dios me daba la felicidad de ser madre, sería para mis hijos un surtidor de entretenciones y sabría formarlos maravillosamente en un ambiente donde se confundieran la fantasía y la realidad. Y creía que podría ayudar a Lucho y continuar mis trabajos de entonces. Y he aquí la triste realidad. Soy enteramente incapaz de producir una historia, de interesarme en otra cosa que no sea en mis cuatro tesoros chicos.

Entonces llega José Luis, el abrazo cariñoso, la mirada que puede ser tierna porque los niños ya duermen. Incluido el más pequeño, Andrés, que, como buen hijo de Acuario, se queda inmóvil durante horas en su cochecito, mirando las hojas de los árboles que se mecen con el viento. Cuando ya empieza a bajar el calor, marido y mujer se van al living, conversan un rato y luego escuchan música, el estudio de Chopin que José Luis toca al piano con su concentración intensa y con esas manos hermosas que un día la cautivaron... Y así pasan las horas, en una armonía y una paz total. Ayer fueron a un concierto, Tschaikovski:

... horas únicas que no se olvidan... Es tan rico tener los mismos gustos. Tu papacito y yo, trepados en butacas altas, palpitábamos de la misma emoción y goce todo el tiempo. Y si tú supieras qué escasa es esa afinidad de gustos que nos ha dado el Señor. En todo el teatro no había diez parejas que pudieran darse ese gusto doble y reflejo.

Aunque, reconozcámoslo: ¡ambos son de temperamentos tan diferentes! Ella es más impaciente y activa, tiene que estar en perpetuo movimiento; él no. Él es reposado, estudioso, muy serio y lo que se propone lo ejecuta al instante. Disciplinado, responsable y, si se quiere, trabajador en exceso. En retrospectiva, sus hijos lo verán como un padre lejano, dedicado a sus negocios y bastante rígido, distante. Su madre, en cambio, no trepida en reconocerle méritos, a pesar de que se insinúan ya esas diferencias "de fábrica" que nunca los llevaron, cosa rara, por caminos separados.

Es mucho mejor músico que yo... hay pocas cosas que le gusten más y toca bien, muy bien, aun cuando yo pongo cara de aburrida porque estudia ciertas cosas demasiado tiempo. Todos los ratos libres se los pasa en el piano.

Poulanc, De Falla, Bach, Beethoven también forman parte de sus favoritos, pero el problema es que las ilusiones de José Luis están puestas en la Compañía Minera Punitaqui, porque le gusta el trabajo, ha contribuido a la organización del negocio y está lleno de esperanzas.

Su mujer lo apoya; más aun, lo comprende. Y, a lo que parece, nunca se siente apabullada por él, si bien esto lo mantiene en reserva en el rápido transcurrir del tiempo, que últimamente se mide por el nacimiento de los hijos. Así, dos años después de Andrés, vendrá al mundo Francisco, quien será el último de la familia. El recordatorio de bautizo de Pancho, hecho como los demás por su propia madre, lo retrata así:

1934. Su primera foto como escritora.

1930. José Luis Claro.

1942. Ester y sus cinco hijos.

1943. Familia Claro Huneeus.

1943. Ester con sus hijos.

Para ser la quinta voz en el coro Claro Huneuus,
me mandó del cielo Dios un mediodía de enero.
Soy soldadito de Dios y vengo a servirlo a Él
tres veces me han bautizado Francisco José Manuel.

Pancho nació el mismo día que su hermana Paula, un 14 de enero, y efectivamente fue bautizado tres veces con nombres distintos, "porque se le iba el alma a cada rato", dicen, cuando estaba recién nacido. Le gustó siempre la música y volvió al circuito cuando estudió piano en serio y *ejercitó los músculos para eso*. Ester, aunque está feliz con sus cinco retoños, se tiende cada segundo que puede en la cama y siente que una extraña sensación ¿de merma? la invade. Hay algo en ella que pugna por salir, hay algo que, ...ella adora a sus hijos, pero sabe que *algo* no anda bien, no está completo. ¿De qué contenidos se llena su nostalgia? ¿Acaso no le basta con sus niños de carne y hueso, que siente el impulso de modelar otros seres con sus propias manos?

Tu papá, que es el ser más ideal de la tierra, y que como yo, creía que era falta de facilidad o de tiempo y que en mi interior ardía en deseos de hacer escultura, me entusiasmó a que tomara clases con un gran artista: Tótila Albert y me instalé con mis gredas en casa de la Nani (su madre). Pero sucedió que cada minuto que trabajaba allí, me parecía un robo a ustedes y no logré interesarme en mi trabajo ni un momento. Y me sentía feliz cuando una fuerza mayor me impedía el trabajo. / (...) y tengo el alma tan llena con ustedes (que) todo lo que pueda dividir mi existencia en distribuir mi tiempo, estorba. / Son tan cortos los años en que la "mamá" es el mundo para sus criaturas. En que ellos creen que un beso en el dedito adolorido los sana...

La vuelta de Sebastián *y otros regresos*

Así pues, con las manos enteras manchadas y un par de figuras de greda que marcan el retorno a su casa, Ester siente que su vida real la reclama con más fuerza que la complicidad artística de su madre... y más que la sabiduría de Tótila. Mejor será ahora dejar de lado sus locas fantasías y desechar ese romanticismo de poetas que ella siempre ha resentido, porque sólo sirve, en verdad, para ensoñaciones vagas y vanos lamentos. Simplemente, se dice a sí misma, guiada por su sentido pragmático, lo que pasa es que *yo... ¡no me la puedo! La dicha de ser madre me consume, no hay espacio en mí para*

andaduras creativas. ¡A qué echarle la culpa al empedrado! Aunque... ¿a ver? Bueno, sí. El empedrado existe, la casa se les ha ido haciendo chica con tanto niño; el piano ocupa un lugar importante y el trabajo de José Luis, más sus variados directorios, les ha rendido a todos evidentes frutos... Lucho me dijo... ¿Tendrá razón José Luis?

La vida social en pareja quiere reanudar su ritmo y la necesidad de mayor espacio físico, de un mejor aire, el jardín y la intransable independencia los lleva a mudarse en 1947 a Enrique Foster, a una casa *preciosa* en el barrio El Golf. Ester tiene ahora la tranquilidad suficiente para dedicarle algún tiempo a la escritura, a lo que de algún modo la incita José Luis. Mmm, hacerle caso a su marido, sí, pero sobre todo a sus caballos internos que le galopan el corazón. Feliz, ansiosa como nunca y en ese estado de gozo adrenalínico que precede a la avalancha creadora, ella toma nuevamente la pluma y sin decir agua va, abre su vieja libreta y se lanza a leer con frenesí aquella historia que una vez creó y cuyas páginas quiere retomar. A ver, ¡sí!, aquí hay algo, alguien, sí. Aquí vive, le parece, la voz espontánea de un niño; lo reconozco, es Papelucho, pero... ¿por qué se pone de repente tan...? ¿y qué tiene que ver esto? Hay algo, ahora, que no le suena: el niño está opacado por la intrusión adulta.

Hay un tema, en realidad, que la estorba, y es todo ese trasfondo del divorcio. Y Ester –la lectora– se da cuenta de que algo no anda, que ya no tiene sentido en este texto y que, por lo demás, no resulta adecuado para los ojos inquisidores de los más chicos. ¡Bueno! Pero lo que Ester siempre dijo, exactamente, era que lo escrito en su libreta presentaba una dicotomía, una falta de concordancia entre el tema (para adultos) con la forma de escribir de quien lleva un diario infantil. Sin darle más vueltas, ¡pafff!, la escritora suelta amarras y deja que el niño hable desde adentro, que le fluya el lenguaje solito, tal como les surge a sus propios hijos y como a todos los niños del mundo. Es decir, desde su humor, su sensibilidad, su transparencia. ¡Nada detendrá esta vez su certidumbre total de creadora! Y Papelucho emerge sin trabas, divertido y gracioso como él solo.

Despojado de lastres, el personaje toma carne en las hojas de su diario y el sello editor se da cuenta de ello. Ester Huneeus se ríe sola; les lee algunos trozos a sus hijos, a veces se ríen juntos. La editorial Rapa-Nui, mal que mal, está dirigida por el hombre que escribió "Max, el microbio desconocido" –uno de los cuentos más lindos de Hernán del Solar– y no hay nada que opaque esa alegría que vuelve a vivir Marcela Paz, la escritora. ¡Ha sido tan largo, tan desesperante el silencio!

El haya que protege la hermosa casa de Enrique Foster se levanta esa tarde con el tronco más erguido que nunca; sus ramas bermejas le hacen frente al otoño. Las hojas tapizan de rojo la vereda y vuelan con sus palmas hacia abajo por encima del suelo; han caído sobre el pasto y sobre los juguetes de los niños, caen y caen por todas partes como venidas de muy lejos. Y visten las cabezas de los niños, que se asoman de una casa a otra sobre el largo muro. "¿Cómo se llama tu árbol, Estercita?" *Es un haya, Tere, y súbete luego al auto que se nos va la luz.*

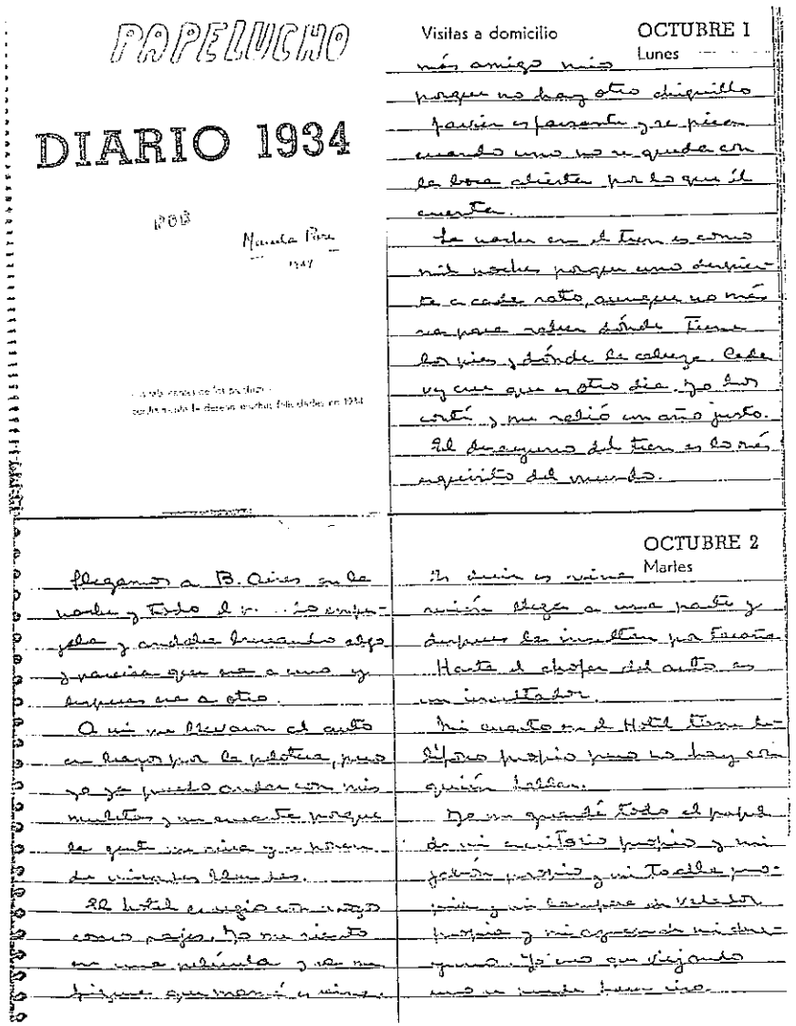
Pero la luz no se le va a Tere Walker, esa vecina tanto más joven que también lleva unos ojos llenos de niños. La luz está todavía en el haya, que cada día se agiganta más en la vereda de Enrique Foster. "Esa haya es para mí la Ester", un símbolo con sus ramas rojas extendidas, casi humanamente, sobre la tierra. Por eso camina hasta ahora unas pocas cuadras y, cuando quiere estar con ella, se recoge un momentito bajo la sombra del árbol intocado. Y allí la ve, la siente, la toca. "Todas las semillas están dentro de Ester", dice hoy su amiga: "Ella era pura luz: ¡tanto más inteligente que el resto! Todo lo veía como era y tal cual era. Una mujer sencilla, libre, generosa, expresiva. No tenía una gota de envidia y, sin embargo, ¡era tan cercana a uno, tan lejos de ser perfecta!".

El haya. Un árbol. Una mujer. Un hombre que vivía en la belleza, los cinco niños jugando en el jardín. La terraza, el balcón, los vecinos. Las campanas de Pirque repican en el tiempo. Las campanas hablan de amistad. Hay música, hay almuerzos y hay algo que... ¿las semillas del amor? Bueno, y un viaje a Estados Unidos, nos vamos con José Luis a Canadá.

Dos años más tarde, cuando se aprueba el voto femenino en Chile, las campanas de Pirque repicarán por primera vez en sordina y las oraciones de la segunda hija, Marcela, asumirán el tenor de la angustia: "Te ruego por mi papá, te ruego que lo cures y que tampoco le pase nada".

¿De qué se trata?

José Luis Claro acaba de regresar con su mujer de Norteamérica. Vienen de visitar la fábrica de neumáticos Insa, de la cual él es gerente en Chile. Los padres llegan con regalos, a los hijos les salta el alma en el pecho, mamáááapapaáááá. La maleta permanece cerrada, los brazos están abiertos. No han terminado de abrazar a todos sus hijos cuando, ¡zas!, como un rayo en plena tormenta, viene la primera señal: José Luis está enfermo, dicen, pero su corazón le advierte que "no va más". El vértigo de los giros se irá apagando, apagando, hasta que la bolita se detenga en el número clave, negro el 22. ¡No va más!


PAPELUCHO

DIARIO 1934

Manuela Paz

1947

Visitas a domicilio

OCTUBRE 1
Lunes

OCTUBRE 2
Martes

1934. Páginas del Diario de Papelucho (inédito).

Pero hay que seguir adelante. Los niños dan vueltas por la casa, nadie comenta nada; el secreto se mantiene a niveles muy privados. "Había algo morboso en relación a la enfermedad en esa época, nunca se contaba nada, nadie hablaba de eso: nosotros nunca tuvimos idea de lo que estaba pasando en la casa". Ester seguirá escribiendo, ¿cuándo, a qué horas? No importa, ella publicará igual, al año siguiente de su regreso, aquella obra que más le gusta y que es sin duda la más compleja, la más ambiciosa. Se llama "La vuelta de Sebastián" y aparece en 1950. ¿Regresa o no regresa Sebastián? En sus páginas hay mucha materia que escarbar.

Pero la crítica se pronuncia y Alone señala, cetro en mano, que la autora no sólo se ríe de sus personajes sino que, lo peor, se ríe de sus lectores. Una opinión excesivamente fuerte para la sensibilidad de Ester Huneeus. Ella ha esperado con ansias el comentario, fundamental en este momento de su vida, de quien aplaudiera con entusiasmo su aparición en la escena literaria nacional. De modo que, aún cuando el resto de la opinión especializada no le fuera adversa, Ester tuvo que hacer gala de todo su ánimo y acudir urgentemente a su humor para ocultar la perplejidad. La desilusión. Sí: es desilusión el sentir que la embarga, porque ella sigue insistiendo: *Es la novela que más me gusta.*

¿Tendrá razón?

¿Quiénes son los estudiosos que, por el contrario, la salvan? Ricardo Latcham, Eleazar Huerta, Lautaro García... ¿Y qué dice Marcela Paz de todo este revuelo? Marcela Paz se repliega y, orgullosa sin saberlo, se defiende: *En realidad, si (alguien) espera algo de fondo, se sentirá defraudado: sólo quise entretener.* Craso error y mala defensa, a nadie engaña. Porque aquí se rescatan mucho más los elementos de fondo que los de entretención. Lo que sí evidencia esta novela, donde la variedad y profundidad de los conflictos desdibujan un tanto la trama, es que Ester se refleja muy finamente en aspectos profundos de su intimidad. Tal vez como sólo se advierte cuando, ensayando otro registro, escribe los diarios de Papelucho.

La novela, en todo caso, está muy lejos de ser un bodrio. Es moderna e incluso, previa revisión, pudiera intentarse que remonte el vuelo. Es decir, si se procede a la inevitable poda y se le da un amarre a la armazón, con el fin de imprimirle el ritmo que el relato se merece. Y es que los personajes y sus conflictos resultan interesantes y, en su mayor parte, bien logrados. El trazo parece más exacto, más sensitiva la mirada y, definitivamente, la temática es más universal en este mundo que sigue siendo ancho y, para ella, nuevamente ajeno: el de los adultos.

Entre las líneas argumentales más atendibles de "La vuelta de Sebastián", entre las mejor llevadas a cabo está la que atañe al acto de escribir. Temas como la problemática inherente a la escritura, al pensar literariamente, al aprecio o más bien desprecio social de la figura del escritor –que, en el libro, lo encarna una mujer y, por ende, además se la ignora– conducen, en Marcela Paz, a una soledad feliz. Siempre, claro, que el rol esté bien asumido y le permita al artista reivindicarse, precisamente por la soledad y en la palabra, como persona. El acto de autonomía es muy hermoso y actualiza, por la escritura, la totalidad del ser. No hay otro modo de conseguirlo que recurriendo a un lenguaje exacto que no sólo lo expresa sino le permite, al escritor, ser uno con ella. Con la palabra. La libertad de la expresión creadora y la relación que existe entre arte y sensibilidad apuntan, en "La vuelta de Sebastián", al dolor inexplicable que implica desarrollar un talento. Se trata ahora de abrirse totalmente a la imaginación sin cadenas. Y aceptar, porque no puede evitarse, la irrupción de la realidad en el dominio de la fantasía. Porque el silencio es la mudez, la incomunicación y, finalmente, la muerte.

En otro ámbito de la novela, despunta el tema de la mujer y su rol tradicional, que a ningún hombre le interesa cuestionar. Un rol que se puede, con costos bastante altos, transgredir. Y asomándose a otros canales, aparece por último en la mujer esa posibilidad de ruptura con el entorno, desde donde se cuestiona la rutina de un matrimonio sin amor y donde cada miembro de la pareja se prueba a sí mismo en el ejercicio del poder. También se alude, de nuevo, a la maternidad y la educación de los niños.

Para los efectos de nuestra indagación, la lectura de esta novela interesa por partida doble, pues en ella se desarrollan, junto al motivo básico de la expectación y la espera, algunas líneas argumentales donde se pesquisan claramente las huellas dejadas –¿sin querer?– por la autora. En particular, aquellas que dicen relación con sus conflictos internos y con esos escondrijos por donde se cuelan anhelos. Pequeñas rendijas que sacan a luz un temperamento. Así, fuera del tema que la apasiona, la escritura –encarnada sobre todo en Mariana (su otro yo)–, se insinúa en estas páginas un trasvasije psicológico cuyo mecanismo busca, finalmente, evitar las emociones. O, al menos, la manifestación directa de ellas: ya sabemos que el pudor de Huneeus y su sentido de la privacidad no permiten otra cosa. Pero ahí están sus preocupaciones religiosas, sus miedos, las relaciones madre–hija, la dura mirada en el espejo, la opción entre hablar o *tullirse*, la necesidad de ser *en libertad* uno mismo, la cercanía de Dios y el terrible sinsentido de la injusticia social. El análisis de estos enunciados reviste, sin embargo, una

envergadura mucho mayor, que manifiestamente no es posible abordar en este recorrido.

Sea como sea, a Huneeus le importa la crítica y, tras el lapidario juicio de Alone, Marcela Paz revisa sus páginas. Ester está triste, ha quedado *tocada*. No es éste el mejor momento para encarar otro frente –ella ha sido siempre vulnerable al juicio ajeno– y la vida no se ha encargado ahora último de sonreírle.

El mar fiel duerme aquí, sobre mis tumbas

José Luis está gravemente enfermo y ese mismo año (1950) en que hace entrega de "La vuelta de Sebastián" al público, ella deja su cargo ejecutivo en el Hogar de Ciegos a causa del giro imprevisto que se le imprime a su gestión. Ester Huneeus, la señorita Ester, no vuelve nunca más al Hogar y su único contacto con los ciegos será, esporádicamente, la visita que algunos de ellos le harán en su casa cerca del río.

Entre los cuidados de su esposo que la absorben entera y esos cinco hijos un tanto dejados a los vuelos imprevistos de sus particulares imaginaciones e invenciones y a los inventos de su madre, ella se aboca a escribir "Papelucho casi huérfano". Si el libro aparece también en 1950, resulta imposible no relacionarlo con los temores de su autora frente al plazo fatal de José Luis. En este caso y aunque suene extraño, se puede considerar esta nueva historia de Papelucho como una forma cierta de catarsis, sólo que su autora, sin saberlo, recurre a la única vía que nunca falla, porque la configura e identifica: el humor.

El *ensayo general* de esta cuasi orfandad del personaje Papelucho, sin embargo, se presenta bajo la forma de un viaje de los padres del protagonista a Estados Unidos. Ellos se llevan consigo al hermano mayor de Papelucho, "el abusador" de Javier, con el pretexto de que éste solucione "sus calambres", en un golpe de suerte que literalmente se produce a raíz "del cuento del tío", a cuya muerte ha quedado la familia como heredera (herencia de la cual, como se entiende, Papelucho queda marginado). La anécdota del libro tiene un punto de partida claramente autobiográfico en la visita que Ester y su marido han realizado hace poco a Norteamérica, sólo que, acudiendo a esas transferencias que tantas veces usa la literatura, Marcela Paz se sitúa en la perspectiva de los hijos. En este caso, en la del propio Papelucho quien, a causa del viaje, se siente brutalmente abandonado por sus padres. Y es que de tonto, Papelucho no tiene ni un pelo:

Está pasando algo muy raro en esta casa. A veces pienso que yo tengo una enfermedad terrible y mortal y no se atreven a decirme que me voy a morir. La cuestión es que nadie me reta aunque pase lo que pase. Llego a tener ganas de que me den un gritazo, al menos para estar seguro de que estoy vivo, porque de tanto pensar que me voy a morir, creo que ya soy ánima.

La intuición no le falla al niño, aunque por suerte se equivoca de plano en sus *pálpitos* y, contra todas sus aprehensiones, ni se muere ni está enfermo. Lo que ocurre, simplemente, es que algo se está tramando, oh crueldad, a espaldas suyas: Papelucho, como siempre, ha empezado a nadar solito en esta obsesión por la muerte. Porque, tomando los distintos diarios como un conjunto, se observa hasta qué punto esta instancia, la de la muerte, aparece línea a línea pero bajo distintas formas en las páginas que él escribe. El tema obedece no sólo a una fijación personal de la autora por las razones biográficas mencionadas antes; sino a que, a través del desarrollo narrativo, ella se hace cargo del tremendo peso que la muerte adquiere desde los primeros años en la mente de todos los seres humanos. Y sobre todo en los más inteligentes, despiertos e imaginativos. Papelucho, como antes lo fue la propia Ester, es la encarnación de este tipo de niños que, si bien no abundan, tampoco cuesta tanto encontrar.

No había escrito en mi diario de la rabia que tengo y de la pena. Resulta que mi papá y mi mamá se fueron a Estados Unidos el 15 en un súper jet (...). Y a mí me dejaron con la tía Rosarito en el campo. Así es que ahora soy casi huérfano (...). Cuando supe que se iban, me dio una pena terrible y tomé agua todo el día para bajarla y trataba de pensar que iba a ser muy feliz solo y sin que nadie me mandara y ser un verdadero Tarzán aquí en el fundo. Pero resulta que no he sido feliz más que una vez en mi vida y no me acuerdo cuándo fue (...). Cuando tengo hambre me da por pensar que Javier estará feliz comiendo jamón. Y me acuerdo de la mamá y me da pena. / No sé por qué siempre me la imagino cantando en un cabaret y al papá lo veo corriendo a caballo con traje de Buffalo Hill y una pistola regia a cada lado.

Se necesita humor, desesperado humor y confiado amor, para trasladarse al año siguiente con la familia en masa a vivir a la playa, donde han veraneado por años. Y donde, fundamentalmente –porque de eso se trata el asunto–, José Luis pueda hacer respirar más tranquilo a su corazón. En esta etapa, el

hijo mayor, Raúl, no recuerda haber visto a su madre tecleando, a pesar de que toda la memoria que hoy hilvana de ella se referirá, antes y después, a esa actividad primordial en ella que es la escritura. "A mi mamá la veo siempre escribiendo a máquina con dos dedos y haciendo unos gestos absolutamente suyos. Escribe a toda hora, cada vez que tiene un rato libre. En Concón, sin embargo, no logro visualizarla en ésas... Con mi papá enfermo y todos nosotros dando vueltas, no creo que haya podido escribir mucho".

Los niños se han cambiado de colegio, dejando todo su círculo afectivo y social en Santiago y comienzan a educarse en Viña, en los Sagrados Corazones, mientras la casa de Concón se va llenando de maestros. Ester dirige, como siempre, la obra, y se pasea en las tardes con José Luis por el jardín, cuando ya no pueden salir juntos al pueblo, con el inevitable maletincito en la mano rebosante de remedios. Su mirada atenta, amorosamente vigilante, quiere detener el curso del tiempo, en tanto sus hijos intiman, en el uso de su plena independencia, con los pescadores, barquilleros, albañiles... personajes todos que le ponen color a estos años duros de sus vidas. Andrés recuerda a Juaniquillo, el pescador de jaibas, que tenía los pies todos mordidos por los crustáceos, al carpero, a "Maqueto" y a la Rosita, la señora del teléfono, a los Quezada: "Los personajes de Concón que aparecen en Papelucho son todos reales", advierte, "incluso podrías llamar por teléfono a alguno de ellos". Pero no alcanza, tampoco ahora, el tiempo, y Andrés Claro –Andeco– sigue trepando huachito por las rocas, con sus once años a cuestas y seguido por su perro Jacky.

Padre postrado, madre enfermera. Padres amantes, amigos, cómplices, amantes de la música y de los largos silencios, amantes de la fotografía "pero José Luis es mucho mejor fotógrafo que yo". ¿Cómo han sido criados estos hijos del amor?

La respuesta es unánime: con mucha libertad, con mucha autonomía, con bastante confianza en sí mismos y en que todo se puede lograr, con un gran impulso a su creatividad, con un claro sentido de la obediencia. Y con una feroz exigencia, si es que no es más feroz la soledad. ¿Arrumacos? No hay tiempo para los arrumacos ni está en el carácter de Ester expresar físicamente sus sentimientos. Y aunque la admiran en otros planos inmensamente, sus hijos echarán de menos lo que nunca tuvieron de pequeños: la afectividad de su madre. Una amiga suya comenta: "La Ester era una mujer única y original, pero tenía una tranca afectiva".

Es su hija Paula quien describe en pocas palabras esos largos, larguísimos meses, ese año transcurrido primero en Santiago y después junto al

mar, cerrándole entre todos las puertas a la muerte que se aproxima."Mi papá se enfermó y el silencio fue para siempre en la casa. ¿Te has fijado que los hombres hablan todos en voz muy baja en mi familia?". Una figura extraña, sin embargo, le fija a ella el fin de la infancia, una figura que se dibuja en el tiempo como un símbolo agorero. El padre ha caído enfermo, los niños aún no saben y la hermanita de la caridad, madre Loreto, revolotea inútilmente con sus velos blancos por la cabeza hoy adulta de Paula. La boca, dice Paula, la boca se le hacía grande ese día, se le convirtió en una redonda OOO. La boca, su boca es de pájaro en la memoria de Paula, cuando una tarde cualquiera llegan los niños cantando, gritando y ¡qué ganas de llegar luego a la casa!

"Abrimos la puerta con estruendo y a punta de gritos: ¿Mamáááápapáááá?". Los velos de la madre Loreto, aún sin nombre y con boca de pájaro, cubren a los niños en la puerta y los aplasta con tiesura alborotada. Alguien pide un limón con sal. Alguien trae un limón con sal. Dicen que el limón detiene el enloquecido torrente de la aorta...

Estamos en Santiago y allá muy lejos... muy lejos está el mar.

Y ahora sí, ahora es el mar. Se coló por la puerta cerrada, inundó la casa, el pasto y la arena y se quedó a vivir en las retinas de los niños. Con los pájaros blancos salpicando el cielo en verano... Sí, es verano, pero ya no hace calor en la playa. Es la inmensidad del mar oscuro, es la inmensidad de la muerte que se aproxima. José Luis necesita un médico urgente, un doctor por favor que no llega, doctor abra sus puertas, que mi papá... No son aún las dos de la mañana, pero las gaviotas hace rato que están en silencio. Es el mar. Es la muerte que, silenciosa, tiende las alas.

En la casa de veraneo de los Claro, nadie duerme esta noche. La espera se hace eterna, la angustia se vuelca en un río. Un río de sangre sin consuelo. El hombre que yace bajo las estrellas murmura sus últimas palabras: "Pensar que tenía tres y yo sólo tengo uno...". Las miradas se cruzan en una ola gigante de sal. ¿Qué dijo? Algo sobre los clavos de Cristo, algo con el Calvario... ¿Y el dolor? ¿Y el dolor que se abre cuando el corazón estalla? El dolor ya no existe, el dolor no se siente. Ya no hay dedos que resbalen por el piano. La música se ha ido, el mar ya no existe. Sólo existe, de ahora en adelante, el vacío. Hoy es 22 de febrero y estamos en 1954. "Desde que el papá se enfermó, el silencio se instaló para siempre en la casa".

Y en esta posada del silencio aparece, en mitad de la noche, Nena Claro, la hermana, que los ha ido a acompañar con Rafael Urrejola, su marido. ¿Dónde están los niños? Los niños están suspendidos en el aire,

quizás duermen, quizás sueñan, mañana iré a pescar jaibas, mañana. "Y entonces se oye la voz deforme de la mamá, y vino la despertada brusca, el papá... y todo eso. Nos costó mucho darnos cuenta, había una cosa muy rara, no habíamos visto nunca llorar a la mamá. Y después vino el Hogar de Cristo y puso esas velas, los artefactos, y ahí velaron al papá...". Pero Andrés tenía 11 años y se fue a las rocas con el Jacky a mirar el mar, "yo no tenía nada que hacer ahí, yo me sentía absolutamente de más".

Después, muchos años, minutos, segundos, después, los niños escuchan una voz, *niños vengan al living*. Es la voz de la realidad que los moja como si la lluvia estuviera cayendo del cielo, desde una nube: ahora tenemos que organizarnos.

¿Quién es?

"A la vuelta del cementerio, la Ester no derramó ni una sola lágrima". La familia ha regresado coja, manca y hueca desde Concón, donde han cerrado la casa para enterrar a José Luis en Santiago.

"La calle San Luis de Concón estaba en una subida y había dos entradas, una para la casa del cuidador, otra para la nuestra. El terreno era grande, como de unos 4 mil metros, y la construcción era muy linda, tipo suiza, con tejas de ciprés y dibujos de marquetería, ventanas de guillotina y un par de muebles que habían dejado los antiguos dueños. Unos muebles que nos fascinaron en cuanto llegamos, porque para nosotros eran una tremenda novedad".

Pero no habrá fascinación, no habrá subidas ni ventanas con guillotina, no habrá más novedades para los niños, ni tampoco para Andrés el de once años, ni para Pancho que mira las estrellas. La familia regresa coja, manca y hueca a Santiago y el llanto convierte a Concón en un Cementerio Marino: *el mar fiel duerme aquí, sobre mis tumbas* y una oleada de sal se extiende hasta Santiago, lamiendo el cuerpo ya sin vida de José Luis Claro.

Con el verso de Paul Valéry cavando tumbas en las cavidades del alma, las puertas se abren, las puertas se cierran en una casa grande cerca del centro de la capital. Es la llegada en fila india de los cinco Claro Huneeus: Raúl, Marcela, Paula, Andrés y Pancho. Es la vieja casa de los abuelos maternos que recibe a los niños, Raúl, Marcela, Paula, Andrés y Pancho. Todos se quedan a vivir, con su madre, en la casona de la calle Vergara...

"Yo nunca sentí llorar a mi mamá".

Y el eco vuelve a colarse, salobre, espolvoreando el hielo húmedo por las piezas que son tumbas. Son tantas y tan solas las piezas, que cada uno está más lejos del otro y más lejos de sí. Y todos están solos; todos están muy

lejos, muy lejos del otro. Solos consigo mismos, los niños, pero también ajenos, de sí mismos ajenos y a oscuras del otro.

Y la madre.

En otro lugar, allá donde sigue brillando el sol, niños ajenos se pelean un nuevo libro de su autora preferida. Marcela Paz publica "Caramelos de luz", con catorce poemas y cuentos. ¿Y el título? No, no es una ironía del destino, aunque... no sabemos. Tal vez el librito hable de lo que los hijos necesitan, de lo que ahora más que nunca necesitan los hijos de Ester: la dulzura de estos caramelos envueltos en coloridos papeles de celofán, las energías para remontarse hacia el cielo a caballo, montados los cinco en un rayo de luz, quiero ir donde está mi papáááá.

Y ella, ay..., José Luis, cómo quieres que lo haga, dime ¿con qué fuerzas?

La fe –me dijo ella esa tarde– *la fe es muy necesaria, porque te estabiliza. Cuando tú no puedes hacer nada... ¿qué sacas con tirarte las mechas? La muerte es para mí una continuidad de la vida. Aunque... Espero que esta tranquilidad no se me escape al final...*

¿En qué momento concibió Ester sus "Caramelos de luz"? ¿Dónde les fue dando forma, dónde tuvo esa tranquilidad de que habla para escribirlos? ¿O es que no es de aquí de donde surgen los caramelos, sino de esas emociones que se instalan para siempre en el alma, cuando ya no se puede más de la tristeza?

"Yo no vi nunca más a mi mamá. Mi mamá jamás salió de su escritorio. Se encerró a escribir y transitó en el silencio para siempre".

XII. DE RETOÑOS Y RAMALES

Querida mamá, no se ponga nerviosa, es pura fatalidad

El teléfono suena entre el rugido de los autos que pasan por Américo Vespucio, pero los plátanos orientales que cruzan la avenida amortiguan los motores, como sucede en la playa de Concón con el sonido del mar. Pero el teléfono llama con insistencia sin querer saber nada de olas y refugiándose, hoy, bajo los plátanos orientales...

¿Es el 482000? Quisiera hablar con la señora Ester Huneeus, me han dicho que ella hace clases de cerámica... *No hay nada mejor que los niños aburridos,* le dice Ester a Loreto Cox, su nueva alumna y vecina. *Es la oportunidad para que se pongan creativos.*

La familia Claro Huneeus se ha trasladado sin padre a una hermosa casa blanca estilo inglés, muy del gusto de la madre, quien le encargara los planos al arquitecto Luis Prieto Vial. Él es hijo de Jenaro, el novelista chileno que ella más admira junto a la prosa de María Luisa Bombal. Del primero, adora su humor e invención; de la segunda, su capacidad de plasmar en imágenes el sentimiento más íntimo de mujeres amortajadas... o la ensoñadora sensualidad de las que viven en vida su última niebla.

De mortajas, Ester Huneeus sabe todo lo que hay que saber, como sabe también en lo más hondo de sí que nunca saldrá jamás de su última niebla. Aquella que la envolvió en Concón, en las tumbas del mar. Y mientras los hijos crecen de acuerdo a sus respectivos ritmos y ensimismados en sus soledades, ella acude a su talento y fuerzas para salir adelante. Hace clases para mantener a la familia, escribe para ser feliz y trabaja en la parroquia para darle curso a su inquietud social. ¡Son tantos los necesitados cuyas "casas" –mediaguas– se lleva todos los años la crecida del río! Su espíritu se alimenta de la misa diaria; su inteligencia, de la lectura voraz, del lápiz y el papel.

Aparece al fin en las librerías el volumen "Papelucho historiador", donde Marcela Paz les va narrando a otros niños ciertos hitos de la historia

de Chile. E inspirada su fantasía por aquella petición que le hiciera años atrás el padre Hurtado, "Papelucho detective" toma forma y se aventura sin temores en ese submundo que representan en Chile las poblaciones marginales. Habría que ver, sin embargo, hasta dónde. ¿Hasta dónde se trata del mismo Papelucho?

> *De tanto y tanto pensar en los indios, por fin conseguí ser un indio de verdad, y mientras duermo soy un araucano. / Porque sueño todas las noches en indio y mi vida de indio es mejor que la otra. / En la mañana me levanto de un brinco, y eso es todo (...). Porque los indios no tienen obligación de lavarse los dientes ni bañarse, ni andar limpios, ni cambiar camisa (...). No hay que pedir permiso para nada. Uno se manda solito y lo único que tiene que aprender es a disparar bien la honda, a nadar en el río y a criar fuerzas levantando piedras para hacerse buen hombre.* ("Papelucho historiador").

Sí, es el personaje y se reconoce como tal. Sin embargo, como él se implanta sobre ese pie forzado que es relatar también algunos hitos del acontecer histórico, la chispa se le apaga bastante al pobre en relación a sus anteriores movilidades. Sus aventuras reales transcurren en sueños y tal vez esto sea lo que empalidece sus contornos. Porque en este "Papelucho...", lo que se echa de menos es, a todas luces, la realidad circundante. Mucho más directa y tangible, en la pluma de su creadora, que los avatares librescos de nuestra historia. Porque, en definitiva, el personaje de Marcela Paz necesita de la acción, tal como necesita de un entorno que lo delimite. Sólo frente a la acción misma y frente al mundo que demanda, el niño puede desplegarse –desde su interior y externamente– con toda su carga valórica, con la genialidad irrestricta de sus reflexiones y con esas dudas existenciales que lo hacen tan cercano y atractivo.

"Papelucho detective", en este marco, constituye la antítesis del "Historiador". Y para demostrarlo, basta leer algunos de sus párrafos. Como éste, donde el niño observa extrañas actitudes en su hogar y en las personas que conforman su familia:

> *La mamá estaba rara. Y al otro día seguía igual. Un poco lunática y como pensando siempre en la misma cosa. Y contestaba una tontera cada vez que uno le preguntaba algo. La Domi andaba con cara de marihuanera, el papá todo chinche con la mamá, como si ella estuviera enferma. Y algo pasaba aquí. Yo no sabía cómo puede cambiar tanto la gente en un solo día... / La famosa guagua me está penando (...). Y hasta en el colegio no pienso en más que en cunas, mamaderas y chales rosados.*

O este otro, donde describe fielmente una casa, no de las peores, de la población:

> *La casa del Orocimbo era como una sala de espera. Tenía suelo de tablas y una mesa con florero. Había un mueble con tres copas de campeonato y un retrato hinchado con marco y el Orocimbo vestido adentro como campeón. / La señora de él era gorda y colorada y de una sola pieza. Nos miró como con rabia pero después se le olvidó.*

Y como la idea va intensificándose, en el trozo siguiente aparece el Papelucho que amamos en todo el esplendor de su sensibilidad. Y, como siempre, nos conmueve con su percepción de la injusticia social:

> *El rancho estaba oscuro y poco a poco me acostumbré a ver con la luz que se colaba entre los tablones. No había nada que hacer ahí: unos tarros ahumados sobre la mesa, unas herramientas rotas en un rincón y en el otro un montón de trapos que servían de cama. De puro desesperado, pensaba yo que hay gente que vive en la miseria y es atroz. Y debe haber alguna manera de arreglar este asunto de la pobreza, y tal vez si pasara un camión todos los días por las casas y recogiera las cosas que se guardan y las repartiera, podría ser una solución.*

La inteligencia natural de Papelucho funciona aquí a todo dar. Por supuesto, la intención del niño es conseguir su objetivo final, aunque sea –y él no lo sabe– manipulando a su mamá hasta lo inaudito. Así se advierte en las postdatas de esta carta, que él le escribe mientras está detenido:

> *PS.1. Que nadie se coma el queso de mi velador.*
> *2. Si viene a buscarme, tráigame cualquier cosa de comer.*
> *3. Yo me llevo acordando de ese señor tan conocido que se le perdió un hijo, y cuando lo vio llegar a su casa, de lo puro feliz hizo una fiesta y mató un cordero porque su hijo era pródigo. Si mata algo, que no sea mi tortolita, y no necesita comprar todo el cordero; alcanza con las puras chuletas.*

Papelucho querido: nadie te matará jamás tu tortolita.

1948. Ester y José Luis en Estados Unidos.

1956. Con su hija Marcela.

1982. Con sus nietos Daniel, Paula y Andrea.

¿Y sus hijos, esos otros cinco hijos que no son Papelucho? Bueno, para ellos también alcanza con las puras chuletas. De alguna manera se lo explicaba a sí misma Celia, la empleada que aparece en "La vuelta de Sebastián": "Uno no entiende a los ricos (...). Los ricos gozan sintiendo el estómago vacío. La hartura es un placer de los pobres".

El hecho es que, después de enviudar, la actividad literaria le ha ayudado a Ester a restablecerse en el aspecto económico. Lo mismo sus clases de cerámica, las restauraciones y todo aquello que pudiera no toparse con esa temible dadivosidad de la escritora. "La Ester era tan generosa, que delante de mis ojos le regaló a una amiga nuestra el monto completo de un cheque que había recibido recién. Y eso que ella también pasaba apuros; no estaba en absoluto boyante": así habló, antes de morir, su amiga Totó Cuevas de Leng. Sus hijos complementan hoy ese retrato al referirse a ella como una persona muy sencilla, muy replegada en su intimidad "pero que siempre recibía con los brazos abiertos". Aunque no fuera una dueña de casa perfecta ("ni siquiera sé pelar una papa"), Ester todo lo suplía con su encanto. "Con su corazón siempre abierto y esa cabeza suya ingeniándoselas siempre para entretener a los demás. ¡Para qué iba a querer las papas, Ester!".

"La mamá era de esas mujeres que cantan canciones con letra original, narran cuentos inventados y cuentan chistes propios". También les gustaban las aventuras de Papelucho: ellos gozaban arrebatándose las páginas que se desprendían, velocísimamente, de la inagotable máquina de escribir. Hoy, en cambio, le agradecen a su madre "por habernos dejado libres para hacer tantas cosas, sin estar encima", transmitiéndoles la idea de que todo es posible de llevar a cabo con las propias manos y que, cuando algo no se sabe hacer, hay que recurrir a la inventiva. "Esto valía tanto para arreglar una plancha como para empapelar paredes, inventar un teléfono o fabricar una muñeca". Del feliz ingenio de sus hijos, Ester parece haberse sentido bastante orgullosa. Quizás por eso nunca protestó cuando uno de ellos llevó a la casa una *burra* (auto) toda derrengada y empezó a armarla en la casa a puro instinto, embadurnando techos y muros, el césped y las plantas con un aceite verdoso que pasó a ser su mejor uniforme. "Nunca me retó ni le importó que liquidara el jardín, que era muy lindo. La mamá era muy desapegada en lo material y, aunque echáramos a perder algunas cosas, nos estimulaba a conocer los mecanismos y funcionamiento de los objetos. Ella misma era muy curiosa al respecto". Andrés también recuerda que su

hermano menor empezó un día a curiosear en serio hasta lograr desarmar entera una radio, manipulando los cables hasta que consiguió dejarla nuevamente funcionando casi mejor que antes." Pancho tenía como 12 cuando armó un aparato complicadísimo que ni Marconi lo hubiera soñado".

Marta Cruz Coke, por su parte alude al trato fácil que Ester tenía con los niños, destacando esas dotes educativas de su amiga: "Ella aplicaba lo que llaman una adecuada negligencia. Era de esas mamás que no se inmutan si ven a los hijos embarrados hasta el cuello y tenía con los suyos una actitud muy natural. Ellos habían heredado de su padre toda la dulzura y la finura del mundo, pero de su madre, esa gran capacidad de acogida, de comprensión, de *com–passion*, como dicen los ingleses, logrando el ideal del filósofo Gabriel Marcel: no poner nunca al otro al frente de uno como objeto sino como sujeto: "¡Yo nunca vi a nadie que viviera esto con la naturalidad de Ester! ".

Y si en la casa de Américo Vespucio cada uno hacía lo que podía para ser feliz, con una madre bastante intransigente en ciertos aspectos y totalmente volcada a la escritura después de la muerte del marido, tampoco en la vida de Ester había mucho espacio para la expansión de los sentimientos. La realidad le resultaba, por cierto, muy demandante y el día a día se le va como un soplo en un feroz traqueteo. Entre una cosa y otra, sin embargo, aparece publicada su novela "A pesar de mi tía" en la Editorial del Pacífico, a la que entrega también las zozobras más recientes de "Papelucho en la clínica" que, para variar, resulta un éxito:

> *Ahora sí que casi no escribo nunca más mi diario: Porque por culpa del Casimiro casi me muero. Yo estaba en la clínica acompañando a mi mamá y a mi hermana de un día, y mientras ellas dormían yo estaba obligado a pasearme por el famoso pasillo. Era puras puertas iguales, todas cerradas, todas blancas y con números (...) resulta que en el número 15 había un niño como yo y estaba solo y me convidó a entrar. Y era el Casimiro (...). Y así conversando y conversando nos pusimos a jugar y él inventó que hiciéramos las "cambiaditas". Y el cambio era que yo me metiera en la cama de él y él se vistiera con mi ropa. Y justo cuando yo me había metido en su cama, abren la puerta y nos pillan jugando. / Era una enfermera con cara de "no me haga perder tiempo" y sin decir palabra, tac me clavó una inyección en el brazo que ni sentí el pinchazo.*

¡Bueno! Alguna experiencia tenía Ester Huneeus en avatares paramédicos y de jeringuesca índole. Y no sólo por la colaboración desinteresada

que obtenía de ella el consultorio de Vitacura, ubicado a un par de cuadras de su casa; también porque –reconozcámoslo– nada le gustaba más en el mundo que colocar inyecciones. "Era atroz", se ríe una víctima, "no sé si tenía la mano dura o no, ¡pero a uno le dolía como caballo!". Y es que andaba siempre tan apurada, que no había tiempo para más delicadezas. Ponte de guata, bájate los pantalones, un par de palmaditas, el algodón y ¡zas! Y como era tan eficiente...

Al año siguiente de la muerte de su padre, el viejo pero aún potentísimo don Pancho, Ester se embarcó, como en los viejos tiempos, en algunas incursiones periodísticas fundando un par de publicaciones infantiles que los adultos de hoy no olvidan. La primera fue, en Zig-Zag, la revista "Pandilla", que dirigió ella misma durante un año y medio. Si no duró más fue a causa de los tiempos y sus inatacables avances. Porque, como ella era porfiada y creía en lo que hacía, mantuvo aquí una línea similar a la del desaparecido "Peneca", sin querer dar su brazo a torcer para *aggiornarse* en lo referente a reducir el contenido a tiras cómicas, que por esos días tenían mucho mayor éxito. Su fidelidad al esquema antiguo le jugó esta vez una mala pasada, como si el conservadurismo paterno le hubiera frenado esa fantasía proveniente de su madre. En esta ocasión, modernidad mediante, una mayor amplitud de criterio hubiera podido, a lo mejor, salvar esta empresa.

Pero no. Ester no pensaba transar en el rescate de la actividad lectora como la forma más valiosa de recibir y de interactuar con ideas ajenas: el proceso le parecía infinitamente más complejo que un mero sentarse a mirar imágenes. Su propuesta era dejarle plena libertad a la imaginación y esto no resultaba fácil dado el rumbo que habían adoptado las demás revistas para niños. Nada reemplazaba la lectura, decía ella: leer no tiene parangón formativo para la inteligencia y el desarrollo emocional de los más chicos. De todos modos, el lento naufragio de la revista no obstaculizó su creatividad en esta área, puesto que algo logró hacer en su breve paso como editora de la página infantil del diario La Nación. No es improbable que, justo estando en el desempeño de esa labor, hubiera recibido las primeras noticias de una edición rusa de "Papelucho", de la cual misteriosamente nunca logró hacerse nadie de ningún ejemplar.

Pérdidas y misiones, estropajos y dix-lesias.

Durante las dos décadas que siguen, Ester Huneeus se dedica de lleno a sus libros y continúa escribiendo a máquina, en cualquier parte, en su cabeza

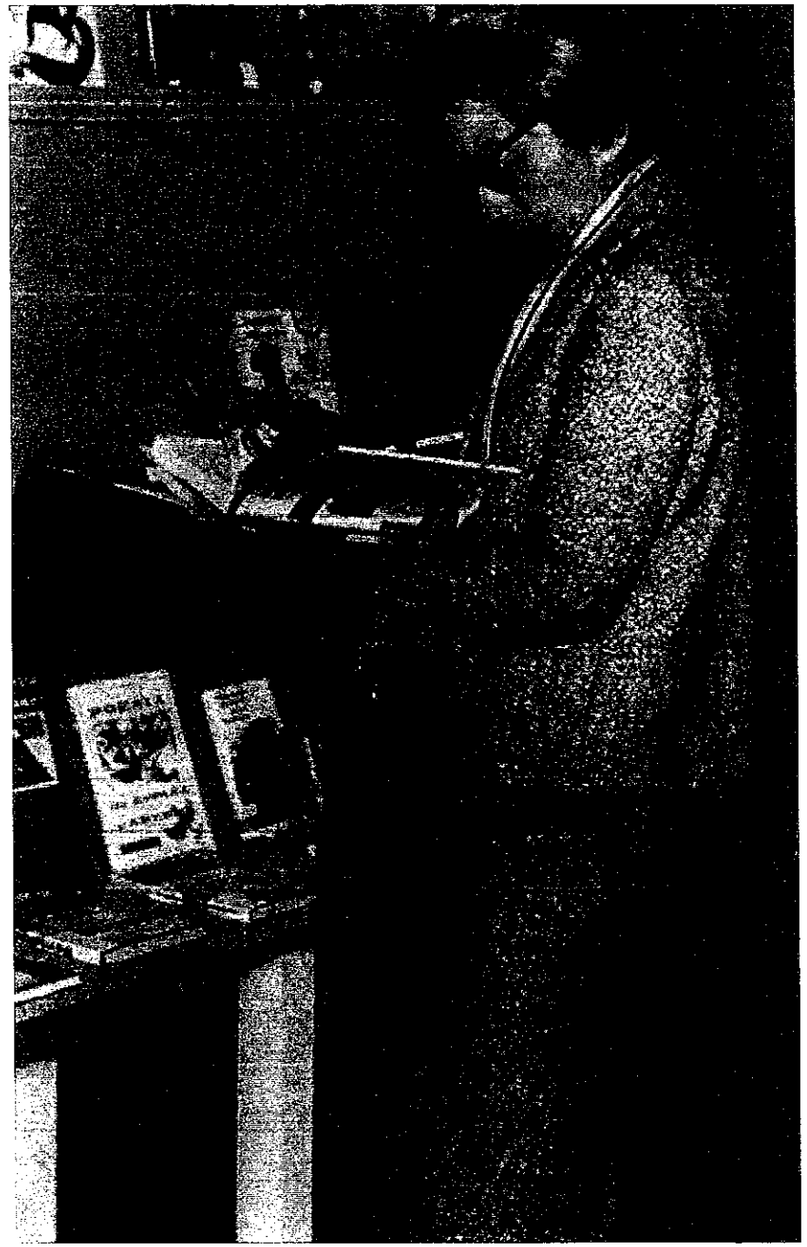
o en el auto, imaginando decires y visiones de mundo que la interpretan e interpretan a los niños. O más bien, que le ponen nombre, apellido, dirección y teléfono a sus cuestionamientos, ya sean sociales o existenciales, así como a sus inquietudes más íntimas. Marcela Paz ha ido dilatando, de a poco, su intuición original de "Papelucho" y se decide a extender la saga con las reflexiones, aventuras y desventuras de su personaje, Papelucho el único. Pero, en vez de caer en el desmedro del dicho popular (segundas vueltas, terceras, cuartas, nunca son buenas), ella permanece fiel a su creación, que ya está fijada –incluso en su aspecto físico, un acierto también de Yola– en ese depósito sin fondo que es la memoria de sus numerosos lectores.

> *Soy un perdido y la Jimena del Carmen, ídem, y lo peor es que nadie nos busca,* comienza diciendo el pobre niño en "Papelucho perdido", publicado en 1960. *No hay avisos de radio que digan: Se gratificará con un Barril Millonario al que devuelva niños perdidos, etc., etc.; ni cosa por el estilo. Porque mi familia es de esa gente que busca las COSAS perdidas, pero jamás la fruta ni la plata ni los parientes. Tampoco buscaron a la tía Ema, sino que dijeron siempre: la Ema es una perdida, y se acabó el cuento. / Ellos creen que uno se pierde adrede y quieren obligarlo a encontrarse.*

La lucidez de Papelucho es extraordinaria, aunque no lo sea tanto su dicción –para alegría nuestra– ni, menos, su escritura. Abierto siempre al paraíso que le regala en cada esquina su inmensa capacidad de asombro, él registra, perdido y todo, la siguiente estampa, de lo más bucólica, en su diario:

> *Amanecer entre cerros solitarios pero llenos de cabras recién levantadas, es precioso. Ellas estiran el cogote y prueban su voz a ver si les funciona; después corren a saltitos, se desparraman por el mundo y comen calladas. / Las cabras mamás no tienen problemas: sus hijos nacen sabios y las guaguas toman sus mamaderas calladitas. Yo creo que si la gente le aprendiera a vivir a las cabras sería muy feliz.*

En 1964 y a sugerencia de Carmen Bravo Villasante, presidenta española del IBBY (Organización Internacional del Libro Infantil), Marcela Paz crea en Santiago la sección chilena de esta reconocida liga. La misma que cuatro años después la honrará con el premio "Hans Christian Andersen", otorgado en Suiza, en 1968. Pero como ella se ha mareado siempre en los aviones o en cualquier cosa que se mueva, le pide a una



1964. Marcela Paz en un Congreso de Escritores, España.

sobrina que le traiga el premio a Chile, en representación suya. Así, sin mayor aviso, el diploma aparece un día en su casa, envuelto en una caja cilíndrica de color negro que le da la apariencia, según dice, de un catalejo. La verdad es que no se toma estos honores muy en serio, en parte por no avalar su vanidad, en parte porque le gusta jugar y juega; sobre todo, juega a reírse de sí misma, aunque también le influye, y en no escasa medida, su timidez. Además, junto a esa desconfianza generalizada que a menudo la domina, sigue vivo en ella ese realismo casi cruel, cuyo peso le impide elevar su autoestima por las nubes. Lo lindo es que la escritura, ese quehacer que la imanta cada día con mayor fuerza, le sirve también ahora de puente para ir creando después a la "Ji", sacándola de esa niñita traviesa, ese duendecillo irónico que, desde su nacimiento, ella lleva adentro y a la que, por lo demás, alimenta. Una Ji que a ratos desaparece como en el libro, pero que en la soledad de su escritorio ella, Marcela Paz, busca y encuentra cuando quiere, recorriendo a gatas aquellos rincones más esquivos de su propia niñez.

Marcela Paz. Una escritora que nunca está sola del todo. No, al menos, desde que inventara a Papelucho, el *alter ego* infantil que la sigue represen-

1964. Primeras escritoras integrantes de IBBY Chile.

tando ya madura (el doble adulto es, como quedó establecido, Mariana, el personaje más interesante de "La vuelta de Sebastián"): Papelucho irá a ser siempre el más fascinante compañero de rutas. Según la imagen que le devuelven cada día sus líneas en ese espejo no deformado aún por el exceso de celo crítico, Marcela Paz ve el retrato más hermoso que de sí misma pudiera obtener: el de la escritora que goza la libertad de ser en la escritura y que hace gozar, en virtud de ésta, a todos sus lectores.

Carmen Bravo Villasante había leído sobre las andanzas y estaba al tanto de las gracias y aciertos de este personaje. Y como presidenta del IBBY español, la invita a su tierra para intercambiar ideas y ver la forma de promover la escritura de libros para niños, lo mismo que la lectura infantil y juvenil. Cartas van y cartas vienen, pero el asunto se demora. Como diría Papelucho, *en mi casa pasan cosas*. Y un poco antes de emprender el viaje a una España que se le presenta, en lo lingüístico, con un cierto artificio, a Marcela Paz se le cuela, esta vez con derecho a portada, ese personajillo adorable y rellenito que la cautiva. Un personaje que también es ella y que, ciertamente, no es Papelucho. Como ella, viste faldas y las viste bien, tanto como para poner en aprieto "al triste del niño" que, en este nuevo libro, está encargado de cuidarla: "Papelucho: mi hermana Ji" se publica en 1964.

Se trata, ahora sí y enteramente, de la Jimena del Carmen, aquella criatura que en el diario anterior se había perdido, pero no "de adrede", con su hermano más grande. Ella ha crecido un poco y ya no es una bolita de carne sino una delicia con zapatos que se ha dedicado "a desaparecer". El que paga los patos es, por supuesto, Papelucho, quien confiesa con desilusionado desparpajo:

> *Antes, cuando era chico, yo quería tener una hermana menor para mandarla. Pero ahora que la tengo, me arrepiento. Es completamente fatal. Porque las mujeres son fatales y también las mamás no saben educarlas (...). Resulta que en vez de poderla mandar, tengo que llevarme todo el día haciéndola aparecer.*

El asunto, en verdad, es tan serio que las antenas de su intelecto se le activan al máximo y, tomándose su papel muy a pecho, Papelucho anda de cabeza por culpa de la Ji (o de la Mena, depende del humor de su hermano). Todo lo cual termina parándole aún más las mechas allá arriba de su cráneo perplejo. Lo raro es que su madre se olvida de coscorrones y pellizcotes y ahora se derrite por él cuando lo necesita, o sea, para que encuentre a la Ji. El libro se va sucediendo con una actuación tan eficiente y magistral

de parte del protagonista, que da pie para que uno de los hijos carnales de Ester Huneeus, Andrés, emita hoy, convencido, su personal veredicto: "Papelucho fue el mejor hijo de mi mamá. No sólo no le dio ningún problema sino, además, le generó importantes dividendos".

Los años 1965, 1966 y 1967 representan para Ester un período de cambios. Se casan los tres hijos que viven con ella, Andrés, Paula y Pancho, se cambia de casa a otra más pequeña en Nueva Costanera y forma un grupo de artesanos entre los pobladores vecinos de El Esfuerzo. El objetivo es que ellos aprendan el tallado de la madera, así como los secretos de la cerámica, ese material que la cautiva desde sus mocedades y que la lleva a participar ahora en una institución benéfica, ARCA (Arte y Caridad), donde hace clases de modelación en greda. Pero había que seguir creando espacios para ese personaje que la habitaba completamente por dentro y cuya voz se modulaba, en su imaginación, según los cambios advertidos en la sociedad chilena. Y así surgirá después, a instancias de su nuera María Luisa, "Papelucho ¿Soy dix-leso?", en 1974. Sin embargo, a pesar de tanta creatividad burbujeándole en la cabeza, no cuesta adivinar, en una personalidad posesiva como la de Ester Huneeus, la sensación de extrañeza que la embarga al partir los hijos de la casa. No sólo se va sintiendo sola sino, interiormente, incluso algo celosa de quienes se llevan a sus adorados retoños. "Pero la razón"–continúa Andrés– "era muy de fondo: mi mamá necesitaba ayuda en todo sentido y la verdad es que ayuda no pedía nunca. Sin embargo, supo vivir y tenía criterios bastante futuristas para la edad y la época... Su fantasía y la calidad de vida que ella misma se forjaba le fueron posibilitando una autonomía absoluta durante años, sin que nunca necesitara de nadie". Paula, en cambio, opina: "Yo creo que necesitaba, y mucho, de todos nosotros, pero es verdad que no lo pedía; quizás no sabía manifestarlo en palabras y ese afán de *no molestar*".

O no sabía o no quería acudir a nadie, pienso yo, por mi parte. Porque sacando bien las cuentas como lo hace Andrés, "la mamá vivió tantos años viuda como soltera. Su matrimonio fue muy corto y ella afrontó sola sus compromisos de padre y madre. Claro, nos faltó a lo mejor el padre, que era para nosotros una figura muy ausente por su trabajo y su temperamento, y a lo mejor nos faltó también la madre. Pero nosotros tuvimos esa rara mezcla que se da cuando uno solo es el que intenta cumplir los dos roles".

Habiendo armado ya su casa definitiva en Nueva Costanera, frente adonde ahora la homenajea una estatua de la escultora Francisca Cerda, Marcela Paz junta en un libro las peripecias vividas en África por "Papelucho misionero" (1966). Unas aventuras que ya habían salido por entregas en la revista "Misiones" del Verbo Divino, en páginas que no desdibujan el perfil psicológico del niño:

> *A mi mamá le ha dado con suspirar y se cree mártir (...) en África no hay que pagar cuentas ni suspirar por nada, porque no hay casa. También yo pienso bañarme en el Nilo, así que usted no tiene que preocuparse de mi limpieza, porque me bañaré vestido.*

"Papelucho misionero" recibe un premio de la Office Chrétien du Livre en Francia (Huneeus misma declara que se lo dieron por este volumen), mucho antes de que "Papelucho" apareciera entre los trece mejores libros publicados en ese país durante 1980. En la edición francesa de 1952 llamaba la atención, entre otros exotismos, la pintura de una Domitila negra en un país donde prácticamente no ha habido habitantes de esa raza. Por suerte las ilustraciones de la editorial Bordas le devuelven a la Domi su color de piel, siguiendo la línea propuesta por otra editorial francesa. Nada de esto interesaría mayormente si no fuera porque, en su momento, "la tremenda ignorancia" con respecto a su país indignó a la autora del libro. Para contento de Huneeus, el premio francés se suma al reconocimiento que le otorga el IBBY en Suiza. Y es entonces cuando comienza a hablar de un Papelucho periodista, idea que oficialmente nunca concreta.

En vez de este proyecto, se instala muy luego en las vitrinas otro libro, "Papelucho y el marciano" (1968), donde se advierte el mismo tipo de humor pero en un tono más acallado; la misma inteligencia, espontaneidad, soledad y solidaridad del personaje. La acción, en cambio, se ve a ratos debilitada, se vuelve plana y algo confusa, aunque los diálogos siguen siendo graciosísimos:

> *–Mamá, una vez dijo usted que me daría una fiesta para mi cumpleaños.*
> *–Por supuesto que te la daré– dijo, limpiando una foto atestada de moscas.*
> *–Lo malo es que ya pasó mi cumpleaños–, dije fatalmente.*
> *–No me digas ¿cuándo fue?*
> *Paró de limpiar, me miró y escupió el trapo para seguir limpiando.*
> *–Usted debería acordarse. Yo era guagua cuando nací.*

El dedo en la llaga termina de ponerlo la autora cuando Papelucho cuenta, en otro lugar del libro:

Entonces la mamá sacó sus famosas pastillitas y nos metió una en cada boca y dos en la propia y de puro desvelados nos dormimos.

Qué duda cabe: ni las desmemorias maternales se han ido con el paso del tiempo, ni tampoco las heridas de hijos que se sienten olvidados... o convertidos en estropajos por sus "mamaes". Basta la mirada ausente y un trapito para limpiar desecho de moscas para corroborarlo. ¿Y las pastillas? Las pastillas... más vale dejarlas de lado y centrarnos en Det, el alucinante marciano descrito por Papelucho:

Era hecho de puntitos bailones y un poco luminosos que se veían sólo en la oscuridad. Era más chico que yo y tan blando como el humo de un cigarro. Casi pura cabeza, y quizás algunas patas que flotaban al compás de suspiros. / ¡Pobre Marciano metido en una cocina desconocida! Suave, blando, onduloso, casi sin cuerpo –tal vez de puros puntos de luz entre nosotros los hombres duros hediondos que comen y traspiran (...). / No quería asustarlo y me quedé muy quieto (...) yo sin querer lo había asustado... /. Quería darle confianza, ser su amigo. ¿Cómo podría ayudarlo?

Las buenas noticias llegan al poco tiempo de desaparecido Det, el "onduloso" amiguito del protagonista. Pero esta vez no provienen de Marte, sino del Japón, lo que para muchos niños de entonces viene a ser casi lo mismo: Marcela Paz firma contrato con una editorial japonesa para publicar "Papelucho" dos años después, con ilustraciones de Marcela Claro para esta edición, que sigue el estilo de los originales de Yola. Mientras tanto, en Chile el hippismo arrecia, *love and peace and flowers,* pantalones pata elefante y bordados en las faldas largas que rastrean el suelo. Se ponen de moda los zuecos, multicolores bandanas revisten las cabelleras enmarañadas al viento y... ¡cómo no!, Javier, el hermano mayor de Papelucho, sigue la corriente, mientras éste lo observa con lupa en su diario. He aquí a "Mi hermano hippie" (1971):

Javier venía llegando de vacaciones con una pinta harto inflamable. Traía el pelo largo y crespito, un cintillo a lo indio, pantalón verde con lagartijas blancas y en lugar de camisa, una cadena de lavatorio de la que colgaba una estrella de mar que se enredaba en unos pelos colorines que le habían salido en el pecho. En lugar de zapatos sus patas gordas y casposas se agrandaban silenciosas en el suelo y cada uña de los dedos del

pie tenía pegado un caracol de algún color cataclíptico. / Al verlo entrar, la Domi quedó putrefacta. La mamá se desmayó y el papá se puso tan sulfuroso que no acababa nunca de pasearse, aletear y dar puñetes en los muebles con frases maquiavélicas.

Las carcajadas con que fue recibido este volumen se reviven, en verdad, en cada lectura. El ojo de Marcela Paz revela aquí un espíritu cáustico al que, efectivamente, no se le va detalle de la nueva era. Como si el mundo fuera tal desde que Woodstock fue el Edén y los Beatles, el árbol paradisíaco del Nowhereland. Pero lo mejor, para nuestros efectos, es que el lenguaje de Papelucho sigue intacto, putrefacto y cataclíptico. O sea, que Papelucho vive.

Al año siguiente, Marcela Paz, cansada de tanto reírse con su hippie y quizás de observar tanto chascón revenido por las calles, opta por mandar a paseo a su personaje, dándole una apariencia distinta a sus peripecias. En "Papelucho en vacaciones" (1972), el niño escribe en su diario sus experiencias, a ratos en la forma dialogal del drama, con actos y todo, a ratos en la prosa que le conocemos:

Primer acto: (El día antes de salir. Escenario: dormitorio. Miles de porquerías encima de las camas). (...). Segundo acto: El papá y la mamá aparecen vestidos de scouts. Se ven bastante pésimos por lo ancianos que son. Los dos se creen capitanes de equipo. El papá y la mamá y no tienen ni la mayor idea de nada. El equipo soy yo y la Ji. / El suelo entero se vuelve bolsas, canastos, lienzas, cañas, gusanos, anzuelos, trapos, ollas y sacos de dormir. En total, trece bultos (...). Menos mal que los sueños los inventó Dios para consolarnos del desastre de lo que algunos llaman "campamento".

En el lapso transcurrido desde esta publicación hasta el otorgamiento del Premio Nacional de Literatura el año 1982, Marcela Paz publica una serie de relatos cortos y poemas cuyo origen son los recordatorios escritos por ella para los bautizos de sus hijos ("Cuentos para cantar"). A estos se suman "Muselina Pérez Soto", "El soldadito rojo" y "Los secretos de Catita", relacionados de alguna manera con sus nietos, y "Los pecosos", un libro simpático que pasa sin pena ni gloria. Con su amiga y colega del IBBY, Alicia Morel, le da curso también a "Perico trepa por Chile", que recibirá más adelante el premio Concurso Convenio Andrés Bello por la serie de televisión inspirada en el libro.

Los días finales de Ester Huneeus parecen ligados por extraño azar a esta historia que, si bien le pertenece en gran parte, no ha surgido total-

1982. Marcela Paz con Alvaro Arriagada, Ministro de Educación, recibiendo el Premio Nacional de Literatura.

REPUBLICA DE CHILE

MINISTERIO DE EDUCACION PUBLICA

Por cuanto el Jurado en conformidad a la legislación vigente ha reconocido en la obra de

Doña Esther Huneeus Salas

las condiciones que establece la Ley, se le otorga el Premio Nacional de Literatura y se extiende el presente diploma

Santiago, 19 de Octubre de 1982

Ministro de Educación Pública

mente de su mano. Es así como a los tres días de su muerte, los chilenos comienzan a ver diariamente en la pantalla chica a Perico, ese otro niño que recorre su país de norte a sur y que, con escasa originalidad, termina su periplo acotando: "¡Chile y su gente chilena son maravillosas!". Y aunque Perico tiene los mismos ocho años de Papelucho más alguno que otro rasgo de él, no es la fantasía sino el afán didáctico lo que ha inspirado a sus autoras. Y, para qué decirlo, esto va en desmedro absoluto del relato, que claramente no tiene mayor valor en cuanto literatura propiamente tal.

El último Papelucho de Marcela Paz aparecerá, como ya se dijo, en 1974. "¿Soy dix-leso?" mantiene ciertamente el registro de su autora, aunque baja bastante el nivel de la acción. De todos modos, los lectores prefieren lejos estas parrafadas del niño, que lo hacen inolvidable y que revelan aquí algo más en relación a sus sentimientos *de abandono*. Sentimientos que no por escuetos ni egocéntricos (Papelucho nunca ha dejado de tener 8 años y medio) resultan menos inquietantes y reales:

> *Hay papaes que cuando se les pierde un hijo, le toman un tremendo amor a su vuelta. Pero los míos no son de ésos. Son de los que lo ponen a uno en otro colegio. Uno no sabe si es por castigo o en premio de que volvió. La cuestión es que uno se pregunta y no se contesta. Y también me cayó nitrógeno el famoso colegio nuevo, porque es mixto, o sea con la famosa educación Sinsal y uno revuelto con mujeres (...). Aquí lo tienen a uno escribiendo y todo se enreda con los pelos de las chiquillas y lo que uno piensa se enreda con lo que piensa que piensan ellas de uno y viceversa. Y también ese modo de mirar de ellas que es molestoso (...). Total no se puede chutear en los recreos ni hacer zancadillas ni cosas choras, sino que puramente juegos mujeriles.*

¿Juegos mujeriles? Algún hijo comenta por ahí haberle oído expresar a su madre que *ser niñita fue siempre para mí una lata*. Frente a este tema, justamente, su actitud primera fue rebelarse contra la situación de la mujer, desde luego según sus niveles de conocimiento. En lo personal, sin embargo, si ella mantuvo una conducta bastante acorde con su conservadurismo, eso no fue así en otros ámbitos. Sin ir más lejos, en la creación literaria. Y en su libertad de movimientos. Y en esa autonomía interna que le imprimiera su sello y la preservara de superficiales trabas. Porque, en este aspecto, puede decirse incluso que Huneeus se planteó frente al medio como una disidente y que, en la pintura de personajes, Marcela Paz llega a ser tremendamente mordaz quizás sin proponérselo. Así ocurre con el estúpido

marido de Violeta, cuando afirma en "La vuelta de Sebastián": "Esto les prueba las ventajas que tienen ciertas mujeres. Pueden estar presentes y no ser importunas".

La mejor declaración de principios de su autora, empero, subyace bajo el sarcasmo con que tiñe otro párrafo de ese libro: "Las mujeres, por lo general, tienen su desquite; muchas ante el espejo, en el trabajo, en las cartas, o usando de sus manos para hacer alfombras u otras cosas, algunas viviendo de una hermosa fantasía o justificándose ante el público de algún modo. Pensando en que convencen, se convencen; y convencidas, creen estar en paz".

¿Habría leído Ester Huneeus a Sor Juana Inés de la Cruz y esa redondilla que comienza así: "Hombres necios que acusáis / a la mujer sin razón / sin ver que sois la ocasión / de lo mismo que culpáis?".

Los eslabones de una cadena

No fue el convencimiento de estar en paz lo que llevó a Ester Huneeus en 1964 a viajar a Europa, sino la necesidad de concretar, de una vez por todas, la invitación extendida por el IBBY. Pero, sobre todo, la nostalgia quizás no reconocida de poder abrazar a su hijo mayor, quien ha emprendido el vuelo hacia germanas tierras.

A ella, en verdad, no le atrae en absoluto atravesar así como así el océano, ya que subirse a un avión le despierta de nuevo inconscientes recuerdos de fragilidad y bamboleo: es la inseguridad, experimentada a niveles muy profundos en su niñez, a raíz del terremoto en 1906, que le dejara instalada la sensación de mareo al primer movimiento. Pero ahora, aunque el mundo se le ponga de cabeza, Ester se decide a armar el equipaje y con su hija Paula se van, tras reuniones y contactos en la Península, a visitar a Raúl que se encuentra becado en Alemania y, en esos momentos, la necesita.

Y haciendo aquí un enganche con la línea interpretativa de este estudio, es necesario explayarse sobre otro aspecto importante de su forma de educar a los niños, particularmente a los hijos varones. El lema interno con que se movía Ester, una madre sola, autoexigente y sobre-exigida a su vez desde la cuna, era: *Así lo hubiera querido José Luis*. Con ello no se percataba, probablemente, de que el patrón ético encarnado por la figura paterna pudiera cargar las espaldas de los hijos con una mochila más que pesada. Pero para una mujer que no solamente amara a su marido sino *lo venerara* no era, en verdad, ningún problema seguir directrices que, de estar juntos, ambos hubieran compartido. Esto no constituía ningún secreto para quienes

contaban con su confianza o con el privilegio de su amistad y así lo revelan los testimonios solicitados para este ahondamiento; lo mismo se ve en esos hermosos cuadernos que Ester les escribiera a sus hijos. *Así lo hubiera querido tu padre*: un *leitmotiv* educativo que, según quienes estuvieron cerca de la familia en la temprana viudez de ella, era a ojos vista muy difícil de seguir: "una carga no tan liviana de sobrellevar para unos hombros que se hallan en plena adolescencia". No había mejor impronta para Ester, tan perfeccionista en lo espiritual y moral, que aquella con la que intentara suplir, como pudiera, el rol del padre ausente. Incluso "dejando de lado su afectividad como madre y sin dimensionar, naturalmente, los alcances de su opción".

Y es que, nuevamente, el área de la afectividad siempre le ha demandado trabajo a Ester y, una vez sola, no lo visualiza tampoco como un área posible de expresión personal. El dicho inglés *don't show your feelings!* en su acento más británico, se transformará según Paula en un imperativo para la familia completa. Y ya sabemos que, para cualquiera, se trata de un ejercicio que sólo se puede desarrollar a punta de estoicismo, algo que a Ester le sobra. O de represión, cuando no es únicamente sangre sajona el caudal que circula por las venas. Es más, para muchas personas educadas en este principio, mostrar los sentimientos resulta de pésimo gusto. No extraña entonces que, paralelamente, si la imaginación había significado para Ester el gran escape frente a las trabas de su infancia, ella aplicara con sus hijos una escala muy alta no sólo en el fomento de su creatividad, sino en la exigencia de un tremendo rigor en la práctica de los valores éticos. Frente a lo primero, como se sabe, la prole se sentía sin embargo plenamente libre, y también frente a todo aquello que implicara fantasear, investigar, ensayar y pensar. Incluso para desarrollarse como personas –ya fuera por su propia cuenta– en otros dominios de la autonomía.

¿De qué se trata, entonces, llevando este hilo a lo más profundo?

Se trata, para Ester, de evitar ese dolor del desafecto o abandono surgido en su etapa de hija segunda. Esto la conduce, en su comportamiento, hacia las antípodas, llevándola a aferrarse en los momentos más duros de su viudez y soledad emocional, a esos mismos modelos restrictivos que obstaculizaran el fluir de su afectividad en los días de la infancia. O, por decirlo en una sola frase: se trata de una consecuencia evidente de aquellas *carencias nutricias* identificadas en capítulos anteriores, cuyos efectos concretos se manifiestan tanto en la experiencia real de maternidad como en las formas con que ella asume este rol. Sin darle alas, porque se le trabaron de niña, a la expresión abierta y material, física, de sus emociones, sentimientos y afectos.

Tirando la punta de esta madeja, se puede comprender fácilmente la actitud de Ester Huneeus en determinados espacios que detonan, bajo la figura de un arraigado pudor y de una altísima exigencia, esa contención "excesiva" frente al dolor personal. De las derivaciones de esta actitud no escapa ni ella misma ni, como bien se ha observado, sus propios hijos. Ester repite ahora, en su propio *cuerpo dolor*, esa herida inicial causada por la pérdida de esas dos figuras mitificadas que fueron la hermana y luego el marido. Y en relación a otros dolores, "Ester era muy privada, nunca se la vio derramar una lágrima por nada y ante cualquier situación familiar que la afectara, ella establece su gran barrera: el silencio".

Entre el silencio y la escritura: la vida

La vida, un camino. Un tema. ¿Un dolor? Dos temas recurrentes, los temas de siempre: dolor y amor, pérdida y posesión, yo y el otro. Entre ambos y con ambos, entre todos transcurre la vida. ¿Un camino? Muchos caminos y entre medio, bosques y lagunas, montes y valles, ríos y mares. He aquí dos fragmentos tomados del cuaderno de Ester a uno de sus hijos, bajo el título de *Te hablo a ti a los tres meses pensando en ti a los 20 años*:

> *El mundo es duro y severo en sus juicios. A veces se equivoca, pero muy raras veces. El mundo en su masa inmensa, sin comprensión ni sutilezas, el mundo intransigente es sabio (...). La fantasía soñadora cree descubrir siempre un tesoro escondido; hay mucho de cuentos de hadas en la filosofía de los corazones jóvenes (...). (Pero) el escepticismo es hijo de un espíritu que no tuvo la fuerza para luchar, ni la energía para vencer dificultades, ni la delicadeza de espíritu para saber seleccionar (...). La fuerza de un alma no se agota jamás. La medida del sufrimiento no existe.*

Pero las sombras se agigantan en la privacidad de ser, allí donde los cuestionamientos todos, incluso el más íntimo, abonan el terreno de donde surge la libertad. Y si, debido a sus elevadas expectativas y exigencias, el dolor y los dolores se traducen para Ester, según se vio recién, en un gran silencio, a Marcela Paz, por contraposición, destino o necesidad personal le ha sido dada la escritura. Esta es, como dice el poeta Machado, *palabra en el tiempo*.

En la mirada retrospectiva, no obstante, el proceso intercambiable y a veces simultáneo, dolor–amor, sigue aquí una sola línea, con eslabones sin duda emblemáticos que van conformando simbólica cadena. De esta cadena se nutre, a nivel de afectos primarios que se sofistican, esconden y

manifiestan, la vida psíquica de Ester Huneeus: su vida, todas las vidas. La suya puede graficarse claramente siguiendo esas dos vertientes, la del dolor y la del amor. Dos sentimientos, dos vivencias de honda raigambre que en algún punto se cruzan, configurando en Ester una oposición irreconciliable (pero a fin de cuentas, funcional) entre su sentido realista y el idealismo de su espíritu. Y si el amor está en el origen en cuanto ella ensalza el dato o la experiencia real, el dolor será la consecuencia más inmediata de la referida oposición, matizada esquemáticamente por un par de rasgos muy potentes de su identidad personal:

Uno es la fecundidad de su imaginación, que la saca a tirones del mundo real para conducirla, en un instante, de la fantasía al sueño, pero también, muy en lo hondo, a la negación de la realidad. Y en este proceso, lo que la salva fundamentalmente es la escritura, esa gran inventora de realidades. El segundo rasgo, en cambio, alude a su conocido toque de humor, por el cual la experiencia anterior se anula y dando todo un rodeo, ella vuelve a apropiarse de la realidad. Sólo que, por la risa, el sarcasmo o la mirada irónica, esta realidad deja de ser amenazante y ya no duele, se aligeran sus efectos, se pulen los matices y surge un mecanismo de tal inventiva que llega a sorprender muchas veces a sus propios hijos.

Las anécdotas se acumulan hasta lo increíble, tiñendo de colores muy alegres la vida de Ester. Como aquella vez en que, muy oronda, su hija la ve comulgando en la imponente catedral de Santiago con un guante a modo de velo tirado, así no más, sobre la cabeza, apenas visible su silueta entre las densas nubes del incienso, *bueno, y se me olvidó el velo*.

O esa otra vez en París, cuando ha quedado de juntarse frente a la Catedral de Notre Dame con Paula. Acercándose ésta a la puerta de la iglesia, ve una mano extendida pidiendo limosna y escucha una voz extrañamente familiar que eleva las súplicas de la pordiosera: *S'il vous plais, mademoiselle!!!* Y la hija: "¡Pero...! ¡mam...!" *¡Shhhht!*, impone la pordiosera. "¿Qué haces aquí, ma...?". *¡Shhht! Tú sabes que siempre quise saber qué–se–siente–siendo–mendiga.* Y vuelta a su francés perfecto, la mano se ahueca de nuevo mientras el brazo se alarga, implorante: *¡Una limosnita, por el amor de Dios!*

¿Imaginación? Sí. Pero también la irreverencia de una mirada que no trepida en acatar aparentemente las formas aunque, en el fondo, se ría de la convención. Porque a Ester, ese humor le colorea –también a ella– la vida; le permite adoptar, en el rictus levemente irónico del lenguaje, una cierta distancia frente a los hechos reales, frente a las instituciones y seres concre-

tos. Indomable es la alegría de vivir que a Ester *la entretiene* y le hace grata su estadía en este mundo.

Y es que, potenciada por la innata curiosidad intelectual que ella transforma inmediatamente en vivencia; por ese estado de alerta permanente frente al mundo, frente a los otros y, desde luego, frente a sí misma, en Ester despunta una sensibilidad rara que, desde su período de formación, ella intenta domar. O, al menos, encauzar en las vías del *deber ser* exigido por el medio. Un *deber ser* alentado en los primeros años por la cercanía de Anita, hermana mayor y modelo de modelos. Frente al muro de confrontación y, ciertamente, de referencia espiritual que constituía la hermana, Ester Huneeus libró sin saberlo duras batallas, aunque éstas no se revelaran más allá del ámbito privado, de sus luchas interiores y, ocasionalmente, de las páginas de sus cuadernos. Junto a esto, en algún momento empezó a configurarse en ella un sentimiento de soledad existencial. Sentimiento que fue oponiendo sus aristas, bajo las extrañas caras de la timidez, a esa sociabilidad pudorosa que la hizo ser, no obstante, tan querida.

Hágalo usted mismo

No hay que olvidar, tampoco, que gran parte de la energía y creatividad desplegada por Huneeus en áreas tan diversas, tras el deceso de su marido, obedecían no sólo a un llamado vocacional relacionado con sus talentos, sino también a una necesidad económica inmediata. Ester tenía que ganarse la vida para ella y los suyos; esto no le significaba ningún drama y, por cierto, la vida se la ganaba. Eran las circunstancias más que el medio, pero todo esto se avenía muy bien con su carácter independiente. Su callada dignidad de mujer y madre de familia la hicieron adaptarse fácilmente a su nueva situación, que apelaba por cierto a una sencillez y austeridad natural. Sin desdecirse nunca de su gusto artístico, de ese refinamiento simple que acarreaba consigo la apreciación feliz de las cosas bellas, éstas no constituyeron para ella, nunca, un límite. Ni para su ingenio, ni para su talento manual, ni menos para esa cantinela que ya era el pan de todos los días en casa de los Claro Huneeus: *Hágalo usted mismo, ¿quiere? ¿Para qué va a llamar un maestro? Mire, esto puede arreglarse así o... ¡ya está! ¡Desarmémoslo!* Esta vivencia para ellos es leyenda y cada uno la repite con una nota distinta de emoción, cuando no de orgullo. Porque imaginación, inventiva, habilidad manual, necesidad de independencia y autoabastecimiento, entretención mental, curiosidad, pasatiempo lo que fuera: nada le parecía a Ester más

indicado para educar a los hijos como individuos, como personas pensantes y depositarias de los talentos múltiples que Dios les dio. Por eso su madre –dicen ellos– los lanzaba, abran los ojos, en brazos de la más pura y fascinante entretención: la aventura de vivir cada hora desde la raíz misma de la fantasía.

Y si aún quedan dudas, es cosa de seguirles la pista a esos cinco adultos o, sin ir más lejos, al más pequeño de ellos. A ese niño que vive sumergido en el mundo de los inventos: Papelucho.

XIII. PAPELUCHO

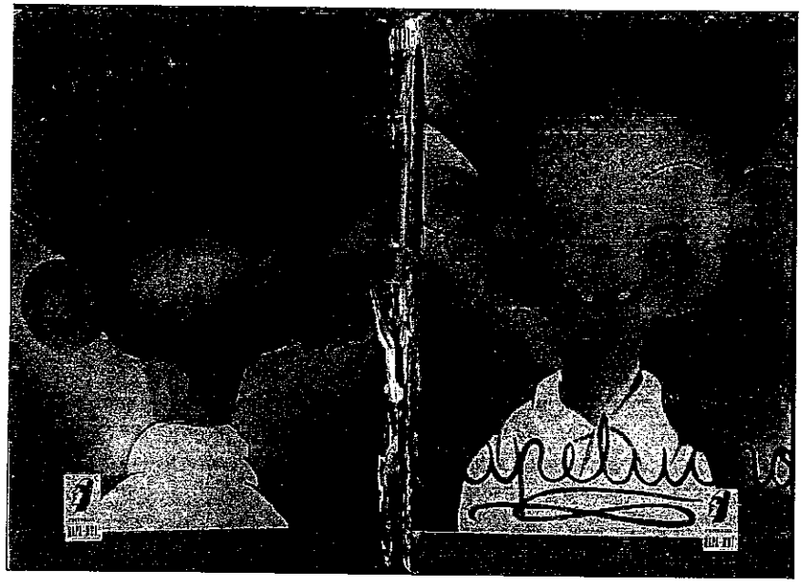
Reflexiones sobre el género

> *Quise hacer un personaje cómico, tierno (niño o niña) y fue tomando vida propia. La idea original se transformó en algo mucho más general: la palabra de los niños aquí y en todo el mundo.*
> (MARCELA PAZ)

Cuando un libro se inscribe, por voluntad de su autor, indicaciones editoriales o preferencias del público en áreas predeterminadas de la literatura, corre el riesgo no solamente de cortarse a sí mismo las alas y mutilar el vasto espectro de la creación artística, sino también de someterse a una de las grandes falacias del quehacer humano. Y en este sentido Huneeus, aunque ha declarado en varias ocasiones su intención de escribir *para niños*, resulta doblemente lúcida en relación a su oficio. Sobre todo si se piensa que no domina ninguna teoría, fuera de la que le dicta su conocimiento empírico:

> *Las imágenes que traen las palabras se reelaboran en la mente del niño formando un mundo de belleza (...), el nacimiento del universo interior y la sensibilidad. Es necesaria la imaginación más la introspección para hallarse a sí misma (...). Al escribir, uno no está preocupada del estilo. Expresarse es suficiente.*

En efecto. Delimitando campos que eximen de la discusión a aquellos escritos que no son artísticos porque no han surgido de la mera necesidad o del placer de crear, ninguna obra nacida de la voluntad libre y soberana del hombre puede asignarse de veras a un determinado público. Salvo que persiga, se entiende, otra finalidad. Las intenciones didácticas, moralizadoras, socializantes, psicologizantes, etc., aunque son muy legítimas –y en cuanto logran su fin pueden considerarse bien



Portada Papelucho primera edición, Editorial Rapa-Nui S.A., 1947.

1952. Papelucho en francés.

1972. Papelucho en japonés.

1973. Edición en Editorial Universitaria.

1980. Papelucho en francés.

1980. Papelucho en griego.

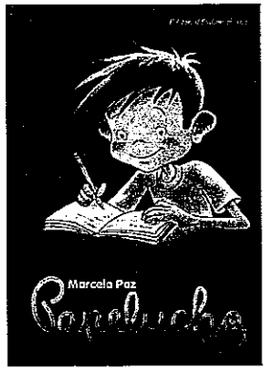
1997. Kid pocket en Francia.

1999.

2002. Consorcio Periodístico S.A.

2003. Ed. Sudamericana.

2007. Papelucho en italiano.



2009. Ed. Sudamericana.

hechas–, quedan fuera de ese quehacer inútil que es siempre el arte, en este caso, la literatura. Marcela Paz, por su parte, lo intuye claramente:

> *Mis amigas escritoras le meten la moral por todas partes (...). Yo no soy escritora, no tengo vocación de literata: cuando me preocupo de las palabras me quedo sin ideas (...). ¡Yo me he dado un gusto muy grande al escribir! (...). Es el mayor agrado que he tenido en todas las cosas que he ensayado en la vida (...). Escribir es una terapia porque ofrece cosas inesperadas y entretenidas (...) para poder decir todo lo que uno tiene que decir.*

En primer lugar, surge aquí el discutido tema de la llamada literatura *infantil*, adjetivo que no es aplicable, como ningún otro en términos estrictos, a la creación literaria en sí. Literatura de mujeres, literatura de adultos: ¿literatura para mujeres o escrita por mujeres?, ¿literatura para adultos o escrita por adultos? Nada: literatura a secas, sea quien sea el autor, sea cual sea su público. ¿Habrá sabido Rodin quien iba a contemplar sus esculturas? ¿Es Mozart un músico de adultos o de niños, de hombres o mujeres, de blancos o de negros, de viejos o de jóvenes...?

Obviamente, no es la intención comparar a Marcela Paz con Mozart ni Rodin, y no sólo por un asunto de sonidos o volúmenes. La genialidad artística es también un don escaso y no tiene que ver, en literatura, ni con la prosa o el verso, ni con el cielo o el mar. Homero es Homero, Marcela Paz es Marcela Paz, Ulises no es Papelucho... Pero las obras de uno y de otro pueden ser abiertas –suponiendo la existencia real del primero– por cualquiera que entienda las coordenadas y el lenguaje en que se conforman los respectivos universos.

¿Adultos o niños? Adultos y niños. Niños adultos, niños niños. Adultos niños, adultos adultos. Seres humanos que saben leer, que quieren gozar, que pueden volar: un zorzal.

Sin embargo, ya se dijo: "Papelucho" fue escrito pensando en los niños. Y en los adultos, para que conozcan a los niños. Y en los adultos que siguen siendo niños. Y en los niños que no quieren ser adultos, porque no los entienden ni los entenderán nunca. Simplemente, porque somos incomprensibles *¡y ya está!*.

Ahora bien: "Papelucho" habla de un niño. Más aún, en "Papelucho" y el resto de sus aventuras es un niño el que habla –escribe su diario–, y ese niño, Papelucho, tiene siempre ocho años porque no ha podido crecer. *Quise hacerlo adolescente, pero se me puso insoportable: pesado, cargante y prepotente.*

¡Un plomo! Y no pude. ¿Quién manda a quién?, se pregunta Unamuno en "Niebla". ¿Es el personaje quién busca al autor, seis personajes en busca de autor, Pirandello?

Quiero más a Papelucho como ha sido desde el comienzo: espontáneo, sencillo y más que todo, corriente, como son todos los niños, confiesa Marcela Paz.

Que no es su madre, como se ha insistido periodísticamente en un juego fácil pero falaz de palabras, sino su creadora. De su fantasía ha salido, sí, este niño, pero está hecho de un amasijo de palabras y no es otra su constitución. Que parezca de carne y hueso... es otra cosa. Y que sea más real que la totalidad de los niños, incluso más *él* que cualquier hijo de vecino... también es otra cosa. Porque como ha dicho la propia Ester Huneeus, hablando de sus personajes, *(yo) prefiero sacarlos de la realidad. La fantasía de Dios es infinita. Los personajes que Él crea no pueden competir con los de la imaginación.*

Papelucho es de papel y tinta, proviene de la alegría de crear y, por cierto, de esa imaginación muy concreta de la autora, pero es producto de la realidad. De una realidad observada sagazmente y de una maternidad muy fecunda pero no carnal: la que acoge en el seno de Marcela Paz a esa niña que sigue siendo Ester Huneeus. Una niña-niño que quiere hablar y que, para hacerlo, necesita escribir, simplemente porque para ser necesita de la escritura. No es preciso parafrasear a Heidegger, basta citarlo de memoria, "la palabra es la morada del ser". ¿Y la imaginación...?

...Y la imaginación de Huneeus inserta a Papelucho *siendo* en un lugar muy preciso, reconocible y, por lo demás, nombrado en los libros. Chile, Santiago, Viña, Concón... "Describe tu aldea y serás universal", dicen que decía Chejov, aunque otros le asignan a Tolstoi este hallazgo irrebatible. Ester Huneeus, en todo caso, prefería a Dostoievski, que se aviene más con sus afanes psicológicos y con la imperiosa urgencia suya de *entender*. Entender el mundo, entender a los otros, entender a los niños, entender a sus personajes y entender a Papelucho para entenderse finalmente ella misma y, de nuevo, para ser. Pero Papelucho no es su hijo; él tiene otra familia, de verdad muy verdadera: tiene padre, tiene madre, está la Domi, tiene hermanos y hasta un perro que le ladre.

¿Manipular al personaje, adueñarse de él? Imposible.

Quise hacer un Papelucho diabético pero no resultó. Porque el niño diabético no puede perder conciencia de su enfermedad. Y Papelucho no puede ser un niño *consciente*, sería otro, no sería Papelucho. El núcleo esencial de su encanto reside en su inocencia, en su espontaneidad, en la nula noción que tiene de sí mismo, en ese estar haciendo y reflexionando sobre la vida o

sobre su entorno, como se quiera. Pero jamás sobre sí mismo. (Sin embargo, Marcela Paz escribió por entonces un "Papelucho doctor" cuya publicación póstuma hoy por hoy no se descarta y donde la trama se urde alrededor de su encuentro con otro niño que, este sí, es diabético).

¿Declaraciones de autor? Sí. Y no: la intención autoral no interesa para la obra, sino sólo como dato biográfico. Lo que interesa es el logro, las páginas, el libro: una creación autónoma que ya no depende de nadie, a excepción de aquel que abre la tapa y empieza el recorrido línea a línea. Un recorrido que es siempre sorprendente en virtud de la(s) palabra(s), que le dan vida al texto mientras van encarnando al personaje de este niño... Y lo encarnan. Quizás porque, cuando las palabras se escapan de uno y se van hacia las páginas, es que ya no pueden seguir viviendo allá adentro, en el alma de su autor. Por eso, cuando el personaje no quiere crecer ni torcerse hacia algún lado a la fuerza, ni cambiar aunque su creadora insista... ¿de qué estamos hablando?

Un premio, un personaje

"En atención a su dedicación especial a la narrativa infantil, al hecho de haber creado un personaje literario de alcances nacionales y universales, y como una distinción a las numerosas mujeres que en nuestro país cultivan la literatura en forma sobresaliente", Marcela Paz recibió el Premio Nacional de Literatura en 1982. Sus antecesoras fueron Gabriela Mistral y Marta Brunet, muy bien. Pero el honor viene ahora con discriminación de género y así puede notarse en esta transcripción parcial de sus fundamentos: que yo sepa, ningún Premio Nacional otorgado a un escritor distingue en él "a los numerosos hombres que...". En todo caso, el jurado estuvo compuesto por Hugo Montes, Hernán Poblete Varas, Luis Sánchez Latorre, Graciela Illanes y, sin voto, Enrique Campos Menéndez, quien fuera el último laureado.

El asunto, finalmente, tiene que quedar muy claro: si con ello se quiso premiar no sólo a la escritora en cuestión, sino reconocidamente "a las numerosas mujeres" o, como se dijo también "a toda la literatura infantil chilena"... ¡Mal por el jurado! No hay una fundamentación real, este juicio es una pura abstracción. Porque, en definitiva y para no alargarnos, no es pertinente hablar de "literatura infantil", salvo que sea por convención. Y en este caso habría que especificar para saber de qué estamos hablando, lo que sí sabía muy bien Marcela Paz cuando dijo: *No merezco el Premio Nacional, porque se da por esfuerzo y yo escribo por gusto.* A mal entendedor...

Esto, en cuanto al mal llamado "género de la literatura infantil", porque subsiste otra pregunta en relación al tema: ¿qué es, literariamente hablando, "Papelucho" y los libros que lo siguen?

En estas páginas se ha efectuado un recorrido muy somero por (casi) la totalidad de la producción literaria de Marcela Paz. En ella hay novelas y cuentos, hay estampas, poemitas y relatos. No se conocen, en cambio, obras de teatro suyas, tal vez porque parte de su vida la vivió entre conflictos y duplicidades internas. Y porque el diálogo, ese elemento constitutivo del arte dramático, llevado adelante por personajes que encarnan (dialogalmente) un conflicto, ese diálogo, insisto, se le da magistralmente a Marcela Paz en sus obras narrativas sin ningún esfuerzo. Y esto no ocurre sólo en "Papelucho" y los demás "Papeluchos", sino también en los otros relatos –breves o extensos– que aquí han merecido una mirada crítica. Marcela Paz es netamente una narradora, pero ¿su libro "Papelucho" es novela o cuento?

María Luisa Pérez Walker, ensayista y profesora, aprovecha de dirimir las dos interrogantes de una sola plumada, estableciendo además las pautas para una aproximación crítica: "Marcela Paz, con "Papelucho", está entre dos géneros –es una nouvelle– y entre dos públicos: adultos y niños. La autora, en toda su producción, abarca obras para niños y adultos. Pero su pluma, por su humor y su ironía ante el mundo, se fija muy acertadamente en "Papelucho".

La opinión de Hugo Montes, el reconocido escritor y académico que fuera parte del jurado, insiste en el valor de la obra: "los más insignificantes sucesos de la vida diaria adquieren en la pluma de Marcela Paz un relieve estético. Ya desde sus primeros cuentos empieza a precisarse su inclinación a los estudios de psicología infantil y juvenil que luego van a definir su estilo (...). "Papelucho" es un libro ingenioso, alegre, adaptado a esa sana picardía infantil trasmutadora de realidades (...) (y) gusta también a los mayores".

Más concreto, por su parte, el poeta y ensayista Jaime Quezada resalta el lenguaje de la autora, "que recoge fielmente la expresión del niño, enriqueciendo sus historias con lo inesperado y la imaginación. Y no sólo el niño (...), también el lector adulto se contagia con una lectura dialogante y de síntesis".

¿No será hora de citar ya al responsable de tantos dimes y diretes, el mismo que "sin querer" está escribiendo su diario? Papelucho es un niño que siempre sabe de qué habla y casi siempre tiene la razón:

También es bueno dejar su diario cuando uno se muere para que la gente comprenda lo que uno era por dentro y conozca sus intenciones.

Quizás por eso su autora comenta: *Lo hice al principio muy pensador pero después se me puso más activo: a los niños les gustan las aventuras.* Y para qué decirlo, a ella también. De allí que no le importe un rábano afirmar que, *ahora en la vejez, me defiendo como un gato de espaldas. Me da una lata atroz la vida social, sin pisco sour nadie se pone a tono.*

Papelucho en su ámbito... y las traducciones

El historiador británico Peter Burke ("¿Qué es historia cultural?") hace un interesante recuento sobre "El tiempo inmóvil" en relación a los libros "infantiles", un mundo que a su juicio ha permanecido increíblemente estable. Hay, dice, tres temas principales: "los animales, el pasado y el mundo cotidiano presente". Con los animales hoy día se puede llenar un zoológico; el pasado es la Edad Media y se puebla de caballeros andantes, reyes, reinas, magos, brujas, castillos, palacios ("la serie de Harry Potter explota esta tradición"). Y los del mundo cotidiano presente hablan, por ejemplo, de un trencito rojo, "un tren a vapor que usa carbón y arroja un espeso humo negro"... ¡Piezas de museo! Lo mismo que los pueblecitos llenos de tiendas pequeñas, simpáticos policías, vendedores en carritos y bomberos, mostrando lo que supuestamente es una ciudad actual vale decir, la referencia inmediata del entorno para un niño.

Entonces, se pregunta Burke: ¿Por qué los libros infantiles exitosos son tan anticuados? ¿Por qué siguen con los mismos temas?

A su juicio, algunas historias modernizadas tienen que ver con el feminismo: "la bruja ya no es mala sino buena", "la heroína derrota a todos los caballeros", etc., pero el mundo representado sigue siendo el mismo que en las generaciones anteriores. Otra respuesta que aventura es que los niños están más cerca psicológicamente de los animales que de los adultos (siempre ha sido igual), de las granjas que de las ciudades, etc.

El tema es, en consecuencia, que "la distancia entre el libro y sus lectores se ha ido ensanchando gradualmente, y ahora es enorme. Y a veces me pregunto si los escritores de libros infantiles no estarán escribiendo principalmente para ellos mismos, expresando su propia nostalgia por un mundo construido a escala humana".

¿A qué escala está construido Papelucho, que hace gozar a tantos niños, asombrarse a tantísimos jóvenes y a reir a tantos adultos? La respuesta es muy simple, aunque parezca cosa de arquitectos: Papelucho está construido a escala humana en un mundo que todavía es humano, aunque no sea del todo

comprensible para el niño, porque está poblado de convenciones adultas. Y a los adultos que allí aparecen, concretamente la familia del protagonista –con la salvedad de la Domi, de la hermana Ji y eventualmente del perro o del marciano–, tampoco les resulta muy fácil acceder al mundo de Papelucho... cuando lo intentan. Frente a todas las papeluchadas, más bien, estos se desesperan y actúan, en la visión del niño, como los ogros en las películas...

En relación al sitial que "Papelucho" ocupa realmente en nuestra literatura, Jaime Quezada advierte que se trata de un libro "importante no sólo en la biografía (sic= ¿bibliografía?) de la autora, sino de la literatura chilena, no siempre muy feliz en el terreno de la narrativa infantil". Palabras que son corroboradas con creces por un juicio anterior del crítico Raúl Silva Castro, quien con muy buen ojo señala, a raíz de la aparición de este título en las librerías del país: "La inquietud de los chicos, sus bromas y payasadas, que suelen perturbar a los mayores, aparecen descritas con mano maestra. Basta este libro para consagrar a su autora entre los novelistas de las nuevas generaciones".

No andaba tan perdido, en realidad, Silva Castro, porque ya van 60 años desde que Papelucho comenzó a fascinar a los lectores de varias latitudes; a los chilenos, por de pronto, que hemos comprado a lo largo de este tiempo más de 9 millones de ejemplares con sus increíbles peripecias.

A los franceses, primero con su Domi oscura de pañuelo en la cabeza (1952) y después de otras ediciones más atingentes a la realidad, con la traducción seleccionada por la Office Chrétien du Livre como uno de los mejores títulos juveniles de 1980.

A los españoles, que apreciaron fragmentos de "Papelucho" en textos escolares de los años 70 *a continuación de "El Principito"* (Carta de Marcela Paz a Isabel Allende, 1976) y en la excelente compañía de Tagore, Wilde, Lope de Vega, Espronceda, Juan Ramón Jiménez y otros.

A los rusos, supuestamente, que se fascinaron –dicen que dijeron, porque nunca se supo de verdad, ya que hasta hoy no llega el ejemplar con la traducción– con esa picardía del personaje, bastante cercana, al parecer, a la idiosincrasia de su pueblo.

A los japoneses, que leyeron al revés los ya enrevesados pensamientos del maravillante protagonista.

A los italianos: también les calza su desparpajo, y no sólo el del primer "Papelucho", sino también el del "Papelucho casi huérfano".

A los griegos, que se lanzaron por su parte con unas ilustraciones, por qué no decirlo, de escasa calidad artística y basadas en una de las peores ediciones francesas (Bordas, 1976).

Buena venta ha tenido el libro en México y Colombia, mientras Bolivia lo leyó en fascículos, como las viejas novelas de Dumas. Y en Argentina, ¿viste? El área es distinta, pero algún parentesco tiene con Quino y su Mafalda: dicen que Papelucho cautivó a sus lectores, siendo elegido en el segundo lugar *en una selección realizada por expertos y alumnos*. (Carta de Marcela Paz a Isabel Allende, 1976).

¿Cuál sería su secreto, el secreto de Marcela Paz? Ester Huneeus una vez se fue de lengua y contó que siempre, de niña, se contaba cuentos a sí misma para dormirse. *¡Y todavía! Cuando empiezan esas cosas negativas que tiene la vida, yo las combato contándome cuentos. Con el mismo sistema de niña, distraigo la soledad.*

No es raro que prefiriera entonces, como comentaría ella después, esas historias nacidas directamente de su imaginación, porque los cuentos tradicionales son a su juicio demasiado crueles. *Quizás antes les gustaría llorar*, reflexiona, pero desde que vio, según dice, llorar a mares a un nieto por culpa de Cenicienta, decidió que no valía la pena abrumar a los niños...

(De modo que era cierto lo que me dijo esa tarde, sin ningún nieto en el jardín y desmintiendo tenazmente sobre la alfombra esa "blandura muscular" que la había llevado, dijo, a la consulta "de un doctor de futbolistas": *Fíjate que con los años, oye, me he transformado en un amplificador de emociones*).

En todo caso, con o sin cuentos de hadas, Caperucitas Rojas y Lobos Feroces, María Luisa Pérez Walker se encarga de medir con exactitud los altos grados del terremoto con que "Papelucho" fue acomodando, en nuestra tierra, algunas viejas fallas geológicas:

"Sin duda Marcela Paz, con la publicación de "Papelucho" en 1947, movió la escena lectora chilena, por muchos años acostumbrada a escritores foráneos que pretendían enseñar. Libros como "Las memorias de un asno" o "Las desgracias de Sophie", de la Condesa de Ségur, eran lectura obligada de generaciones que venían heredando una cultura fundamentalmente francesa. Es decir, Marcela Paz rompe con un molde de literatura centrada en lo didáctico y moralizante y pone, tal vez tímidamente, la escritura muy íntima y profunda en su naturalidad, donde un niño –ficción de carne y hueso– es el protagonista. Esto representa una gran novedad, un quiebre con lo establecido".

Esta idea de Pérez Walker viene a complementar el juicio del profesor y ensayista Juan Gabriel Araya, quien comienza con las siguientes palabras: "Una escritora necesaria". Y dándole la razón a esa mirada intuitiva que tuvo Huneeus frente a las lágrimas del nieto, Araya comenta que "Marcela Paz desplazó, en alguna medida, en nuestro medio a la literatura nórdica (Andersen, Grimm, por ejemplo), creando sus propios personajes con un carácter nacional y otorgándole un rostro más realista al género infantil. Su obra ha pasado a ser una lectura entretenida y deleitosa".

¿Y en la literatura universal?

En lo referente a determinadas gestiones relacionadas con la traducción de "Papelucho", es interesante consignar que, si bien ya ha sido vertido adecuadamente a la lengua inglesa, resultaría muy interesante realizar una nueva edición. Sobre todo, si se piensa en ciertas afinidades lingüísticas que simplificarían este trabajo. Los diarios de "Papelucho" están escritos sobre la base de una sintaxis simple, gramaticalmente ordenada aunque muy peculiar. Y la llaneza del estilo de Marcela Paz se refleja no solo en esa frase corta que tan bien se aviene a la estructura lingüística propia del inglés, sino a la modalidad en que se expresa el protagonista, cuya habla es muy directa y llana.

En Alemania hubo, por cierto, algunos intentos de traducción, y no sería raro que pronto apareciera en las vitrinas un Papelucho versado en la lengua de Goethe, pero con los giros aventureros de un Peter Schlemihl, el hombre al que Adalbert von Chamisso hizo perder su sombra. O con la simpatía, más aligerada, de un Till Eulenspiel.

Aventurando algunas hipótesis que pudieran jugar en favor de Papelucho, es cosa de imaginar la novedad y frescura eventualmente aportada por nuestro héroe a esos congéneres suyos que a veces reposan en las estanterías de las casas alemanas. Y en este sentido, no está de más darle una vuelta a esa especie de *necesidad* anglosajona –y celta, y también vikinga– en cuanto a configurar su imaginario mítico alrededor de figuras fantasmales, trasgos, gnomos, brujas, duendes, hadas, elfos, etcétera. Es decir, habitantes todos de una geografía más propicia a los largos inviernos y a esos climas brumosos que ostentan un vago parecido, si se quiere, con nuestras leyendas y mitos chilotes. En éstos, la Pincoya es una sirena, el Trauco un engendro medio merlinesco, el Caleuche, un wagneriano buque fantasma. Lo que Marcela Paz propugna, en cambio, es de una sencillez y simplicidad meridianas: plantarse con los dos pies muy firmes en la tierra y muy lejos del mar, los bosques, las islas o cualquier tipo de *accidentes geográficos*.

De acuerdo con lo anterior, entonces, no asombra que Papelucho sea tan extraordinariamente chileno y urbano. Como pudiera serlo, en dimensiones y ámbitos de muy distinto nivel pero asimilables lejanamente por el

habla, ese personaje caricaturesco tan popular en Chile que es Condorito. ¿Una irreverencia, un desatino? Sí. Pero no muy ajenos ambos a la forma de ser de Ester Huneeus. Evidentemente, la comparación con esta caricatura, más allá de "la chilenidad", no resiste análisis, ni menos en lo referente a calidad literaria, que por lo demás ni siquiera pretende el otro.

De la desmesura anterior surge, no obstante, otra observación. Y es que, en algún sentido, destaca en esta "aldea" nuestra esa duplicidad de rasgos que, en la literatura española, representan en sus respectivas antípodas los tipos literarios de Don Quijote (como ideal de la nobleza de sentimientos, los afanes sublimes y su perfil heroico) y el Lazarillo de Tormes (en cuanto villano, pícaro y antihéroe).

El tema queda aquí apenas esbozado, pero no deja de ser curioso que, habiendo tenido Ester Huneeus una educación de tinte marcadamente inglés, alemán y eventualmente francés, lo mejor y más logrado de su imaginario haya acudido a la tradición literaria de origen hispánico, en cuya lengua, dijo, jamás se sintió muy cómoda.

¿Será que ambos personajes (los españoles) se mueven, como Papelucho, mejor en el espacio que en las coordenadas de tiempo? Sin menospreciar las reflexiones acertadísimas o los lapidarios diagnósticos que de su entorno hace el niño de Marcela Paz, es en la acción misma donde aparecen ciertos referentes lejanos –y por él, desconocidos– de las obras clásicas mencionadas. Así se percibe en esa necesidad de actuar que moviliza la imaginación de Papelucho frente al mundo que lo rodea. Es hermoso y no solamente emocionante ver las acciones, tan sacadoras de quicio para los adultos, de este Quijotito justiciero, compasivo y solidario; es graciosísimo seguir a Papelucho en sus incursiones (bajofondescas o no, pero siempre ingenuas) de niño libre que, aunque sea sin amo, necesita abrir los ojos para conocer la realidad.

Don Quijote y Lázaro de Tormes: ¿una locura ezquizoide o partes contundentes de la humana naturaleza?

Mano maestra

Único en su género por esa espontaneidad auténtica que habla desde adentro del niño que es, Papelucho puede narrar su historia o sus historias solamente porque da cuenta de su ser en primera persona gramatical. Es decir, diciendo: yo. Un pequeñito pero rotundo *yo*. Lo que pudiera limitar en cuanto a omnisciencia –el narrador aquí es el protagonista y, por tanto, su

visión, como él mismo, está hecha de parcialidad– se transforma técnicamente en magistral acierto, porque posibilita hasta el máximo la verosimilitud de su voz. Una voz escrita en el diario de vida, pero que legitima al *otro* en virtud del diálogo. Y, de paso, se objetiva a sí mismo en esa pura realidad que es la ficción literaria.

En esto, y en el tono, en el timbre y en la calidad valórica de su habla –habla que es ser porque es escritura–, reside el tremendo impacto que provoca la figura ("tan real") de Papelucho en sus lectores. Y, en definitiva, en la literatura chilena. Ni Mark Twain con su Huckleberry Finn o Tom Sawyer, ni Charles Dickens con su victoriano David Copperfield o Nell se afincan con tanta soltura en la realidad inmediata. Tampoco George Sand con "La pequeña Fadette" ni... Asumiendo, claro, las respectivas y grandiosas calidades literarias de estos autores, así como la de sus respectivos mundos, configurados en identidades de visión, experiencia y de lenguaje. Y es en esto donde reside también la contemporaneidad permanente de Papelucho y, por lo tanto, su universalidad, aún cuando haya giros lingüísticos y situaciones tan reconociblemente chilenas que dificultan la traducción a otras lenguas y a otras mentalidades.

En relación con este tema, por último, cabe destacar que justamente por ser chileno Papelucho puede ser universal. Y que justamente por ser este niño todos los niños, Papelucho puede ser un niño muy grande en su niñez. Sin *pretensiones* de niño, sin interferencias de adulto.

¿Y qué hay de la voz de la autora, dónde está su mano que no la vemos? ¿Qué se hizo Marcela Paz?

Marcela Paz es un zorzal.

Y en sus alas lleva adherida la muerte, en las plumas la risa y el canto, en las dos patitas la agilidad del ritmo, en el buche el dolor y el "cototo", en los ojos... en los ojos...

Marcela Paz es un zorzal.

Una visión de los padres

En alguno de los libros, Papelucho expresa con extraordinaria lucidez lo siguiente, en una clara alusión al comportamiento que –a su entender–, han tenido con él sus padres:

> *La gente es muy distinta de lo que uno aprende en la Historia Sagrada. Siendo que yo era un hijo completamente pródigo, no hicieron ninguna*

fiesta para recibirme y me trataron igual que si nada hubiera pasado. Ni siquiera me preguntaron la aventura en la perrera. Porque son padres modernos o tal vez subdesarrollados.

En referencia a este tema, el escritor chileno Alberto Fuguet comenta: "La visión que Papelucho tiene de sus padres es apabullante y pareciera que él los quiere más que ellos a él; es cierto que en un momento el padre se presenta como "su mejor amigo", pero Papelucho le explica en forma clara que necesita más un padre que un amigo. La madre de Papelucho bien puede estar entre los grandes personajes de nuestra literatura, pues con pocas apariciones demuestra una ausencia continental y pone en entredicho que ésta es una sociedad matriarcal (aquí el rol de madre sostenedora y acogedora es sin duda Domitila, una mujer que nunca ha sido madre)".

Espigando aquí y allá las fugaces pero contundentes apariciones maternas, resaltan en verdad los pellizcos de esta madre, que actualizan la rememoración de Yola Huneeus, ilustradora original de Papelucho: doña Teresa Salas era efectivamente muy dada a estos ademanes bajo cuerda. Pero también se evidencia, y esto es más relevante, el sentimiento de un niño, Papelucho, que se sabe agotador para la mamá y una molestia, una carga para ella: *Me gustaría que la mamá se demorara mucho en sus diligencias en la calle porque así descansa de nosotros.*

Papelucho entiende a su madre o al menos la interpreta –¿cuántas veces le habrá trasmitido ella su pensamiento al respecto?–. Y sin embargo para él, este mundo es tan raro porque precisamente no hay modo de entender a los adultos, aun cuando detrás de la apariencia se vislumbra *algo* que el niño no puede o no quiere interpretar. Así, lisa y llanamente, él va y lo registra en su diario, y en esto se observa otra intuición magistral de Marcela Paz: el recurso directo, simple y eficaz del diálogo. En selección de Fuguet: "–Quítate, que estorbas, le dicen al que quiere ayudar y si uno se va, lo llaman. Ven acá tú y sé útil por alguna vez en la vida–".

En su calidad de lectura altamente valiosa, queda registrado a modo de cierre el comentario de un niño que se llamó José Miguel Ibáñez, poeta y ensayista. Y que, como Ester Huneeus con Marcela Paz, ejerce la literatura –en este caso, la crítica– bajo el seudónimo de Ignacio Valente.

Un testimonio lector

"El primer Papelucho"
Por Ignacio Valente
(El Mercurio, domingo 21 de agosto, 1982)

El Primer Papelucho
Por Ignacio Valente

"Papelucho es el único niño chileno que divierte hoy a lectores rusos, africanos, franceses, japoneses, y por cierto que sin distinción de edad. De las innumerables aventuras de este personaje tan nacional y cosmopolita a la vez, quiero recordar ahora –con ocasión del Premio Nacional de Literatura que ha obtenido Marcela Paz– al primer Papelucho, el de mi propia lectura infantil. Hace poco hablaba yo del temor con que abro los libros de mi niñez, pues no todos ellos resisten la prueba de una relectura adulta. La que hago ahora del Papelucho original –el primero de una larga serie– no hace sino confirmarme en el estupendo acierto literario y humano de su autora.

Las coordenadas del género literario infantil me parecen substancialmente tres: el universo de lo real maravilloso o la poesía natural de la niñez, cuyos modelos ejemplares serían *Alicia* y *El Principito*; el mundo de la aventura y del suspenso, cuya perfección representarían Stevenson y Jack London; y el tesoro inagotable de las leyendas y cuentos arcaicos, recogidos por Andersen, los Grimm y Perrault. Pero la lectura de *Papelucho* nos enfrenta a una cuarta y muy diversa posibilidad, ajena a lo poético, a lo aventurero y a lo legendario: el caso del niño como protagonista, y no a la manera de los niños de Dickens o Twain, que son muchachos vistos, pensados y contados a través de la conciencia de un adulto, sino –y ésta es la gran fuerza de Papelucho– el caso del niño visto desde sí mismo, recreado a partir de su propia y espontánea conciencia de sí mismo, sin más ayuda del narrador adulto que la convención de un lenguaje claro y revelador.

El lenguaje es, pues, el único préstamo que Papelucho pide a Marcela Paz para escribir su propio diario de vida. El resto –su mentalidad, su psicología, su conciencia de sí mismo– es todo intransferible y exclusivo del niño en persona, es decir, del talento de la autora para proyectarse sobre la infancia y recrearla desde el fondo del personaje mismo. Difícil proyección, que a veces no se da ni siquiera en libros ya clásicos del género, como el pobre Pinocho que, por simpático que resulte en algunos episodios, debe sufrir en muchos otros el peso de la conciencia adulta del autor, bajo la forma de moralejas y lecciones de conducta intolerables.

Que se aprecie, en cambio, la olímpica espontaneidad con que Papelucho enfrenta sus propios problemas morales: "Y la Domitila cree que la Gladys va a venir a matarla, así es que yo le traje el revólver de mi papá para que se defienda. Pero, cuando lo estaba mirando, se salió un tiro y se hizo un agujero en la pared y como la casa es vieja se cayó un buen pedazo. Yo no sé qué hacer para cuando llegue mi papá y vea esto, pero lo mejor es que me vaya a confesar enseguida (...). Ya me confesé y no era pecado lo del tiro. Cuando llegó papá le pregunté: –¿Sentiste el temblor?, y él me dijo que no. Yo no le dije que había temblado, pero de todas maneras él creyó que el pedazo de pared se cayó con el temblor. Eso no es mentira". Y en materia de compromisos religiosos: "Cuando entramos a la Capilla hice una promesa porque se mejorara Cariola: que su mamá se vistiera de Lourdes y no comiera más dulces en su vida. Una mamá bien puede hacerlo por su hijo". Y en asuntos de pedagogía y de "anti–moralina": "Además les dio por castigarme con la cuestión de la ropa y mi papá se puso firme en que no me compraran más que un par de pantalones y una camisa y, cuando se ensuciaban, me dejaban sin salir. Esto lo llaman educar y yo lo llamo tenerle pica a uno".

Papelucho, por fortuna, no necesita moralizar, porque él tiene su propia substancia moral, tan encantadora y de tan buena ley, que cualquier consideración adulta estropearía su intocable espontaneidad. Por lo demás, en materia de fabulación poética el niño no lo hace mal, y esta vez, igualmente, no por la interferencia de la poesía del autor sobre su creatura, sino por la visión genuina del niño y de su fantasía creadora: "Por fin llegó un telegrama que decía: 'Detenida por acontecimientos. Regresaré mañana. Cariños.' En la noche tuve un sueño raro. Soñé a mamá detenida por los 'acontecimientos', que eran hombres vestidos de uniforme y llenos de clavos, algo como las sillas del comedor. Y mamá trataba de librarse de ellos. Entonces, yo le prendía fuego a la casa y los acontecimientos se derretían".

Lo primero que gana al lector es la simpatía natural y desbordante del personaje. La proeza de Marcela Paz consiste en no interferir su vida propia, en prestarle con la voz narrativa sólo un espejo muy puro donde los rasgos del niño aparezcan como son, sin siquiera una sombra de la conciencia adulta. Sin embargo, la proeza es todavía mayor, puesto que a través de Papelucho la autora hace reír a las personas mayores, y precisamente en torno a la comicidad que el niño posee sin saberlo. Si lo supiera, sería sólo un pequeño payaso, y la tarea de inventarlo sería una tarea fácil y menor. El humor de Papelucho estriba justamente en los aspectos de su personalidad que para él carecen de humor pues le son consubstanciales, y divierten a quien puede mirarlos desde fuera: "Me saqué el primer puesto en la clase esta semana y otra vez salté estupendo. Es bueno ser perfecto y no ser vanidoso, como yo que desprecio el título de perfección".

En otras palabras, Papelucho es un *naif* auténtico, un ingenuo puro. La fuerza del relato está en revelarnos el alma de un niño visto por sí mismo, con su naturalidad propia, y desprender su comicidad del contraste entre esta visión interna y la que el adulto tiene de él, sin que ésta interfiera sobre aquella. El juego de espejos es difícil y está hecho con mano maestra. Si Papelucho se mirara en su propio espejo, sería *infantil* en el sentido ridículo de la expresión: niñoide, tonto. Si se mirara en el espejo de la autora en cuanto persona adulta y razonable, sería una caricatura o un títere de moraleja edificante, según que primara la ironía o la pedagogía. Pero Papelucho se mira en el espejo del corazón infantil de la propia autora, que es y no es suyo propio. En el realismo, la ternura y la delicadeza de este juego limpio reside el valor del libro y el encanto conmovedor de su personaje.

XIV. Homenaje y un epílogo

A modo de...

He querido presentarles a los lectores la figura de Marcela Paz, personaje de tantas generaciones conocido, para regalarles una visión personal –la mía, confrontada con otras en ambicioso rastreo– de quien fuera Ester Huneeus. Una mujer de su época que mira el correr de los tiempos con los ojos muy abiertos, que se involucra con la realidad y que interviene en ella siguiendo el llamado social, pero sin dejar de acoger sobre sí su vocación de escritora. En cuanto tal, la más alta manifestación de su talento reside en haber creado, bajo el seudónimo que la hizo conocida, un personaje que trasciende barreras, incluidos los límites de su propio pudor. Marcela Paz es, ante todo, la creadora de Papelucho.

La circunstancia de esta felicidad autoral no deja de ser bastante curiosa. Ese niño único en su ser infantil, tan cercano a nosotros y, quizás por lo mismo, tan querido, hoy se convierte extrañamente en un sexagenario sin edad en virtud de esos maravillosos efectos de alquimia que sólo puede lograr el arte.

El arte de la palabra, esto es, la literatura.

Fue apenas en 1947, sin embargo, que Marcela Paz vino a dar a luz literariamente, casi por partenogénesis –porque no se escribe sino con una mano y en identidad con único espíritu– a este niño adorado y adorable que siempre seguirá siendo Papelucho.

El tiempo ha pasado para Ester Huneeus; el tiempo ha pasado implacablemente para nosotros. Pero no ha sucedido ni sucederá lo mismo con Marcela Paz; no ha sucedido ni sucederá lo mismo con Papelucho. Porque ambos nombres, unidos, dan cuenta de un milagro de juventud (el de ella) y de niñez (el de Papelucho), milagro que se debe nada menos que a un decreto de voluntad de la propia autora, quien se resistiera infatigablemente al crecimiento de su personaje. Y, tal vez de un modo menos voluntario, al de ella misma como escritora.

Las cosas no fueron fáciles, sin embargo, para Huneeus, ni tampoco para su decisión de asumir su destino escritural con la voz, ya instalada, de Marcela Paz. Las resistencias en el medio fueron, en verdad, poca cosa al lado de renuencias internas y autoconspiraciones; de ese boicot persistente contra sí misma que implicara muy de fondo, y desde un principio, su propia timidez. Pero la tentación de gozar y hacer gozar a otros por la escritura fue mayor que cualquier otro canto de sirena. Y así la vemos lanzada, siempre contenidamente, a ese mundo de la literatura, pluma en ristre y con la risa en alto, mas no por ello en forma inconsciente.

En la creación de los sucesivos "Papelucho", no obstante, quien más se opusiera al paso del tiempo fue el propio niño que protagoniza sus mundos, dando cuenta así de una realidad que se impone como privilegio sobre quienes escriben de veras y de acuerdo a una vocación intransable.

La primera experiencia empírica de su autora se relaciona, en verdad, con algo que ella conocía ya por intuición: no es posible manipular a los personajes literarios, como no es posible manipular a los seres humanos. Aquellas *masas de palabras* que constituyen a los personajes tienen, a decir verdad, vida propia y su ser no se inscribe sino en el ámbito de la libertad.

Papelucho pudo haber llegado, como tantos otros niños literarios, a la adolescencia, pero su creadora no logró visualizarlo más allá de los ocho años. Se le tornó antipático, dijo, se le puso prepotente.

¿Y eso?

Papelucho se las quiso saber todas y se rebeló, como cualquier púber en ciernes, contra quien le estaba apurando la edad. Se rebeló contra Marcela Paz y le hizo ver a ésta que no pensaba cambiar de sueños. Que jamás transaría su encanto, su ternura, su desbordante y única simpatía. Que ni por un minuto sobrepasaría los límites de eternidad dentro de los cuales había sido concebido. Que seguiría paliando, como pudiera y no tan inocentemente, la injusticia... y que no estaba "ni ahí" con apretar esos nudos conculcadores de su libertad esencial.

Y de libertad sí que sabe Marcela Paz. De independencia intelectual, de fuerza y de fiereza. De creerle finalmente a su voz y de crearse un perfil en un entorno donde no era fácil hablar como adulta, siendo mujer en un siglo todavía de hombres y anhelando para sí la paz que adoptara para su seudónimo.

Estás llena de borbotones por dentro, me dijo Ester Huneeus cuando la fui a entrevistar en su casa de Nueva Costanera: *yo también era así como tú, un alma inquieta. ¡Chiquilla!*

Chiquillas...

La chiquilla era ella y así lo deja ver esa escultura de colegiala con que celebró a Marcela Paz la artista Francisca Cerda, plasmando en el volumen casi aéreo de una adolescente con un libro abierto en la mano, el espíritu siempre alerta de la escritora. Su alma tan llena de curiosidad, sus dedos ágiles y su corazón volandero.

Marcela Paz, la jovencita. Un libro: Papelucho. Para mayor abundancia, la conjugación de la aventura. Ese convite al conocimiento de sí misma que impelió a la autora a tomar el lápiz, esa convicción genialmente intuida de configurar, ella, Marcela Paz, una identidad unívoca con su niño tan querido.

Por eso el personaje es tan verdadero. La verdad de las mentiras es más verdadera y real que la realidad misma...

Por eso yo en cuanto niña, por eso todos los lectores y también nuestros padres –tardíamente– o nuestros hijos y nietos, precozmente, todos los que queremos reír o nos reíamos sin proponérnoslo... ¡Ahí estamos con Marcela Paz! Con su gracia exterior y su honda soledad. Con el pudor y la elegancia innata del que es y no se da cuenta de ello, del que disiente pero prefiere escribir. Del que quiere llorar y morirse, pero elige sin problemas el camino más seguro del humor y se deja encantar por la vida y sus luminosos cantos de esperanza.

Pero no nos engañemos.

Es Marcela Paz. Es Marcela Paz con su prosa directa y simple, con el ritmo veloz de la frase corta y punzante, con el diálogo rápido, entre inocente e irónico pero siempre veraz quien le otorga la vida a su mejor personaje, acudiendo sin aspavientos a la genialidad de adentrarse hasta el centro. Hasta la médula misma del alma humana cuando ésta aún permanece intocada.

Y esto es posible gracias a otro milagro: es Ester Huneeus, la niña, quien burbujea en su libro, en los libros de siempre, en "Papelucho".

No hubiera podido ser de otro modo: nadie que haya crecido hasta llegar a la edad adulta en serio podría haber creado así, con tanto desparpajo y espontaneidad, con un conocimiento tan cabal de lo que es un niño, a este personaje de papel y de Lucho, pero tan de carne y hueso, que es Papelucho.

Epílogo

A la hora de acostarme, yo no veo más que caras, todas las caras que han desfilado por mi vida. Y siento que la misericordia de Dios me va a perdonar todas las brutalidades que hice. Por ejemplo, cuando alguien ha venido a contarme una lata tremenda y yo lo he callado con un billetito... y, fíjate, siempre he tenido un sueño; una cosa que se agranda, que se agranda hasta agigantarse y después se achica. Puede ser una voz, o tal vez un túnel. No sé que es... ¿No te ha pasado nunca?.

("Yo escribo para entretenerme". Entrevista realizada por Ana María Larraín en 1982 publicada en revista Qué Pasa).

XV. Cronología y otros

Cronología de Ester Huneeus (Marcela Paz)

1902 Febrero 28: Nacimiento, según la partida de bautismo; es la fecha real, establecida definitivamente, que anula otras datas e incluso vaguedades de la misma escritora.
Ester fue la segunda hija de Teresa Salas Subercaseaux y Francisco Huneeus Gana.
En la primera parte de su infancia vivía la familia, ella y sus hermanos Ana, Francisco, Agustín, Yolanda, María Teresa (María Eugenia y Patricio nacerán tiempo después), en el antiguo caserón de la bisabuela, en el centro de Santiago, a pocas cuadras del Palacio Presidencial de La Moneda.

1905 El padre de Ester, Francisco Huneeus Gana, funda la Compañía General de Electricidad Industrial, junto con Raúl Claro Solar, su futuro consuegro.

1906 Terremoto de Valparaíso. La familia vive en Santiago en casa de la bisabuela materna, Magdalena Vicuña de Subercaseaux.

1908 Se encarga al arquitecto Carlos Cruz Montt la edificación de una casa para la familia en la calle Dieciocho 160 esquina de Vidaurre, cuando "se acerca el centenario de la Independencia". De tres pisos, jardín, cocheras. El fondo da a calle San Ignacio. A una cuadra vivía su abuela, Ana Subercaseaux de Salas.
A una edad en que los niños suelen entrar al colegio, Ester sigue en casa, como sus demás hermanas. Sus padres contratan profesores y profesoras extranjeras, las *misses* (alemana, inglesa) que les enseñaban sobre todo idiomas.

1913 Muere el 17 de julio Anita Huneeus Salas, la hermana mayor, de diabetes. Ester tiene 11 años.
Viaje de Ester y su padre a Valparaíso, el principal puerto de Chile.

1914 Ester lee mucho. Literatura inglesa. Lee a Santa Teresa de Ávila. Quiere ser monja.

1915 Cuaderno de narraciones escritas por Ester. Una de ellas es "Faberland".

1916 El primer libro escrito por Ester Huneeus se llamó "La familia bestia bruta", un divertido plagio de todos los chistes que circulaban en la época, con dos personajes protagonizando las anécdotas. Este manuscrito circuló entre todos los amigos de su padre, hasta que un día se perdió.

1918 Septiembre 12: En "La semana cinematográfica", número 19, p. 16, aparece una reseña biográfica de la actriz Mollie King ("traducido de The Star por una de nuestras lectoras") que Ester Huneeus logra publicar gracias al truco de hacerlo pasar por traducción. Ella lo considera su primer texto publicado.

1919 Poco antes de cumplir los 18 años, Ester Huneeus tiene su primer contacto con los ciegos, visitando a una familia no vidente junto con una amiga.
Ester estudia escultura.

1920 Baile de estreno de Ester Huneeus al cumplir los 18 años.

1922 Ester Huneeus saca su carnet de conducir, la segunda chofer femenina de Santiago, *cuando cumplí los 20 años.*

1923 Junio 11: Reunión de ciegos en el colegio de los Sagrados Corazones, los Padres Franceses. Al grupo de muchachas (aparte de Ester Huneeus, Fanny Fernández, Marta Guzmán, Carmen Morandé, Juana Solar y Elvira Valdés) lo apoya el padre Damián Simon, ss.cc. y monseñor José Espínola Cobo, deán de la Catedral de Santiago.
El grupo abre el "Boliche Indio", en el centro de Santiago, donde se venden sándwiches, empanadas, tejidos y costuras hechas por ellas, con el objeto de juntar dinero para esta obra.

1924 Septiembre 4: El gobierno decide, junto con otras leyes sociales, darle "personalidad jurídica a la corporación denominada Sociedad Protectora de Ciegos Santa Lucía del Departamento de Santiago".
Diciembre 31: Se aprueban los Estatutos de la Sociedad y se elige un Directorio. Juana Solar de Domínguez es nombrada presidenta, Ester Huneeus secretaria general, función que desempeña hasta 1950.

1925 El Hogar abre sus puertas en la calle Santo Domingo 2032 con 15 internos, elegidos entre los más necesitados. Rosina, una italiana enviada por el padre Espínola, les enseña a leer y escribir en braille. Se cultiva la música y se crea una "Orquesta Santa Lucía" a cargo de Marta Canales. En esto ayudan ciegos adultos que tocan en las calles. Ester les hace clases de baile y dactilografía.
Artículos de Ester Huneeus en El Diario Ilustrado sobre el divorcio y otros temas.

1927 Su primer vehículo fue un Ford del año 1927. *Me lo regaló mi abuela, que me quería mucho (...) había recién salido de la fábrica.*
Se le otorga el Premio Sanidad por su cuento "Pancho en la luna", publicado en el folleto "Lectura Selecta", bajo el seudónimo de Gotta Vonovon.

1928 La casa de la familia Huneeus Salas en la calle Dieciocho se vende debido a los apuros económicos provocados por la crisis mundial, que ya se anuncia, a fin de evitar la venta del fundo "La isla de Pirque". La opinión de Ester influye decisivamente en esto.
Francisco Huneeus compra la casa de Vergara 53 a la Sucesión Salas Subercaseaux, a la que pertenecen su esposa Teresa y sus hermanos Rita, Clara y Vicente Salas. Mientras duran los arreglos, la familia se traslada primero a una casa prestada y luego a Pirque, al fundo de la familia.
Julio 14: Viaja a Europa Francisco, hermano de Ester, *a dibujar.*
Julio 17: Muere Anita Subercaseaux, la abuela, según dicen, debido al alejamiento (por el viaje) de su nieto Francisco.

1929 Septiembre: La familia viaja a Europa en el barco *Cap Arcona*, a visitar a Francisco, que está enfermo. Allá permanecen unos cinco meses. Ester lleva los planos del nuevo Hogar de Ciegos y discurre con su padre, con quien tenía particular afinidad, una forma de recolectar fondos para la institución, que en Chile la llamaban "El Hogar por Favor".
Ester efectúa dos viajes, uno a Londres y otro a Hamburgo, en tren, con su padre con el cual visita la siderúrgica Krupp. En París el pintor Julio Fossa Calderón le presenta al escultor Raymond Rivoire, quien la acepta como discípula luego de examinar una figura modelada por ella. A su regreso a Chile tendrá en la Escuela de Bellas Artes maestros de la talla de Rebeca Matte, Virginio Arias y Samuel Román.

1930 En enero vuelve la familia de Europa, trayendo consigo al hermano enfermo: el diagnóstico es diabetes y se lo trata con insulina.
El Hogar de Ciegos arrienda una nueva casa, más grande, en la calle Gay.

1931 Exposición de escultura de Ester Huneeus bajo el seudónimo de Ada Romo.
Agosto: Llegan al Hogar de Ciegos Santa Lucía ocho religiosas franciscanas de España.

1933 Publicación de la colección de cuentos "Tiempo, papel y lápiz", su primer libro, bajo el seudónimo recién inaugurado de Marcela Paz, que se hará definitivo al publicar "Soy colorina".

1934 Ester enseña a los trabajadores (obreros) en la Universidad Popular Juan Enrique Concha junto con José Luis Claro, del que se enamora. Recibe como regalo suyo una agenda publicitaria de la empresa Nestlé. Preocupada del tema de la separación de los padres desde muy joven (1925, artículos en El Diario Ilustrado), decide escribir en la libreta el diario de un niño cuyos padres se separan. Así nace "Papelucho" en su primera versión, publicándose recién en 1947 y eliminando lo atingente al divorcio. "Papelucho" fue probablemente escrito en Pirque.
Ester Huneeus gana el Concurso Literario Club Hípico 1934 con su obra "Soy colorina", presentada bajo el seudónimo de Paula de la Sierra.
El cuento "Liselotte" recibe el Premio Andino con el mismo seudónimo.

1935 Marzo 30: Matrimonio con José Luis Claro Montes, en la capilla de Pirque.
Publicación de "Soy colorina", colección de cuentos, publicado por Editorial Ercilla con su nombre literario definitivo: Marcela Paz. Aquí se incluye "Liselotte".
La pareja se instala en una casa de la calle Sazié, heredada por José Luis y su única hermana Elena, recién casada.

1936–1942 En este período de tiempo nacen sus cinco hijos: Raúl, Marcela, Paula, Andrés y Francisco. En el intertanto, la familia se ha mudado al barrio Bellavista.

1947 La editorial de libros infantiles Rapa-Nui, de Hernán del Solar, llama a un concurso literario. Ester envía, con los cambios mencionados, el antiguo manuscrito de 1934, "Papelucho", y obtiene el segundo premio (de honor), compartido con Isidora Aguirre y "Wai-Kii". El primer lugar lo gana el costarricense Joaquín Gutiérrez con "Cocorí".
Septiembre: "Papelucho" es publicado en Rapa-Nui con las geniales ilustraciones de Yola Huneeus, hermana de Ester. Aparecen las primeras críticas (La Nación) en la prensa.

1949 Viaja a EE.UU. y Canadá acompañando a su marido, quien es gerente general de la compañía General Insa (INSA).
Este año José Luis Claro enferma gravemente del corazón, en su casa de Enrique Forster, en el elegante barrio El Golf.

1950 Se publica "La vuelta de Sebastián". Ediciones Ercilla.
Un conflicto en la gestión de la Sociedad de Ciegos Santa Lucía lleva a Ester a abandonar, con gran dolor, el directorio después de 25 años.

1951 Se publica "Papelucho casi huérfano" (Ediciones Ercilla) ilustrado por su hija Marcela Claro, quien se inspira en los dibujos originales de Yola Huneeus. Marcela continuará ilustrando los títulos siguientes de la serie.

1952 Se publica la segunda edición de "Papelucho" en Editorial del Pacífico.
"Papelucho" se traduce al francés y es publicado por Ediciones G.P. de París en la colección Bibliothèque Rouge et Bleu, en septiembre de 1952. El texto ha sido adaptado del original y es muy bien recibido en Francia (25 mil ejemplares cada edición).

1953 Marzo: Debido a la enfermedad de José Luis, la familia se traslada a vivir a su casa de veraneo en el balneario de Concón (litoral central de Chile). Ester se dedica principalmente a cuidar a su marido.
Se vende el fundo "La isla de Pirque", para gran pena de Ester.

1954 Febrero 22: Muerte de José Luis Claro. Ester y sus hijos se van a vivir con los abuelos maternos en la casona de Vergara, en el centro de Santiago. Ester publica un libro de poemas y cuentos, "Caramelos de luz", en Editorial del Pacífico.

1955 Se publica "Papelucho historiador", en Editorial del Pacífico.

1956 Aparece "Papelucho detective" (Editorial del Pacífico), inspirado en la petición del padre Alberto Hurtado (SJ), quien le insinúa a Ester tratar el tema de las poblaciones marginales.

1958 Se publica la novela "A pesar de mi tía". Editorial del Pacífico.
Aparece "Papelucho en la clínica". Editorial del Pacífico.
El 18 de julio muere el padre de Ester, Francisco Huneeus Gana.
Ester traba amistad con escritores cercanos al pensamiento demócratacristiano, como Alejandro Magnet y José Manuel Vergara, su futuro editor (Editorial Pomaire).

1959 Marcela Paz funda en Editorial Zig-Zag la revista "Pandilla". Es editora de la Página Infantil, diario La Nación.

1962 "Papelucho perdido". Editorial Pomaire.

1964 Ester Huneeus funda la sección chilena del IBBY (Organización Internacional del Libro Infantil y Juvenil), a sugerencia de Carmen Bravo Villasante, presidenta del IBBY español. Recibe una invitación para viajar a España, que extiende a otros países de Europa, incluyendo Alemania, donde se encuentra becado su hijo mayor.

1965 Aparece "Papelucho: mi hermana Ji" (Editorial Pomaire).
Se dedica a obras sociales en la Población El Esfuerzo y forma un grupo de artesanos en tallado en madera y cerámica.
Participa haciendo clases de cerámica en ARCA (Arte y Caridad), una institución con fines benéficos.

1966 Aparece "Papelucho misionero" (Editorial Pomaire), siguiendo la idea de un sacerdote del Verbo Divino.

1968 Recibe el Premio de Honor "Hans Christian Andersen", otorgado por la Organización Internacional del Libro Infantil y Juvenil, IBBY, en su último Congreso celebrado en septiembre en Amrisville, Suiza, por su obra "Papelucho misionero".
Publica "Diario secreto de Papelucho y el marciano" (Editorial Pomaire).

1971 "Mi hermano hippie" (Editorial Pomaire).

1972 Publicación de "Papelucho en vacaciones" (Editorial Pomaire).
La editorial japonesa Kodansha publica "Papelucho" con ilustraciones de Marcela Claro.

1973 Muere Teresa Salas Subercaseaux, madre de Ester Huneeus.

1974 "¿Soy dix-leso?". (Editorial Universitaria).
"Cuentos para cantar". (Editorial Lord Cochrane).
"Muselina Pérez Soto". (Editorial Lord Cochrane).

1976 "Los pecosos". (Editorial Universitaria).

1978 Se publica "Perico trepa por Chile". (Editorial Universitaria), obra conjunta de Marcela Paz y Alicia Morel.

1979 Recibe la Medalla de Oro del Instituto Cultural de Providencia.

1980 Diciembre: "Papelucho" en francés (Bordas Editions) es nombrado por Selection des Treize FOCS-OCL (Fédération des Organismes de Communication Sociale-Office Chrétien du Livre) como uno de los trece mejores libros publicados en Francia.

1981 Dos libros de cuentos y poemas, "El soldadito rojo" y "Los secretos de Catita" aparecen publicados por Editorial Universitaria.
Recibe el Diploma de Honor de la Municipalidad de Santiago.

1982 Se le otorga el Premio Nacional de Literatura 1982, constituyéndose en la tercera mujer en recibirlo (después de Gabriela Mistral, en 1951, y Marta Brunet, en 1961).
En España se publican trozos escogidos de "Papelucho" en el libro de textos "Bergantín", que contiene una selección de "El Principito" de Saint–Exupéry, junto a otras de Espronceda, Wilde, Tagore, Lope de Vega, Juan Ramón Jiménez...

1983 Premio Concurso Convenio Andrés Bello, Ministerio de Educación, por el libreto para la película "Perico trepa por Chile".

1984 Se inaugura en la Biblioteca Nacional una sala con el nombre de Marcela Paz.

1985 Junio 12 : Muere Ester Huneeus en su casa de Nueva Costanera en Santiago de Chile, víctima de un cáncer.
Su misa es concelebrada por 16 sacerdotes en la Parroquia de la Inmaculada Concepción de Vitacura y su entierro se efectúa en el Cementerio General de Santiago.

Homenajes

1985 Junio 16: "Perico trepa por Chile" empieza a transmitirse por televisión.

1995 Se recuerdan los 10 años de la muerte de Ester Huneeus con un Homenaje y Exposición en la Biblioteca Nacional.

2002 Celebración de los 100 años del nacimiento de Marcela Paz con un homenaje en la Universidad de Chile.
Nueva edición en colores de los 12 "Papeluchos".
Se inaugura en Vitacura (Santiago), frente a su última casa, una escultura realizada por la artista chilena Francisca Cerda.

2007 Celebración de los 60 años de Papelucho con una película, "Papelucho y el marciano".

Exposiciones sobre la vida y obra de Marcela Paz en Casa Lo Matta de Vitacura y Casa Colorada de Santiago, Montecarmelo de Providencia, Universidad de Talca. Organización a lo largo del país de concursos literarios (infantiles y de adultos) y concursos de ilustración infantil bajo su nombre.

Otros homenajes se suceden en distintos lugares de Chile.

Obras Publicadas

1927 *Pancho en la luna.*
1928 *La Princesita ciega.*
1933 *Tiempo, papel y lápiz.* Cuentos.
1935 *Soy colorina.* Diario de Vida. Editorial Ercilla.
1947 *Papelucho.* Novela. Editorial Rapa-Nui.
1949 *La Pecosa.* Poema. Editorial Ercilla.
1950 *La vuelta de Sebastián.* Novela. Editorial Ercilla.
1952 *Papelucho casi huérfano.* Novela. Editorial Ercilla.
1954 *Caramelos de luz.* Poemas y cuentos. Editorial del Pacífico.
1955 *Papelucho historiador.* Novela Editorial del Pacífico.
1956 *Papelucho detective.* Novela Editorial del Pacífico.
1958 *A pesar de mi tía.* Novela Editorial del Pacífico.
1958 *Papelucho en la clínica.* Novela. Editorial del Pacífico.
1962 *Papelucho perdido.* Novela. Editorial del Pacífico.
Recuerdos de nuestro matrimonio. (Coautora Maria Luisa Langlois) Editorial Zig-Zag.
1964 *Papelucho, mi hermana Ji.* Novela. Editorial Pomaire.
1966 *Papelucho misionero.* Novela. Editorial Pomaire.
1968 *Papelucho y el marciano.* Novela. Editorial Pomaire.
1971 *Papelucho: mi hermano hippie.* Novela. Editorial Pomaire.
1972 *Papelucho en vacaciones.* Novela. Editorial Pomaire.
1974 *Cuentos para cantar.* Cuentos y versos musicalizados. Editorial Lord Cochrane.
Muselina Pérez Soto. Cuento. Editorial Lord Cochrane.
Papelucho: ¿Soy dix-leso?. Novela. Editorial Universitaria.
1976 *Los pecosos.* Novela. Editorial Universitaria.
1978 *Perico trepa por Chile.* Novela. Editorial Universitaria (Coautora Alicia Morel).
1981 *El soldadito rojo.* Cuentos y poemas. Editorial Universitaria.
Los secretos de Catita. Cuentos y poemas. Editorial Universitaria.
1995 *Papelucho en mi agenda.* Agenda. Editorial Universitaria.
2003 *Colección Papelucho.* Actividades. Editorial Copesa.

2005 *Enciclopedia Papelucho.* Enciclopedia. Editorial Copesa.
2006 *Papelucho bilingüe.* Novela. Editorial Copesa. *Colección primeros lectores.* Extractos de Papelucho. Editorial Random House: *"Un estornudo inolvidable"; "Papelucho y la gaviota"; "Ha llegado el circo"; "Qué linda sorpresa, Ji".*
2007 *Edición facsimilar de Papelucho.* Rapa-Nui, 1947.

Antologías

1967 *Cuentos chilenos.* Sepúlveda Ll., Fidel; Pereira L., Manuel. Santiago, Chile. Fondo Editorial de Educ. Moderna.
1970 *Antología del cuento chileno.* Minguez Sendez, José Miguel. Barcelona, España, Bruguera.
1978 *Mujeres chilenas cuentan.* Reyes, Chela. Santiago, Chile, Zig-Zag.
1982 *Nuestros cuentos.* Morel, Alicia. Santiago, Chile, Andrés Bello.
1985 *Antología del cuento chileno.* Lafourcade, Enrique. Santiago, Chile, Importadora Alfa Ltda.

Bibliografía seleccionada

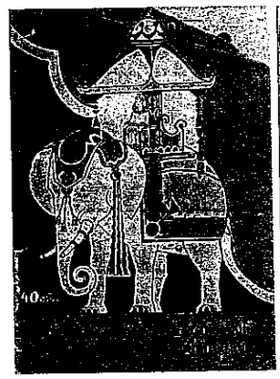
1935 *Soy colorina.* Marcela Paz. Santiago, Chile, Ediciones Ercilla.
1969 *Historia y antología de la literatura chilena.* 8ª Edición. Montes, Hugo; Orlandi, julio. Santiago, Chile, Zig-Zag.
1982 *Historia de la literatura infantil chilena.* Peña Muñoz, Manuel. Santiago, Chile, Andrés Bello.
1982 *Yo escribo para entretenerme.* Larraín, Ana María. Santiago, Chile, Revista Qué Pasa. 1 septiembre.
1989 *Papelucho sigue vivo.* Larraín, Ana María. Santiago, Chile, El Mercurio (Revista de Libros, 18 de junio).
1992 *Marcela Paz, Un mundo incógnito.* Cruzat, Virginia. Santiago, Chile, Universitaria.
1995 *Diecinueve entrevistas a la imaginación.* Varios autores. Santiago, Chile, SM. Editores.
1995 *Ester Huneeus: Marcela Paz es un zorzal.* Errázuriz, María Ignacia. Santiago, Chile, El Mercurio (R.d.L. N° 318)

Principales galardones

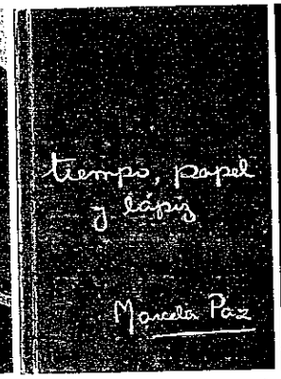
1927 Premio Sanidad por ®*Pancho en la luna*, Santiago.
1934 Premio Club Hípico por ®*Soy colorina*, Santiago.

1934 Premio Andino por *Liselotte*, Santiago.
1947 Premio de Honor de Editorial Rapa-Nui por *Papelucho*, Santiago.
1968 Premio de Honor Hans Christian Andersen, (IBBY), Amrisville, Suiza.
1979 Medalla de Oro Instituto Cultural de Providencia, Santiago, Chile.
1980 Premio Office Chrétien du Livre, por *Papelucho*, París, Francia.
1981 Diploma de Honor, Ilustre Municipalidad de Providencia, Santiago, Chile.
1982 Premio Nacional de Literatura, Santiago, Chile.

OTRAS PUBLICACIONES DE LA OBRA DE MARCELA PAZ



1928



Primer libro publicado con el seudónimo Marcela Paz, 1933.

1935. Editorial Ercilla.

1949. Editorial Ercilla.

1950. Editorial Ercilla.

1954

1958

1974. Ed. Lord Cochrane.

1974. Ed. Lord Cochrane.

1974. Editorial Universitaria.

1974. Editorial Universitaria.

1974. Editorial Universitaria.

1974. Editorial Universitaria.

1974. Editorial Universitaria.

1975. Editorial Universitaria.

1975. Editorial Universitaria.

1975. Editorial Universitaria.

1975. Editorial Universitaria.

1976. Editorial Universitaria.

1976. Editorial Universitaria.

1976. Editorial Universitaria.

1978. Editorial Universitaria.

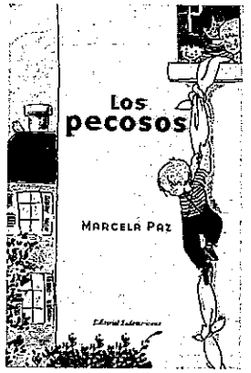
1981.EditorialUniversitaria.

1981.EditorialUniversitaria.

1988. Editorial Universitaria.

1990. Editorial Universitaria.

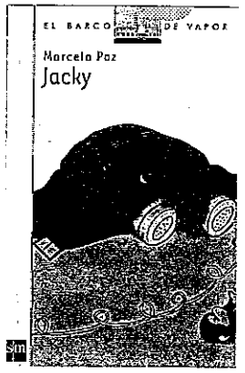
1995. Editorial Universitaria.



2004. Editorial Sudamericana.

2004. Editorial Sudamericana.

2005. Editorial Sudamericana.



2007. Ediciones SM.

2009. Ediciones SM.

2009. Ediciones SM.

BIBLIOGRAFÍA

AGUIRRE, MARÍA ELENA: Revista Rumbos, agosto 1963.

AGUSTÍN, SAN: "Las confesiones". Edic. Palabra, Madrid, 1998.

AYLWIN, MARIANA *et al.*: "Chile en el siglo xx". Editorial Emisión, Santiago, 1985.

BURKE, PETER: "El tiempo inmóvil", diario La Tercera. Cultura. Letras y Tendencias, (28-4-2007).

CASTILLO, FERNANDO: "Diccionario Histórico de Chile". Editorial Zig-Zag, Santiago, 1999.

CLARO HUNEEUS, FRANCISCO: "A la Sombra del Asombro: el mundo visto por la física". Editorial A. Bello, Santiago, 1995.

CORREA, YOCELYN-HOLT *et al.*: "Historia del siglo xx Chileno". Editorial Sudamericana, Santiago, 2001.

CRUZAT, VIRGINIA: "Marcela Paz un mundo incógnito". Editorial Universitaria, Santiago, 1992.

ELTIT, DIAMELA: "Crónica del Sufragio Femenino en Chile". Edic. SERNAM, Santiago, 1994.

ENCINA, FRANCISCO ANTONIO: "Nuestra inferioridad económica". Editorial Universitaria, Santiago, 1965.

EYZAGUIRRE, JAIME: "Fisonomía histórica del Reino de Chile". Editorial del Pacífico, Santiago, 1965.

FERRADA, NORA: Entrevista diario Últimas Noticias, 4-4-1979.

FORSTER, E.M.: "Aspectos de la Novela". Editorial Debate, Madrid, 1995.

FUGUET, ALBERTO: "Papelucho revisitado". Revista El Sábado (www.elsabado.emol.com).

GODOY, HERNÁN: "Estructura social de Chile". Editorial Los Andes, Santiago, 2000.

GUZMÁN B., ROSARIO: Entrevista El Mercurio, 13-8-1982.

HERRERA, ALFONSO: Entrevista diario La Nación, 3-8-1980.

ITURRA, CARLOS: Entrevista Revista Providencia, 1982.

LARRAÍN, ANA MARÍA: Marcela Paz: "Yo escribo para entretenerme", 1-9-1982.

LARRAÍN, ANA MARÍA: "Papelucho sigue vivo". El Mercurio, Revista de Libros, 18-6-1989.

LETELIER, VALENTÍN: "La ley", Órgano del partido Radical, 1 de enero 1896, Nº 483.

MANN, THOMAS: "Los Buddebroock", Edahas, Madrid 1997.

MORRIS, JAMES O: "Las elites, los intelectuales y el consenso", Editorial del Pacífico, Santiago, 1967.

MARCELA PAZ: "Soy colorina". Prólogo Ana María Larraín, Editorial Universitaria, Santiago, 1997.

Mendoza Marín, Héctor: "Camino a la Esperanza. Historia del Hogar de Ciegos Santa Lucía". Univ. Arcis, Santiago, 2004.
Montes H., Orlandi J.: "Historia y Antología de la Literatura Chilena". Editorial Zig-Zag, Santiago, 1969.
Neruda, Pablo: "Residencia en la Tierra". Editorial Losada, Buenos Aires 1969.
Peña Muñoz, Manuel: "Historia de la Literatura Infantil Chilena". Editorial A. Bello, Santiago, 1982.
Quezada, Jaime: Entrevista Revista Ercilla, agosto, 1982.
Reyes Covarrubias, V.: Entrevista El Mercurio Revista Mujer y Letras, 18-5-1961.
Teresa de Ávila, Santa: "Libro de la Vida, capítulo I, Obras Completas". Edic. mec, Burgos 2004.
Undset, Sigrid: "Kristina Lavransdatter". Editorial A. Bello, Santiago, 1990.
Valente, Ignacio: "El primer Papelucho". Crítica diario El Mercurio, Santiago, 21-8-1982.
Vargas Llosa, Mario: "La Verdad de las Mentiras". Editorial Seix Barral, Barcelona, 1990.
Valery, Paul: "El Cementerio Marino". Editorial Alianza, Madrid, 1970.
Véliz, Claudio: "La mesa de tres patas". Editorial Desarrollo Económico, Bs. As., abril-septiembre, 1963.

Marcela Paz

"Tiempo, papel y lápiz". Editorial Universo, Santiago, 1933.
"Soy colorina". Editorial Ercilla, Santiago, 1935.
"Papelucho". Editorial Rapa-Nui, Santiago, 1947.
"La vuelta de Sebastián". Editorial Ercilla, Santiago, 1950.
"Papelucho casi huérfano". Editorial Ercilla, Santiago,1952.
"Caramelos de luz". Santiago, 1954.
"Papelucho historiador". Editorial del Pacífico, Santiago, 1955.
"Papelucho detective". Editorial del Pacífico, Santiago, 1956.
"A pesar de mi tía". Editorial del Pacífico, Santiago, 1958.
"Papelucho en la clínica". Editorial del Pacífico, Santiago, 1958.
"Papelucho perdido". Editorial del Pacífico, Santiago, 1960.
"Papelucho y mi hermana Ji". Editorial Pomaire, Santiago, 1964.
"Papelucho misionero". Editorial Pomaire, Santiago, 1966.
"Papelucho y el marciano". Editorial Pomaire, Santiago, 1968.
"Papelucho: mi hermano hippie". Editorial Pomaire, Santiago, 1971.
"Papelucho en vacaciones". Editorial Pomaire, Santiago, 1972.
"Cuentos para cantar". Editorial Lord Cochrane, Santiago, 1974.
"La Muselina Pérez Soto". Editorial Lord Cochrane, Santiago, 1974.
"Papelucho ¿Soy dix-leso?". Editorial Lord Cochrane, Santiago, 1974.
"Los Pecosos". Ediciones Universitarias de Valparaíso, Santiago, 1976.
"Perico trepa por Chile", (Con Alicia Morel). Editorial Universitaria, Santiago, 1978.

AGRADECIMIENTOS

Agradezco de un modo muy especial a María Luisa Pérez Walker por su inteligente y respetuosa lectura de mi texto, así como por la generosidad y el compromiso personal con este proyecto. A Andrés Claro Huneeus, por la transparencia en la entrega de sus recuerdos, por sus excelentes datos y valiosos aportes. A los demás miembros de la familia Claro Huneeus, por la confianza depositada en mí al facilitarme los cuadernos y apuntes de su madre: a Raúl, además, por su tiempo, investigaciones genealógicas y enriquecedores comentarios y a Paula, por su infinita aunque no siempre comprendida paciencia.

Agradezco también a todas las personas entrevistadas para este libro, incluso a aquellos que, algunos en forma anónima, hicieron posible una aproximación más cercana a la figura de Ester Huneeus. Entre ellos, al sacerdote Mariano Puga Concha, a Marta Cruz Coke de Lagos, a Inés Figueroa Tagle, a la escritora Isidora Tupper, a Teresa Walker de Pérez, a Patricio Huneeus Salas y a Paz Domínguez de Huneeus.

Finalmente, mis reconocimientos a Carola García Larraín por su mirada desde el mundo de las letras, a las psicólogas Javiera y Fernanda García Larraín por la revisión de los capítulos que competen a su área, a María Jesús y Manuela por su eficiente colaboración digital, a José Tomás por su interés en los capítulos históricos, a Juan Cristóbal García y a Patricia Schaín por su apoyo logístico, al geógrafo Georg Nikolaus Kayser por su investigación sobre la Liga Hanseática y a Manuel Gunter Kayser por su lectura bilingüe.

Este libro no hubiera sido posible sin los comentarios a veces furibundos de Sergio De Ferrari Alessandri, cuyo aliento y trasnoches obligados no puedo dejar de reconocer.